

13A18
AÑOS



Matthew Lipman

Suki



Textos de Filosofía para Niños

MANANTIAL

MATTHEW LIPMAN

SUKI



MANANTIAL

Título original: *Suki*
© 1978, Matthew Lipman

Colección: Textos de Filosofía para Niños
Directoras de la colección:
Gloria Arbonés y Stella Accorinti

Traducción: César Aira
Revisión técnica y adaptación:
Gloria Arbonés y Stella Accorinti

Diseño de tapa: Juan Marcos Ventura

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina

© 2000, de la traducción y de esta edición en castellano
Ediciones Manantial SRL
Avda. de Mayo 1365, 6º piso,
(1085) Buenos Aires, Argentina
Telefax: 4383-6059 / 4383-7350
e-mail: info@emanantial.com.ar
www.emanantial.com.ar

Centro de Investigaciones en Filosofía para Niños (CIFIÑ) - Argentina
e-mail: cifin@hotmail.com
URL: <http://www.izar.net/fpn-argentina>

ISBN: 987-500-041-8

Impresos 1200 ejemplares en julio de 2006 en
Talleres Gráficos Leograf SRL,
Rucci 408, Valentín Alsina, Argentina

Derechos reservados

Prohibida la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

ÍNDICE

Capítulo 1	9
Capítulo 2	21
Capítulo 3	37
Capítulo 4	59
Capítulo 5	77
Capítulo 6	99
Capítulo 7	119
Capítulo 8	137
Capítulo 9	155
Capítulo 10	171

CAPÍTULO I

I

La primera clase de Lengua y Literatura con el profesor Núñez había pasado sin novedad. Cuando terminó, Malena dijo que el profesor Núñez le parecía simpático. Rodolfo dijo que el profesor lo había estado mirando con mala cara durante toda la clase. A Florencia le pareció un tanto distraído.

—Deberíamos hacer algo para despertarlo —sugirió.

Pero cuando empezó la clase al día siguiente, el profesor Núñez tamborileó con los dedos sobre el escritorio y dijo con su voz ronca:

—Muy bien, empecemos. Ustedes no están acá para aprender a leer y escribir nada más. Están para aprender a leer y escribir literatura.

Miguel sonrió y le dijo a Jesica:

—Acá no va a quedar nadie más que nosotros los escritores.

—Hoy en día —seguía el profesor—, cuando nada indecible queda sin decir...

—¿De qué está hablando? —protestó Laura.

—... tenemos que hacernos algunas preguntas decisivas: ¿tenemos algo que decir que valga la pena decir? Y si lo tenemos, ¿cuál es el mejor modo de decirlo?

La clase estaba en silencio, como si los estuvieran retando,

aunque nadie recordaba haber hecho nada malo. Esperaron a que el profesor siguiera hablando, pero él miraba a través de la ventana. Al fin se volvió con un movimiento rápido y dijo:

—Más importante todavía es esto: aprender a diferenciar entre lo que tiene sentido y lo que no lo tiene.

—Pero antes de que lleguemos a eso —exclamó Lisa—, ¿qué es “sentido”?

El profesor Núñez la atravesó con la mirada.

—Si no sabés lo que significa la palabra “sentido”, Lisa —dijo Rodolfo riéndose—, ¿por qué no la buscás en el diccionario?

—¿Qué es un diccionario? —preguntó Miguel con falsa inocencia.

Santiago, también simulando inocencia, respondió:

—Ojalá lo supiera. ¿Por qué no lo buscamos en el diccionario?

El profesor Núñez volvió a tamborilear con los dedos en el escritorio, y miró a Lisa:

—Buena pregunta. ¿Qué es el sentido? —Sin esperar una respuesta, siguió—. Ustedes quieren que lo que hacen en la escuela tenga sentido. Quieren que las cosas que leen tengan sentido. Del mismo modo podemos decir que los amigos y la familia significan mucho para ustedes. Yo quiero que lo que escriban en clase tenga sentido. ¿Pero qué es el sentido?

—Las palabras tienen sentido —dijo Malena.

—Las palabras tienen sentido —repitió el profesor Núñez—. Exacto. ¿Y qué es el sentido que tiene cada palabra?

—Su definición —propuso Ari.

—¡Ajá! —exclamó el profesor Núñez—. ¿Y qué es exactamente una definición?

—Si quiere busco en el diccionario la definición de “definición” —dijo Florencia.

—Todo el mundo sabe lo que es una definición —dijo Toni—. La definición dice lo que significa la palabra.

—No, no es así —dijo Marcos enseguida—. La definición dice lo que son las cosas.

—¡Las definiciones definen palabras, no cosas! —retrucó Toni—. ¡Las cosas *son*, las palabras *significan*!

El profesor Núñez parecía intrigado.

—¿Saben lo que voy a hacer? —dijo, mirando a la clase—, voy a escribir unas palabras en el pizarrón. Después se adelantarán los que quieran, elegirán una palabra y escribirán lo que significa. —Escribió tantas palabras como alumnos había presentes. Hubo alguna confusión cuando pasaron al pizarrón, pero al fin todas las palabras quedaron definidas. Esto es lo que escribieron:

“Gema” significa “una piedra preciosa” (Jesica).

“Zapatilla” significa “calzado deportivo, más liviano que un zapato” (Ana).

“Pegamento” significa “sustancia adhesiva” (Marcos).

“Fuego” significa “calor y luz causados por la combustión” (Lisa).

“Pez” significa “animal vertebrado de sangre fría y acuático” (Toni).

“Mamífero” significa “animal que mama cuando nace” (Malena).

“Oídos” significa “órganos de la audición” (Luis).

“Labios” significa “bordes de la boca” (Santiago).

“Ogro” significa “gigante que come seres humanos” (Camila).

“Comitiva” significa “grupo de personas que acompaña a alguien importante” (Florencia).

“Aprendiz” significa “alguien que está iniciándose en un oficio” (Laura).

“Dientes” significa “huesos que asoman de las encías” (María).

“Tragedia” significa “historia seria con final triste” (Suki).

“Licor” significa “bebida alcohólica” (Tomás).

“Desfiladero” significa “paso entre montañas” (Rodolfo).

“Banquete” significa “comida que se hace con ceremonia” (Damián).

“Charabón” significa “ñandú joven” (Miguel).

“Luz” significa “energía que irradia y nos ayuda a ver” (Ari).

Los alumnos volvieron a sus asientos y leyeron las definiciones que habían escrito los otros.

—Eh, Santiago —susurró Tomás—, ¿todos los animales tienen labios?

—¡Por supuesto! —dijo Santiago, no muy seguro.

—¿Y las gallinas?

Santiago sonrió y se encogió de hombros, pero Camila, que los estaba oyendo, frunció la cara y exclamó:

—Puaj! ¡Labios de gallina! ¡Qué asco!

—Profesor Núñez —dijo Luis levantando la mano—, ¿por qué hicimos este ejercicio?

—Por supuesto, las definiciones determinan la precisión de los sentidos. Y esta materia la vamos a dedicar a la expresión del sentido. De hecho, si me preguntan en qué consiste esta materia, yo diría: *hacer que haya sentido*.

Jesica le susurró a Ana:

—Se ve que tiene el sentido metido en la cabeza.

—Muy bien —intervino Toni subiéndose los anteojos por la nariz—, ¿pero cuál es la regla para construir una definición?

—¿Regla? —preguntó Marcos—. ¿Quién dice que hay una regla? Todo lo que hay que hacer es decir qué significa la palabra.

Ari había estado examinando las definiciones escritas en el pizarrón. Ahora levantó la mano con cierta vacilación:

—Esperen un minuto. Me parece que estoy viendo algo. Miren, en casi todos los casos, la frase a la derecha contiene una palabra que es más general que la palabra de la izquierda.

—Exacto —dijo Florencia—. Una comitiva es una especie de grupo de personas. “Grupo de personas” es más general que “comitiva”.

—Y entonces —preguntó Lisa—, ¿por qué no decir “todos los grupos de personas...?”. No, esperen, es al revés: “Todas las comitivas son grupos de personas”.

—Muy bien —asintió Florencia—. Todas las comitivas son grupos de personas. Pero sólo las comitivas son grupos de personas “que acompañan a alguien importante”.

Ahora Ari estaba levantando las dos manos:

—Profesor Núñez, ¿puedo pasar al pizarrón?

El profesor Núñez asintió, y Ari, borrando un rincón del pizarrón, escribió:

Todas las *comitivas* son grupos de personas.

Sólo las comitivas son grupos de personas *que acompañan a alguien importante*.

Por lo tanto, la palabra “comitiva” significa “grupo de personas que acompaña a alguien importante”.

Toni corrió hacia el pizarrón, exclamando:

—Déjame probar —y escribió:

Todas las *gemas* son piedras.

Sólo las gemas son piedras *preciosas*.

Por lo tanto, la palabra “gema” significa “piedra preciosa”.

—¿No ves? ¡Es como una fórmula! —dijo Toni entusiasmado—. Para definir una palabra sólo hay que llenar los espacios vacíos.

—¿Qué espacios vacíos? —preguntó el profesor Núñez—. No veo ninguno.

—Es así —dijo Ari, y escribió tan rápido como podía:

Todos los (palabra a definir) son_____.

Sólo los (palabra a definir) son_____.

—¿Ven? En la segunda oración hay que decir qué hay de especial en la palabra que uno trata de definir. Lo especial de las comitivas es que son grupos que acompañan a alguien importante. Lo especial de las gemas es que son piedras preciosas.

—¿Lo especial, entonces, es una palabra o una frase modificadora? —preguntó el profesor Núñez.

—Exacto —dijo Ari.

—Incluso podría tener más de un modificador —dijo Toni—, como “calzado deportivo más liviano que un zapato”.

El profesor Núñez se echó para atrás y miró las definiciones en el pizarrón. Después dijo lentamente, con su voz gruesa:

—Muy bien, es un modo de definir ciertas clases de palabras, aunque no sé si es el mejor modo. Pero aun así; si conocen la definición de cada palabra de un poema, si saben lo que significa cada palabra de un poema, ¿se sigue de ahí que *conocen el sentido del poema como un todo*?

La clase quedó en silencio. Hasta Miguel, que estaba por decirle a Laura que tenía piedras en la cabeza, se sintió incapaz de terminar lo que estaba diciendo.

El profesor Núñez miró su reloj y dijo:

—Mañana les voy a dar sus primeras tareas.

Suki se volvió hacia Ari y observó:

—¡Qué rápido se pasó la hora! El tiempo vuela.

Ari sonrió:

—El tiempo fue el que dijo: “No voy en tren, voy en avión...”.

II

Al día siguiente, el profesor Núñez anunció que la tarea tenía tres partes, y las tres debían ser entregadas en seis semanas. Nadie se movió en el aula mientras escribía las consignas en el pizarrón, pronunciando cada palabra a medida que la escribía:

—Parte uno: un ensayo sobre la diferencia entre realidad y ficción. Mínimo: quinientas palabras.

Jesica gimió de modo tan cómico que todos se rieron, y Malena se llevó un dedo a la sien y lo torció como si apretara el gatillo de un revólver.

Ari levantó la mano:

—Profesor Núñez.

El profesor había empezado a escribir “Parte dos” en el pizarrón, pero se volvió:

—¿Sí?

—¿La realidad y la ficción *tienen* que ser diferentes?

—Ari —intervino Malena—, si la realidad y la ficción no fueran dos cosas diferentes, no tendrían nombres diferentes.

—Que tengan nombres diferentes no significa necesariamente que sean cosas diferentes —replicó Ari con suficiencia—. Superman y Clark Kent son dos nombres diferentes y los dos nombran a la misma persona.

—¿Y la Mujer Maravilla? —interrumpió Florencia.

—Pero realidad y ficción son diferentes —dijo Ari—. De los hechos reales se ocupa la ciencia y la ficción es literatura.

—¿Preferirían —preguntó fríamente el profesor Núñez—, que pusiera como tema la diferencia entre la descripción en la ciencia y la descripción en la literatura?

—¡No! —gritó a coro la división.

—No vuelvas a hablar, Stotelmeyer —susurró Miguel con una mueca. Ari apenas sonrió.

Dejando sin cambios la primera parte de la tarea, el profesor Núñez siguió escribiendo:

—Parte dos: un poema. Mínimo: cuatro versos.

—Parte tres: un cuento. Mínimo: mil palabras.

—¿Habrá otras tareas? —preguntó Florencia.

—Por supuesto —replicó secamente el profesor Núñez—. Todos los días. En la primera parte del curso, nos ocuparemos sobre todo de poesía.

Hubo unas pocas quejas. Pero Ari estaba demasiado asombrado hasta para quejarse. Miraba el pizarrón sin poder creerlo. Nunca le habían dado una tarea que tuviera nada que ver con escribir ficción o poesía. Y aquí, de pronto, aparecía esta tarea aterradorizante y sin salida. En su cabeza resonaba como un tambor una frase: “Yo no puedo escribir”.

Decidió concentrarse en la parte uno, y no pensar por ahora en las partes dos y tres.

III

—Y bien, Ari —dijo su mamá—, ¿qué te parece el colegio?

—Bastante bien. Todo, excepto Lengua y Literatura.

—Creí que te gustaba Lengua, Ari.

—Sí, pero nunca antes me habían hecho escribir poesía, ma..., o cuentos.

—Podés escribirlos. Ya vas a ver... Te van a salir.

—No, no me van a salir. No puedo escribir esas cosas porque no tengo ningún tema. Si nunca me pasa nada, ¿qué puedo contar? Además, no entiendo por qué tenemos que escribir poesía. Yo no voy a ser poeta ni nada que se le parezca, ¿por qué tengo que hacerlo entonces?

—Seguramente hay alguna buena razón, Ari.

—Sí, seguro.

Entró el señor Stotelmeyer y se sentó al otro lado de la mesa de la cocina.

—¿Qué es lo que pasa ahora?

—Ari dice que no puede escribir.

—Siempre está diciendo cosas así. No te preocupes.

—¡Pero es cierto! —estalló Ari—. ¡Cuando les digo que no puedo hacer algo, no me toman en serio! ¡Se ríen de mí!

El papá de Ari dejó su cigarrillo en el cenicero.

—¿Cuál es la tarea?

—Bueno, la primera parte se supone que es un ensayo sobre la diferencia entre realidad y ficción, entre los hechos y la ficción.

—¿Hay diferencia?

Ari no pudo reprimir una sonrisa. Se oía a sí mismo diciéndole exactamente las mismas palabras a Malena esa mañana.

—Es lo que le pregunté al profesor Núñez —respondió.

—No me has dicho si hay diferencia.

—Está bien, está bien. —Ari levantó las manos—. No sé por qué, pero siempre que hablo con vos es como si terminara respondiendo mis propias preguntas.

—Eso es porque no aceptás mis respuestas.

—¡Pero, pa!

—¿Qué?

—Así no vamos a llegar a ninguna parte.

—No necesariamente —dijo su papá—. Deberíamos empezar definiendo los términos. ¿Qué es un hecho real?

—Es algo que pasa realmente —dijo la señora Stotelmeyer.

—¡Ma! —gritó Ari—. ¡Me preguntó a mí!

—Perdón.

—Un hecho —dijo Ari—, es una afirmación verdadera.

—Eso es muy diferente de lo que dijo tu madre, pero quizá los dos tengan razón.

—O quizá los dos estamos equivocados —respondió Ari con aire sombrío.

—Empecemos otra vez —dijo el señor Stotelmeyer—. Cuando observamos algo, ¿es realidad o ficción?

—Es un hecho. ¡Ya lo tengo! Hecho es lo real, ficción es lo posible.

El señor Stotelmeyer soltó un anillo de humo.

—Yo no diría eso. Es muy posible que llueva mañana... y es un hecho. Es muy posible que haya una guerra este año, y también es un hecho.

—¿Entonces las posibilidades pueden ser hechos?

—Seguro.

—Pero cuando imaginamos algo, y no nos ponemos a pensar si es posible o no, ¿es ficción?

El señor Stotelmeyer pareció dudar.

—Empecemos de nuevo. Dame un ejemplo de un hecho.

Ari tomó uno de sus libros y lo dejó caer al piso:

—Ahí está, eso es un hecho. El libro cayó al piso. Es una afirmación verdadera y realmente pasó.

—Ahora —dijo el señor Stotelmeyer—, ¿qué fue lo que hizo caer el libro? ¿Qué causó la caída?

—Yo lo solté.

—Yo creí que se cayó por la fuerza de gravedad.

—¿El peso es lo mismo que la fuerza de gravedad? —preguntó Ari.

—Yo diría que sí.

—¿Qué es lo que vemos cuando el libro cae? ¿el peso o la fuerza de gravedad?

El señor Stotelmeyer lo pensó un momento y después dijo:

—No sé. Quizá no vemos ninguno de los dos. Creo que deberías preguntárselo a tu profesora de ciencia.

—Es lo que voy a hacer —respondió Ari con gesto sombrío—. ¡Uf! Todo lo que quería saber era la diferencia entre hecho y ficción, y terminé enredado en ese asunto científico.

IV

Unos pocos meses antes de que empezaran las clases, la familia Tong se había mudado a una casa nueva. Estaba a medio camino entre el colegio y el edificio de departamentos donde vivía Ari. A la mañana, cuando él pasó, Suki estaba saliendo. Siguieron caminando juntos y se pusieron a hablar de la tarea de Literatura.

—No me molesta tener que escribir el ensayo sobre realidad y ficción —dijo Ari—. Lo que me molesta es lo demás.

—¡Lo demás es justo lo que me gusta a mí! —dijo Suki riéndose.

—¡La poesía es tan confusa! —gruñó Ari—. A mí me gustan los hechos porque... no sé... no son meras imaginaciones. ¡Son cosas ciertas!

Suki sonrió:

—A vos te gusta la verdad de las cosas, y a mí me gusta la poesía de las cosas.

Ari le echó una mirada un tanto suspicaz.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó.

A Suki le divirtió la dificultad de él para seguirla. Por unos momentos no dijo nada. Empezaba a sospechar que por algún motivo el tema de la escritura tocaba a Ari en un punto sensible.

—¿Sabés? —dijo, cambiando deliberadamente de tema—,

estoy tan contenta desde que nos mudamos. ¡Tengo un árbol justo frente a mi ventana!

Ari había venido mirando el suelo mientras caminaba, pero ahora le dirigió una mirada intrigada a Suki, aunque no dijo nada.

—Ya sé... es difícil de explicar, pero para mí significa algo muy especial —dijo Suki.

—¿Todos los árboles significan algo especial para vos, o solamente este árbol?

Suki respondió rápidamente:

—¡No, no se trata de eso! Se trata de que es algo que siempre quise. Siempre quise un árbol en la ventana, desde que leí un poema sobre un árbol.

Ari movió la cabeza, desalentado, y siguió en silencio. Suki buscó en la mochila hasta encontrar un libro viejo de tapas blandas. Lo abrió en una página y se lo mostró a Ari:

*Árbol en mi ventana, árbol de mi ventana:
mi ventana se cierra cuando llega la noche,
pero nunca habrá una cortina
entre vos y yo.*

*Vaga cabeza soñadora que se levanta de la tierra,
y tiende su mirada hacia las nubes.
Todas tus suaves lenguas hablando hacia lo alto
vuelven, siempre, a lo profundo.*

*Pero, árbol, te he visto tomado y sacudido
por la tormenta.
Y vos me viste cuando dormía,
me viste cuando era tomado y barrido
por mis tormentas.*

*El día en que puso nuestras cabezas juntas
el destino usó su imaginación:
tu cabeza tan preocupada con el clima externo
y la mía con el interior.*

Ari leyó el poema dos veces mientras Suki lo miraba con ansiedad, como esperando algo. Pero él se limitó a devolvérselo con un “mm”.

—¿No te gustó?

—No sé. Creo que veo lo que se propone. Ese tipo que tiene un árbol en la ventana... ¿Pero qué quiere decir cuando dice “con el interior”.

—Bueno, es que el árbol expresa lo que siente la persona. ¿Nunca sentiste como si tuvieras una tormenta dentro de la cabeza? Yo vi muchas veces un árbol con su cabeza en una tormenta. ¿No ves el parecido?

—Suki, hay un árbol frente a la ventana de tu casa: eso es un hecho. Pero cuando decís que el árbol tiene una cabeza... Ahí entramos en la ficción.

Ella lo miró muy seria.

—Pero hay un parecido entre árboles y gente... —Empezó a protestar, y después dejó caer las manos, desalentada.

—Todo lo que sé —dijo Ari—, es que los árboles son para los pájaros y la poesía para los pajarones.

No había terminado de decirlo cuando ya lo lamentaba. Suki no respondió nada, pero apartó la vista de modo que él no pudiera verle la cara. Llegaron a la escuela y se separaron en diferentes direcciones.

Varias veces antes Suki había tratado de hablar de poesía con sus amigos. Pero lo único que había conseguido había sido sentirse herida. Decidió evitar el tema si volvía a surgir con Ari.

CAPÍTULO 2

I

—Profesora Abadi —dijo Ari—, ¿la fuerza de gravedad es un hecho?

—Vos lo sabés tanto como yo, Ari —dijo la profesora de Ciencias Naturales riéndose—. ¿Qué creés que pasaría si saltaras por la ventana? ¿Flotarías en el aire?

Ari sonrió:

—No, me caería, como cualquier otra cosa. Es decir, veo que caerse es un hecho. ¿Pero la *fuerza de gravedad* es un hecho también?

La expresión de la profesora Abadi se hizo más pensativa:

—Estoy segura de que muchos físicos dirían que las fuerzas son hechos.

—¿Y el magnetismo? ¿Es una fuerza?

—Así es como lo entiendo yo.

—¿Entonces es un hecho?

—Sí, podemos hablar de las fuerzas como hechos. ¿Pero cuál es tu problema, Ari?

—¿Hay realmente una fuerza magnética o es sólo que las cosas actúan magnéticamente? ¿Hay realmente una fuerza de gravedad o las cosas actúan gravitacionalmente?

—Podés sentir la fuerza de gravedad en tu propio cuerpo:

cuando subís en un ascensor rápido, sentís el tirón hacia abajo.

—Es posible, pero no puedo sentir la fuerza del magnetismo con mi cuerpo, ¿y cómo sé entonces que es un hecho?

—Creo que empiezo a ver adónde querés llegar. Pero me temo que es un problema en el que los científicos mismos no se han puesto de acuerdo. Algunos dicen que la gravedad y el magnetismo son fuerzas que hacen que sucedan ciertas cosas, por ejemplo que los objetos caigan. Para ellos entonces, la fuerza de gravedad es un modo de explicar las causas de lo que pasa. Pero otros dicen que todo lo que hacemos es describir el modo en que se comportan las cosas: los imanes se comportan magnéticamente, los paracaidistas se comportan gravitacionalmente, etcétera.

—Profesora Abadi, todo lo que quería saber yo es si la fuerza de gravedad es un hecho...

—Lo lamento, Ari, pero no puedo darte una respuesta por sí o por no.

—Está bien, ya estoy acostumbrado a que me lo diga mi papá.

La profesora Abadi miró por la ventana y no dijo nada.

—Entonces las cosas se comportan gravitacionalmente —dijo Ari con lentitud—, pero no estamos seguros de que sea la fuerza de gravedad la que las hace actuar así. Lo encuentro difícil de creer.

—Cuando vos pensás, ¿hay alguna fuerza que esté actuando sobre vos que te hace pensar?

—Creo que habría que decir que mi mente me hace pensar, mi imaginación me hace imaginar y mi memoria me hace recordar. Es como el modo en que la fuerza de gravedad hace caer las cosas.

—Entonces cuando pensás imaginativamente, ¿es debido a la fuerza de tu imaginación?

Ari se movió incómodo:

—Ahora estoy tan confundido que no sé qué pensar. ¿O sea que no habría una cosa llamada gravedad, ni una cosa llamada imaginación?

—No, Ari, no dije eso. Cuando pusiste en duda la idea de

que hay una fuerza de gravedad y dijiste que quizá sólo se trata de que las cosas se comportan gravitacionalmente, yo respondí que, del mismo modo, podría no haber una cosa llamada “imaginación” que sea causa de lo que imaginamos. Imaginar es algo que hacemos, pero no sabemos bien qué lo causa.

Ari asintió y recogió sus libros.

—Gracias, profesora Abadi.

—Ojalá te haya podido ayudar.

—Seguro. —Trató de ocultar la nota de pesimismo en su voz, pero no lo logró.

II

—Hoy —dijo el profesor Núñez—, tomaremos a Hopkins.

Como siempre, había varios miembros de la clase que habrían querido saber quién era Hopkins, aun cuando podían ver que estaba en el programa.

—El primer poema que quiero tomar —dijo el profesor Núñez— es el último de esta lista de Hopkins. Tomás, ¿querías leerlo?

Tomás (sus amigos ya no lo llamaban “Tomi”) avanzó a los tropiezos a lo largo del poema, pronunciando mal algunas palabras, retrocediendo, repitiendo y volviendo a pronunciarlas mal. Ari siguió la lectura verso por verso en el libro:

*Las libélulas liban luna,
la piedra al caer al duro suelo suena,
y la campana colgada de la cuerda
encuentra voz para lanzar su nombre;
cada cosa mortal hace una cosa y nada más:
por estar en su casa cada cosa existe;
Yo mismo pronuncia y dice, y grita
“Lo que hago es yo: para eso vine”.*

Ari quedó sorprendido por el poema, y trató de leerlo todo otra vez. Apenas había terminado cuando el profesor Núñez dijo:

—Saquen una hoja y escriban las impresiones que les vengan a la mente sobre este poema.

Una vez más Ari comprendió que no podría escribir nada. No podía escribir nada sobre este poema en particular, y no podría escribir nada en el futuro: ni poesía ni cuentos, nada de esas cosas que hacen los escritores. Sus pensamientos giraban locamente en su mente; la hoja seguía en blanco. Sintió una oleada de pánico.

El profesor Núñez estaba parado a su lado. Ari apoyó el lápiz sobre el papel como si fuera a escribir.

—Usá tu imaginación, Ari —dijo el profesor Núñez, y siguió adelante.

Ari miró el pizarrón, después se inclinó sobre el papel y escribió: "No tengo imaginación". Fue todo lo que escribió, y lo que entregó al final de la hora.

En respuesta a la consigna del profesor Núñez, Lisa había escrito: "Me gusta lo que dijo Hopkins sobre cómo somos lo que hacemos. Es lo que pienso yo: soy lo que hago". Después de clase, le contó lo que había escrito a Florencia.

—No sólo vos —le dijo Florencia—. Todos somos lo que hacemos. Es lo que quiere decir el poema. Pero yo escribí que no estaba de acuerdo.

—¿No estás de acuerdo? —Lisa pareció sorprendida y un poco escandalizada—. ¿Por qué? ¡A mi me encantó!

—Porque muchas veces hago cosas que no son en realidad yo. Las hago porque tengo que hacerlas, no porque quiero.

—Pero aun así —insistió Lisa—, hay muchas veces en que quiero hacer cosas y no las hago. Esas cosas no cuentan. Sólo cuenta lo que hacemos en realidad.

—¡No! —respondió Florencia muy decidida—. ¡No puede ser así! ¿Y cuando decimos de una chica que "promete mucho"? No es lo que ha hecho... Es lo que promete, también, todas las cosas que podría hacer alguna vez.

Lisa lo pensó, y después dijo:

—Ahora lo veo claro. Lo que dice Hopkins es que somos *todas* las cosas que hacemos. Y vos decís que sí, pero que además somos cosas que no hacemos, no hicimos todavía o vamos a hacer. No hay contradicción entre vos y él.

—Mejor así —respondió Florencia—, porque no me gustaría estar en contradicción con alguien que tenga un nombre tan complicado como Gerard Manley Hopkins.

III

—Hoy vamos a empezar haciendo algunos ejercicios de precalentamiento —dijo el profesor Núñez.

—Bueno, bueno —dijo Camila guiñándole un ojo a Laura: —¡Abdominales!

El profesor Núñez oyó el comentario pero no le hizo caso.

—Tomen una hoja —dijo, sacando un sobre lleno de hojas dobladas, y haciendo que cada alumno eligiera una. —Ahora, vamos a completar los espacios. Yo les doy la forma; ustedes ponen el contenido.

—Ah —exclamó Lisa—, es como los ejercicios de razonamiento que hacíamos.

—No exactamente —gruñó Toni, mirando con mal gesto lo que había escrito en su hojita de papel.

Después de unos minutos de responder preguntas y ayudar a los que seguían mostrando cara de intriga, el profesor Núñez anunció:

—Muy bien, los que tengan los números 1, 2 y 3, por favor pasen al pizarrón a copiar lo que hicieron. Escribanlo en orden. En letras de imprenta las palabras que yo les di, y en manuscrito las de ustedes. Los demás esperen. No llenen sus hojas todavía.

En el pizarrón quedó escrito esto:

1. ME PREGUNTO quiénes eran los persas.

SUPONGO que eran los que ahora son turcos (Laura).

2. ME PREGUNTO adónde van las golondrinas.

SUPONGO que van donde van los demás pájaros (Malena).

3. ME PREGUNTO adónde van los cartones de leche.

SUPONGO que van donde van las latas de gaseosas (Rodolfo).

—Muy bien —dijo el profesor Núñez—, ¿qué piensan los demás de lo que escribieron?

—¡Puaj! —gruñó Marcos.

—Horrible —exclamó Florencia.

—Escuchá, Malena —dijo Miguel—, vos no reconocerías una golondrina ni aunque la tuvieras frente a tus ojos.

Malena se ruborizó y respondió:

—¿Y qué? Laura tampoco podría reconocer un persa si lo tuviera delante.

El profesor Núñez dejó que la disputa siguiera adelante unos momentos más, y después observó:

—Creo que esos comentarios de parte de Miguel y Malena merecen alguna consideración. Todos hemos tenido experiencia con cartones de leche y latas de gaseosas. Los hemos comprado, bebido y tirado a la basura. ¿Estamos igual de familiarizados con los persas o las golondrinas o sabemos de ellos sólo porque lo hemos leído en los libros?

La clase quedó en silencio. Después Florencia levantó la mano:

—Profesor Núñez, no hay relación. Hay tres oraciones escritas en el pizarrón, pero no se puede llegar a nada leyendo.

—¡Ajá! —El profesor Núñez, que estaba relajado en su silla, de pronto se sentó erguido—. ¡Eso es! Ahí está el verdadero problema. Las cuatro primeras líneas suenan menos auténticas que las dos últimas. Pero lo más importante, como dice Florencia, es que todas las líneas tomadas en su conjunto carecen de orden. No se construye nada con ellas. No van a ninguna parte. Les voy a decir lo que vamos a hacer ahora.

El que tenga el número 4, quiero que escriba sus líneas en el pizarrón. El que tenga el número 5 espera hasta que el 4 haya terminado para decidir qué va a escribir, y después escribe lo suyo debajo. Y el número 6 hace lo mismo.

Damián, Luis y Jesica se adelantaron al pizarrón, y escribieron, uno tras otro.

4. ME PREGUNTO por qué emigran los patos.

SUPONGO que buscan un clima más caliente (Damián).

5. ME PREGUNTO por qué me aprietan los zapatos.

SUPONGO que me crecieron los pies últimamente (Luis).

6. ME PREGUNTO qué voy a hacer este invierno.

ESPERO que el tiempo no se me haga eterno (Jesica).

—¡Así es mejor! —dijo Lisa riéndose.

—Luis —dijo el profesor Núñez—, ¿por qué hiciste rimar tus líneas con las de Damián, si no fue eso lo que yo pedí?

—No sé, sólo me pareció que lo necesitaba —respondió Luis, que parecía un tanto incómodo.

—Y cuando vi lo que había hecho Luis —dijo Jesica—, tuve que rimar yo también.

—¿Cómo les parece que quedó? —preguntó el profesor Núñez.

Hubo unos murmullos de “bastante bien”, “no tan mal” y “mmm”.

—Ya se acostumbrarán —dijo el profesor Núñez—. Todos los días tendremos más ejercicios como éste.

—¿Y los demás? —preguntó Camila—. ¿Quiere ver lo que escribimos en nuestras hojas?

—Sí, dénmelas cuando salgan al recreo.

Hicieron fila para entregarle las hojas antes de salir, todas dobladas. Él las tomaba, las abría y las alisaba. Ari era el último de la fila. Cuando el profesor Núñez tomó la hoja de Ari, vio que estaba en blanco. Ari lo miró un momento, y después salió rápidamente.

IV

Ari vio a Suki sentada sola en el muro de cemento que impedía que el arroyo Verde inundara el campo de deportes. Ella estaba absorta mirando el agua que se deslizaba por el angosto canal, casi a la altura de las suelas de sus zapatos que colgaban. Ari se sentó a su lado. Miraron una lata que venía navegando, balanceándose en la corriente. Por un momento la lata se detuvo en unas rocas. Después el agua la hizo avanzar, dando una vuelta, pero en la maniobra se volcó, se llenó de agua y se hundió.

—Decíme una cosa —dijo Ari, como si se le acabara de ocurrir, aunque era algo que había tenido en la cabeza desde que la había visto—: ¿Seguís escribiendo poesía?

Recordando su resolución anterior, Suki replicó de modo bastante seco:

—Escribo, pero para mí nada más.

—Entonces a eso yo no lo llamo escribir —dijo Ari, lamentando no haber podido entrar en tema de modo más diplomático.

Suki echó atrás la cabeza y soltó la risa:

—¿Por qué pensás que no podés escribir? —preguntó.

Ari se encogió de hombros.

—Supongo que no tengo imaginación.

Suki lo miró con impaciencia.

—Ésa no es una respuesta. Tenés una mente, ¿no? Y podés ver, oír, tocar y saborear, ¿no?

“Esto no es mejor que si se lo hubiera planteado al profesor Núñez” pensó Ari con tristeza. Pero le respondió a Suki:

—Puedo hacer todas esas cosas, pero aun así no puedo escribir.

—¿Nada? Te he visto hacer composiciones en clase.

—Seguro... puedo decir que todos los gatos son animales, pero ~~no~~ que todos los animales son gatos. ¡Gran cosa!

Suki lo miró seria.

—Ari, decíme en este momento qué es lo que está pasando.

Él la miró intrigado:

—¿Alrededor de nosotros?

—Sí, si querés.

Ari hizo una mueca y miró hacia arriba entrecerrando los ojos:

—El Sol brilla —dijo al fin.

—¿Algo más?

Él se concentró, y después anunció:

—El arroyo corre.

El rostro de Suki se iluminó y dijo con una sonrisa:

—Muy bien, es un comienzo.

Él seguía intrigado:

—¿Un comienzo? ¿Un comienzo de qué?

—No importa —respondió Suki—. Hablemos de esas dos frases.

—¿El Sol brilla y el arroyo corre? ¿Qué hay que decir?

¡Todo lo que hay que decir ya está dicho!

—Bueno, yo podría preguntarte si son ciertas.

—¡Por supuesto que son ciertas! —exclamó Ari con vehemencia.

—¿El Sol brilla?

—Sí.

—¿Y el arroyo corre?

—¡Sí!

—¿Sería posible que el Sol no brillara?

—Seguro, pero entonces ya no sería un sol.

—¿Y sería posible que el arroyo no corriera?

—Sí, pero entonces no sería un arroyo.

—Entonces, cuando te pregunté qué estaba pasando, en realidad no pensaste en lo que estaba pasando en este momento; todo lo que me dijiste fue lo que hacen siempre los soles y lo que hacen siempre los arroyos.

Ari se miró las manos.

—Te dije que no puedo escribir. Y ya ves que es porque no se me ocurre nada que decir, salvo lo obvio.

Pero Suki no tenía intención de dejarlo sentir compasión por sí mismo.

—Ari —dijo.

—¿Qué?

—Mirá el cielo con los ojos casi cerrados. Así. ¿Ves todavía el Sol?

—No.

—¿Qué ves?

—Veo... veo... un brillo.

—Y ahora bajá la vista... para allá, ¿qué ves?

Ari miró con ojos entrecerrados el arroyo:

—Veo algo que se mueve.

—¿Se mueve?

—Sí, corre... o fluye.

—¿Ves un correr, entonces?

Él asintió, todavía perplejo.

—Ari, lo único que trato de hacer es que prestes más *atención* y seas más exacto cuando digas qué pasa. A lo que voy es a esto: primero ves un brillo, ¿no? y después decís que es el Sol. O primero ves un correr, y después decís que es el arroyo. ¿No sería más exacto decir "Hay un brillo que es el Sol" o "Hay un correr que es el arroyo"?

Él la miraba fijo, y al fin logró decir:

—¿Querés decir que hay que dar vuelta las frases?

—¿Por qué no, si es un modo mejor de decir cómo pasan las cosas?

—¡Pero no hablamos así! No podríamos...

—Quizá no podríamos, quizá sí —lo interrumpió Suki—. Pero de todos modos podemos *escribir* así, ¿no?

Ari parecía dubitativo:

—Seguro, supongo que se puede. ¿Pero para qué?

—Bueno, si yo estuviera escribiendo un poema, no diría "El Sol brilla" salvo que quisiera algo muy chato y realista en ese punto. Lo más probable es que dijera "El brillo es el Sol". Lo daría vuelta porque es más como sucede.

—A ver si entendí: primero captamos un movimiento y después decimos que lo que se está moviendo es un río o un arroyo.

—Exacto.

—Y no existe un río que no se mueva.

—Exacto.

—Bueno, entonces, quizá nuestro lenguaje esté todo confundido. Usamos sustantivos donde debería haber verbos y verbos donde debería haber sustantivos. Si lo que decís es cierto, no deberíamos decir "el agua corre". Deberíamos decir "el corre agüea".

Suki volvió a reírse. Ari pensó que su risa se parecía a las campanitas de vidrio que Malena había llevado a la escuela el año anterior.

—O "el brillo solea" en lugar de "el Sol brilla".

Ari se quedó pensando en lo que habían estado diciendo, y después sacudió la cabeza:

—Esperá un segundo. Estamos equivocados. Quizá los soles tienen que brillar y los ríos tienen que correr. Pero la gente no *tiene* que hacer nada. Si digo "el chico corre", un momento antes o un momento después podría no correr, y entonces yo podría decir "el chico está quieto".

Suki lo miraba con gesto interrogativo. Ari suspiró y dijo:

—Supongo que lo que quiero decir es que la frase "todos los ríos corren" tiene que ser cierta, solamente por el modo en que definimos la palabra "río". Pero cuando la damos vuelta y decimos: "Hay un movimiento que es un _____," podemos completar ya sea con un río o con un no-río.

Suki asintió:

—Entiendo lo que querés decir: cuando vemos algo pasar rápido, podemos decir "ahí hay un correr que es un chico", o podemos decir: "Ahí hay un correr que es otra cosa".

—Un no chico —dijo Ari sonriendo—. Exacto. La palabra "chico" no se define por la capacidad de correr, como la palabra "río" tiene que significar que corre. Los chicos pueden correr, pero no tienen que hacerlo necesariamente.

—A veces hay un estar quieto que es un chico, y a veces hay un correr que es un chico.

—Y a veces hay un estar quieto que es un charco o un lago, pero nunca hay un estar quieto que sea un río.

—Y nunca hay un correr que sea un charco.

—Y hay brillos que llamamos relámpagos, pero nunca hay nada llamado “relámpago” que pueda brillar o no brillar.

Suki sonrió:

—Viste, Ari, hay muchos modos de dar vuelta las oraciones.

—Quizás eso sea un paso adelante para mí —respondió Ari sin alegría.

V

—Nunca se sabe qué esperar en esta clase —murmuró Santiago.

—Sí —asintió Jesica—. Es difícil adivinar con qué nos va a salir el profesor Núñez.

—Muy bien —les dijo el profesor Núñez—, hoy no habrá rimas. Simplemente díganme cómo sería ser tres de las cuatro cosas siguientes: a) un rectángulo; b) el número 3; c) la letra “Y”, y d) la velocidad de la luz.

Fue una de las tareas más difíciles. Era más fácil cuando les daba rimas hechas, o cuando les daba frases para completar, como “temo..., espero...” o “parece... Pero en realidad es...” o “muchas veces yo... pero rara vez yo....”. Poco a poco habían empezado a sentirse cómodos trabajando con rimas o sin ellas. Y una vez que la idea o imagen central de un poema estaba expuesta, podían tener más cuidado con las palabras que usaban.

A Suki le gustaban los ejercicios, tanto como le disgustaban a Ari. Ari hacía todo lo que podía por evitarlos, y se volvió hábil en responder sin responder. Por ejemplo, cuando le dieron para completar la pareja “temo..., espero...”, escribió

*Temo tener que escribir
poesía.*

*Espero que después de este año
nunca tenga que volver a hacerlo.*

O escribía:

*Parece como si hubiera estado aquí
una eternidad.
Pero en realidad
pasó sólo
una semana.*

Ari no estaba orgulloso de lo que hacía, salvo por el modo en que podía cortar las oraciones en fragmentos y poner cada uno en un renglón. Es que estaba seguro de que *nunca* podría escribir poesía, aun si el profesor Núñez trataba de *obligarlo*.

Suki, en cambio, encontraba estimulantes las tareas. Trabajaba en ellas durante horas, hasta tarde en la noche, y aun después de haberse ido a la cama las palabras y las ideas seguían dándole vueltas, decididas a no dejarla dormir.

Era martes, el día en que Kio estaría en casa de su tía. Suki le había prometido a Lisa acompañarla a su casa después de clase. En el camino, las dos amigas iban hablando del profesor Núñez.

—Tiene una voz ronca de veras —dijo Lisa riéndose.

—Es una voz como todas, un poco ronca nada más —dijo Suki—. No sé por qué los chicos se burlan tanto y dicen que grazna en lugar de hablar, y esas cosas. —El tema no le gustaba, así que cuando llegaron a la casa examinó los casetes de Lisa—. ¿Ponemos éste? —dijo, mostrándole a su amiga un viejo casete. Lisa lo puso y empezó a bailar sola, cantando en voz baja:

*Eres el Sol,
yo soy la Luna
Eres las palabras
soy la melodía,
tócame como una canción...*

Pronto Suki empezó a bailar también y se pusieron las

manos en los hombros de la otra. Después pusieron otros casetes que a las dos les gustaban.

De pronto Lisa se tiró sobre la cama:

—No lo soporto. ¡Me hace extrañar demasiado a Marcos!

Suki se sorprendió. Nunca habían hablado de la relación de Lisa con Marcos, aunque todos sabían que se gustaban.

—¿Es importante para vos, eh? —dijo Suki al fin.

—Pienso en él todo el tiempo. Todo el tiempo.

—¿Es diferente con vos de como es en clase?

—¡Es el día y la noche! Recuerdo que María dijo una vez qué diferente era en su casa y en el colegio. Bueno, conmigo es otro, distinto.

Suki se preguntó cuántas personas diferentes podría ser Marcos, pero decidió que era mejor no decirlo en voz alta.

Pero una vez que Lisa empezó a hablar de Marcos, se le hizo difícil cambiar de tema.

Al fin Suki se fue, y Lisa quedó acostada en la cama, mirando el cielo raso. Sus pensamientos fueron a la tarea de Lengua: el número tres, la velocidad de la luz, un rectángulo, y otra vez Marcos. Después volvió a la tarea. Al fin, empezó a pensar en las dos cosas a la vez, y al hacerlo un poema empezó a formarse en su mente. Dio media vuelta en la cama, tomó el cuaderno y empezó a escribir. Una hora después copiaba lo que había escrito de modo de poder presentarlo como su tarea:

*Cuando soy uno
cuando soy dos
cuando soy tres o cuatro
entonces todo lo que importa
(o a mí me parece que importa)
todas esas cosas, esas mismas cosas,
importan sólo en tanto
yo sea dos o tres o más
y no el uno que soy.*

Cuando sos redondo

*cuando sos cuadrado
cuando sos rectangular
entonces todas las veces que estuvimos juntos
(o pudimos estar juntos, si hubiéramos estado)
todas las veces, todas esas veces
darán por resultado tu forma
según si sos redondo o cuadrado
rectangular o triangular.*

*Cuando somos lentos
cuando somos rápidos
cuando aceleramos
entonces todos los lugares en que hemos estado
(o hemos soñado que estaríamos)
entonces todos esos puntos, esos mismos puntos
desaparecerán a la velocidad de la luz
y nos dejarán con nuestra luz y nuestra velocidad
como partes que no se relacionan.*

Tenía dudas sobre ciertos versos, especialmente el último. Pero lo dejó así. Y aunque lo había escrito pensando en Marcos, lo que se preguntaba ahora era qué le parecería al profesor Núñez.

CAPÍTULO 3

I

La mamá de Ari hizo una pausa durante la cena para escuchar el ruido de las gotas de lluvia contra la ventana del comedor.

—Parece que se viene la tormenta, y va a ser fuerte —dijo.

—Cuando volvía a casa esta tarde, el viento casi me arrancó el sobretodo —comentó el señor Stotelmeyer.

Hubo un resplandor en los ojos de Ari:

—Escuchá, papá... ¿hay un momento en que el viento no sople?

El padre miró a Ari:

—Hay veces en que no hay viento —admitió.

Ari no quedó satisfecho con la respuesta:

—¿Pero puede haber viento si no está soplando?

—Hay veces en que el aire no se mueve, y hay veces en que se mueve. Cuando se mueve, decimos que hay viento.

La respuesta del padre tomó a Ari por sorpresa. Nunca se había puesto a pensar que el aire podía moverse o no. "Es como el chico que puede correr o no correr", pensó.

En ese momento la mamá dijo:

—Ari, ¿por qué no vas al baño y cerrás la canilla? Alguien dejó el agua corriendo.

Ari estaba prevenido. Estuvo a punto de decir: "¿Qué otra

cosa puede hacer el agua que correr?", pero se contuvo a tiempo. Después de todo, pensó, el agua podía estar inmóvil.

Lamentó que no estuviera Suki con él para ayudarlo a entender. ¿Por qué los ríos tenían que correr, pero el agua podía correr o quedarse quieta? ¿Cómo era que el viento tenía que soplar, pero el aire podía moverse o estar quieto? Estaba intrigado. Volvió del baño y se sentó otra vez a la mesa.

—¿Qué te pasa, Ari? —le preguntó la madre.

—Son las palabras —respondió Ari lentamente—. Me intrigan las palabras.

—¿Qué clase de palabras, Ari? ¿Cualquier palabra?

—No, ma. Pero mirá, si te preguntara qué está haciendo la lluvia ahora, ¿qué dirías?

La mujer miró la ventana mojada, y después volvió a mirar a Ari.

—¿Qué diría? Diría que está lloviendo, eso diría.

—Ves, ma, esa es la cuestión. La lluvia llueve, la nieve nieva, y los ríos corren y los estanques están quietos.

—Ari, no podría ser de otro modo, créeme. ¿Querías que los ríos lluevan y los estanques nieven?

La cara de Ari se iluminó con una sonrisa.

—No me refería a eso... aunque estaría bien, para cambiar. No, lo que quiero decir es... A ver. Quizá pueda explicarlo así. Suponé que tomamos dos oraciones. La primera es "la lluvia llueve". La segunda es "la lluvia moja la tierra". ¿Cuál es la diferencia?

—La primera oración dice lo que *es* la lluvia; la segunda dice qué *hace* la lluvia.

—¡Exacto! ¡Es exactamente así! —Ari estaba feliz por el modo en que su madre había captado la idea—. ¡Pero el problema es que las dos frases son parecidas! —La madre lo miraba con expectativa, y Ari siguió—: Cuando decimos que la lluvia moja la tierra, estamos hablando de algo que sucede *por causa* de la lluvia. Pero cuando decimos que la lluvia cae o llueve o cualquier palabra que usemos, no queremos decir que la lluvia está *causando* nada. Sólo estamos *describiendo* lo que pasa.

—Ari, recuerdo que hablamos de esto mismo hace un par de años.

—No, no era exactamente lo mismo. Sí, yo también me acuerdo, cuando descubrimos la diferencia entre describir y explicar. Pero ahora empiezo a ver cuánta confusión puede causar el lenguaje que usamos.

La madre empezó a levantar los platos de la mesa.

—No sé de qué estás hablando, Ari. Todos usamos el mismo lenguaje.

—Seguro, ma. Pero quizá todos lo usemos mal en el mismo sentido, también.

—¿Cómo puede ser?

Ari puso el plato de manteca en la heladera antes de contestar. Pero todo lo que pudo decir fue:

—Es así, ma. No sé.

II

—¿Qué hiciste hoy en la escuela, Kio? —preguntó Suki.

—Dibujé y pinté. Sobre todo pinté. Con crayones.

—Eso es lindo. ¿Qué pintaste?

—Nada. Pero mañana tengo que dibujar un animal.

—¿Sí? ¿Qué animal?

—Cualquier animal que quiera.

—¿Ya sabes cuál vas a dibujar?

—Sí, un elefante. Suki, ¿cómo es un elefante?

Suki se rió:

—Sería bueno saberlo antes de intentar dibujarlo. Bueno, veamos, aquí hay un diccionario... Voy a buscar "elefante" y ver si hay un dibujo. Sí, ¡aquí está tu elefante! —Le mostró un pequeño dibujo de un elefante, del tamaño de una uña.

Kio no quedó entusiasmado por la ilustración del diccionario.

—¿No tenemos otros dibujos? —preguntó.

Suki buscó en la biblioteca y al fin sacó *El Libro de los Animales*. Tenía una foto de una manada de elefantes. Kio miró

la foto y sacudió la cabeza. Sólo quedó contento cuando él y Suki leyeron un cuento de Dumbo.

Estaban en el suelo con el libro frente a ellos, pero Kio ya no lo miraba.

—Suki —dijo—, ¿como qué es un elefante?

—¿Como qué?

—Sí.

—Ah, ¿te parece que vas a imaginártelo mejor si podés compararlo con algo? —Kio no dijo nada. Suki vaciló un momento—. ¿Te acordás del camión de mudanzas que trajo nuestras cosas a esta casa? Bueno, si estuvieras debajo de un elefante, sería como si estuvieras debajo de ese camión.

Los ojos de Kio se pusieron redondos. Suki siguió:

—¿Y te acordás de esos hombres de los teléfonos que trabajaban ayer frente a casa? Había uno que se subía en esa grúa con plataforma, que lo llevó más alto que los árboles y los postes de teléfono, ¿te acordás? Bueno, si un elefante te levantara con la trompa sería como subir en esa plataforma.

Los ojos de Kio se abrieron más todavía.

—¿Cómo sería *sentarse* arriba de un elefante? —preguntó.

—Bueno, sería como sentarse en la parte más alta del techo de esta casa y mirar los aleros desde arriba y tratar de no perder el equilibrio, porque la caída sería fatal.

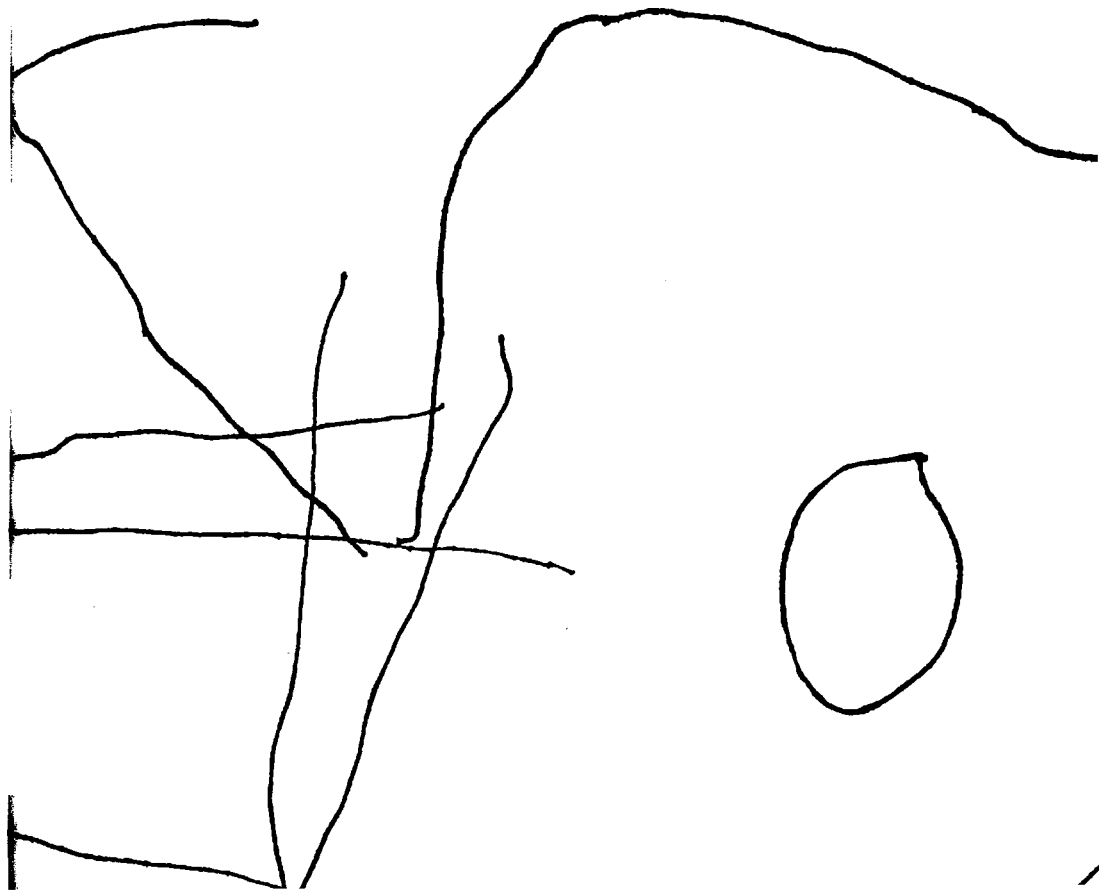
Kio asintió, pero no dijo nada.

Al día siguiente en la escuela, cuando llegó el momento de dibujar, Kio puso su papel cuidadosamente en medio de su mesa y se dispuso a dibujar un elefante. Primero aspiró fuerte y contuvo el aire tanto como pudo. Mientras tanto se sentó con las rodillas y los codos bien apartados, y las mejillas hinchadas, virtualmente rodeando la hoja de papel por todos lados. Al fin empezó a dibujar. Primero hizo el ojo del elefante. Después la oreja. Pero cuando trató de dibujar el resto del elefante, descubrió que el lápiz no se quedaba en el papel: para completar el dibujo, tuvo que trazar líneas por toda la mesa. Al fin sólo una pequeña porción de lo que dibujó quedó en el papel mismo.

Se lo veía así:

F

✓



Para entonces, dos de sus compañeritos más cercanos habían terminado los dibujos y se habían puesto a mirar lo que estaba haciendo Kio. Primero encontraron muy gracioso que la mayor parte del dibujo hubiera quedado fuera del papel. A esto Kio replicó:

—Si hubiera dibujado un perro o un gato me habría entrado en el papel. Pero un elefante es... ¡un elefante es el animal más grande que hay!

Una niña dijo:

—¡Le hiciste el ojo demasiado grande!

—Sí —dijo un nene— los elefantes tienen ojos chiquitos.

—Si es un animal grande, tiene ojos grandes —respondió Kio con desdén—. Eso lo sabe todo el mundo.

—No —dijo el nene—, los elefantes tienen ojos chicos.

Kio miró a su compañero muy serio:

—¿Más chicos que los tuyos? —preguntó.

—No, los ojos de los elefantes son mucho más grandes que los de las personas.

Kio se tranquilizó.

—Es lo que yo decía —dijo—. El elefante es un animal grande. Y tiene ojos grandes.

III

La noche siguiente, la mamá de Ari observó:

—Hijo, estás callado.

Ari sonrió con timidez, pero no dijo nada.

—¿Te comieron la lengua los ratones?

Ari volvió a sonreír y negó con la cabeza. Después dijo:

—¿Sabés, ma? Tengo muchísimos problemas en el colegio.

—¿Qué problemas, Ari?

—Literatura. No puedo escribir.

—Antes escribías mucho. ¿Por qué decís ahora que no podés escribir?

—Porque es cierto. Es como si no pudiera poner nada en

el papel. —Se apartó un mechón de pelo que le caía sobre los ojos y miró el mantel.

—¿Hablaste con alguien sobre este problema?

—No, en realidad no. Con algunos chicos en el colegio nada más.

—¿Y qué te dijeron?

—Suki trató de ayudarme.

—¿Qué te dijo?

—Hablamos sobre dar vuelta las frases.

—¿Como hacías antes, con las oraciones que empezaban con “todos” y “ninguno”?

—No, ma. No es como eso. Lo que estábamos diciendo con Suki es que, si tenés una oración como “el cielo es azul”, en realidad no es muy buena porque no es que estemos viendo un cielo que esté de color azul. En realidad lo que estamos viendo es un espacio azul, y a eso lo llamamos “cielo”.

—Creo que entiendo. En lugar de decir “el cielo es azul”, uno podría decir “el azul es el cielo”. ¡Es bonito, Ari!

Ari asintió.

—Está bien. ¿Pero y con eso qué? No puedo escribir así; suena tan estúpido: el azul es el cielo, lo mojado es el agua, lo caliente es el fuego. ¡Es tan idiota!

Después de un largo suspiro, fue la mamá la que quedó en silencio.

—¡Malditos verbos! —exclamó Ari—. Cuando hacíamos ejercicios de lógica, teníamos que cambiar todos los verbos por “ser”, ¿te acordás? Bueno, eso vuelve bastante aburridas las oraciones. Y eso es lo malo de “lo azul es el cielo”, “lo húmedo es el agua”, “lo caliente es el fuego”: es tan fatal porque siempre hay que usar el viejo verbo “ser”.

Cuando vio a Suki al día siguiente, le contó lo que había estado pensando.

—¡Es una palabra vacía! El cielo *es* azul. ¿Y qué? No *dice* nada.

—Es cierto —respondió Suki—. No dice nada porque no *hace* nada. Hay que darle vida... por ejemplo preguntarle: “Escucháme, cielo, ¿de dónde sacaste ese azul?”.

Ari se rió:

—Así está mejor, pero ahí también lo tendrías que dar vuelta. No es que haya un cielo que se pintó de azul...

—¡Exacto! ¡Es lo azul que se consiguió un cielo!

—Ya nos fuimos demasiado lejos —gruñó Ari.

—Probá vos, Ari —le pidió Suki,

—No sé por dónde empezar.

—Bueno, empecemos por una oración corriente. Podría ser: "El perro es bueno".

—Muy bien, el primer paso es darlo vuelta: "Bueno es el perro".

—Y ahora librarnos del "es".

Ari lo pensó un momento:

—¿No tengo que transformar "bueno" en un sustantivo antes?

—En ese caso, sería "La bondad es el perro". —Cuando Ari asintió, Suki añadió—: Pero ¿y el verbo? Todavía tenemos el "es".

—Sí, ya sé. —Ari lo pensó un poco más—. ¿Qué te parece "la bondad se subió al perro"?

El rostro de Suki se iluminó con una suave sonrisa, y le tocó el brazo a Ari:

—No está mal, Ari —dijo—. Nada mal para alguien que no puede escribir.

—Decir no es escribir —respondió Ari sombrío.

IV

—¿Sabés, pa? Suki me dio unas ideas buenísimas para escribir.

—¿Sí? —El señor Stotelmeyer no alzó la vista. Estaba sentado en el piso, trabajando con la aspiradora que se había trabado.

—Sí. Grandiosas. Por ejemplo me dice que hay que dar vuelta las oraciones.

—Me da la impresión de que eso ya lo hicimos antes.

—No, pa, no es lo mismo. Dice que es muy aburrido decir... no se me ocurre un ejemplo... bueno, podría ser éste: "Los mansos son bienaventurados".

—No entiendo —dijo el padre, hablándole a la aspiradora.

—Sí entendés. Nadie lo dice así. Es mucho mejor decir "bienaventurados son los mansos".

—¿Sí?

—Por supuesto que sí. Y es mejor decir "verdes son las uvas"..., quiero decir si estás escribiendo un poema o algo así..., en lugar de "las uvas son verdes".

—¿De veras? —Estaba tirando de algo atascado en la máquina.

—Sí. Y una cosa más que estuvimos hablando Suki y yo es ésta. Dice que hay que librarse del verbo "ser".

—¿Y reemplazarlo con qué?

—No sé. Verbos con más acción. Como por ejemplo "El verde crece en las uvas".

—Ahí hay mucha acción, Ari. Cuando ponés el verbo "crecer" en ese lugar, me parece que estoy viendo a las uvas reventando de maduras. —El obstáculo en la aspiradora cedió—. De hecho, ¿por qué no decir "el verde revienta las uvas"?

—¿Me estás tomando el pelo, pa? ¡Eso no suena nada bien!

—Sólo trataba de ayudar. Adelante. ¿Qué más te dijo Suki?

—Me dijo que no había que detenerse en "el verde crece en las uvas". Podemos hacer más, podemos decir: "Eh, verde, ¿cómo fue que conseguiste esas uvas?".

—Así que no sólo invertiste las palabras, sino que cambiaste el significado también: en lugar de ser las uvas las que tienen el color verde, es el color verde el que se consiguió unas uvas. Obviamente ustedes los chicos no se detienen ante nada.

—Pa, hablemos en serio. Decíme qué te parece.

—Tengo ciertas sospechas... eso es lo que pienso. Primero, no es tan nuevo. La gente ha venido diciendo cosas como

“bienaventurados son los mansos” desde hace mucho, como sabrás. Y francamente, no veo qué tiene de malo decir “las uvas están verdes”. Eso suena bien, simple, directo.

—Pa, en literatura no se escribe como se escribe todos los días. Es una especie de... no sé... una especie de fantasía, diría yo.

—¿Tiene que ser así? —Empezó a armar el aparato de nuevo.

—Quizá no, pero tampoco tiene que ser aburrido como un lavarropas.

—Interesante comparación.

—¡Pa!

—Así que en lugar de decir “el gato tiene sueño”, habría que decir: “¡Sueño, dejá en paz a ese gato!”.

Ari se rió.

—¡Eso lo despertaría, por lo menos! —Se quedó pensando un momento—. ¿Entonces qué me estás diciendo? ¿Que debería escribir al viejo modo y olvidarme de este asunto de las inversiones del que me habló Suki?

—No estoy diciendo una cosa o la otra. Yo no soy un escritor, como sabrás. Pero creo que escribir es algo más que unos pequeños trucos técnicos como cambiar de lugar el sujeto y el predicado.

—Pero pa, quizá no sea sólo un truco; quizá sea algo útil. Y de cualquier modo, podría ser que usando un método distinto se me ocurran más ideas que tratando de escribir al modo antiguo.

—Ari, no estoy diciendo que un modo sea mejor o peor que el otro. Por lo que sé, probablemente hay muchos modos más de escribir, que son igualmente buenos. Todo lo que trato de hacerte entender es que no deberías renunciar tan pronto al modo normal de escribir, porque quizá no sea la disposición de las palabras lo que es aburrido; quizá sea el modo en que lo interpretamos.

—No entiendo.

—Bueno, mirá esa oración, “el gato es dormilón”. ¿Cuál es la relación entre ser un gato y ser dormilón?

—Supongo que es que el gato pertenece a la clase de criaturas dormilonas.

—¿Hay otra criatura dormilona cerca?

—Ahí la tenés a mamá.

—Ella no está dormida, está desmayada.

—No estoy... Estaba descansando los ojos. —La mamá de Ari se hundió un poco más en su sillón.

—Entonces, si no hay otras criaturas dormilonas por acá —siguió el padre de Ari—, ¿por qué decir que el gato es una de ellas?

—Está bien, pa, quizá tengas razón. Pero hay otro modo de entender la frase "el gato es dormilón". El sueño es el rasgo preponderante del gato.

—¿Como la nariz es el mío?

—Bueno, sí. Vos tenés tu nariz. El gato tiene su sueño.

—Ari, eso es ridículo y vos lo sabés.

—¿El sueño tiene al gato?

El hombre rezongó:

—Ya empezamos de nuevo.

—¿Pero qué estás diciendo, pa? Si el sueño no es un rasgo específico del gato como tu nariz es un rasgo específico de tu cara, ¿qué es?

—Si no es específico, es general, como ser arisco, cómodo o haragán. Vos no dirías "la nariz del perro es haragana". Tendrías que decir "el perro es haragán". Todo el perro, ¿no?

—Y si digo "las uvas son verdes", ¿no es como si el verde estuviera pintado en la superficie de las uvas, mientras que en realidad ellas están empapadas de él?

—Algo así. Pero también, estás diciendo que las uvas son parte de todo lo que es verde en el mundo.

—¿Entonces qué tiene de malo decir "el verde consiguió unas uvas"?

—Nada en absoluto. Sólo trataba de hacerte entender lo que quería decir.

—¿Y vos pensás que puedo decir lo mismo poniendo el sujeto y el predicado como es usual o invertidos?

—No estoy seguro, Ari. Creo que sí. Pero lo importante es disponer las palabras del modo en que digan mejor lo que querés decir. Y si el modo anticuado lo hace mejor, no lo desprecies.

—Lo tendré en mente.

—¡Mente, no pierdas esa idea!

—¡Pa!

V

El profesor Núñez estaba de pie junto a la ventana, las manos tomadas detrás de la espalda. La clase esperaba en silencio. Al fin se volvió, y como si se obligara a sí mismo a hablar les pidió a los alumnos que sacaran las notas donde habían puesto sus impresiones sobre el poema de Hopkins.

—¿Qué fue lo que percibieron con más claridad en este poema?

Algunos sacudieron las cabezas. Nadie levantó la mano. El silencio se estiró, mientras el profesor Núñez parecía estar esforzándose por encontrar las palabras para decir algo. Suki pensó que podía estar enfermo. Al fin preguntó:

—¿Qué dirían ustedes que esperamos de algo escrito, no sólo de este poema?

Después de unos momentos de tensión, Suki levantó la mano tímidamente. El profesor Núñez asintió con la cabeza.

—Debería expresar el sentimiento de lo que pasó.

—¿El sentimiento de lo que pasó? —repitió el profesor Núñez.

—¡Sí! —intervino Marcos—. Tiene que tener la cualidad de lo real.

—¿Qué quiere decir lo real?

—Lo que son las cosas —respondió Marcos.

—La vida —dijo Suki.

El profesor Núñez se volvió hacia el pizarrón y escribió:

1. *La cualidad de la existencia*

—Muy bien, ¿qué más?

Miguel decidió hablar:

—Tiene que decir lo que pasa.

—¿Y cómo pasan las cosas?

—No sé. Algunas cosas causan otras cosas.

—¿Así nomás? ¿Brutalmente? ¿Sin más?

—Sí, así nomás. Un tipo pisa una cáscara de banana... así nomás. A un chico lo atropella un auto... así nomás. Alguien se gana un millón en la lotería... así nomás.

—Y vos lo notás... ¿así nomás?

—¡Exacto! Nos sorprende y nos despierta.

Otra vez el profesor Núñez tomó la tiza y escribió:

2. *El shock de la existencia*

—Lo están haciendo muy bien. ¿Qué más?

Ari levantó la mano, cosa que sorprendió a Ari más que a ningún otro en la clase:

—Tiene que tener sentido.

—Es cierto —dijo Malena—. Tiene que significar algo. En realidad, es más que eso, aunque no sé cómo decirlo.

—¿Más en qué sentido? —preguntó el profesor Núñez.

Malena sacudió la cabeza.

—Tiene que ser... ya sabe... Tiene que ser creíble. Tiene que convencernos.

—¿Pero cómo puede hacer eso?

Habló Toni:

—El modo en que está dicho —dijo lentamente— es convincente... cuando es como... son las cosas en general... Es... Necesita tener una lógica.

Por tercera vez el profesor Núñez se volvió hacia el pizarrón, y esta vez escribió:

3. *La lógica de la existencia*

—Ahora –dijo–, volvamos al poema.

—A mí no me gustó –dijo Tomás.

—No importa en lo más mínimo si te gustó o no –respondió el profesor Núñez–. Siempre que sientas el impacto y el sentido. Lo importante no es que aprendas a gustarlo sino que aprendas a soportarlo.

Tomás y Miguel se miraron y se encogieron de hombros.

—Profesor –objetó Rodolfo–. La palabra “existencia” no es la que dijimos nosotros. ¿Qué significa?

—No te hagas el tonto –dijo Luis–. Significa lo que pasa, nada más.

El profesor Núñez ignoró la observación de Luis. Pero tampoco respondió a la pregunta de Rodolfo.

—Muy bien, han identificado tres reglas básicas que pueden usarse cuando examinamos un texto escrito. No son las únicas, y no sé si serán las mejores. Pero probémoslas. Leamos el poema verso por verso y veamos cómo se aplican. Primer verso: “Las libélulas liban luna”. ¿Qué podemos decir al respecto?

Suki propuso algo, pensando en voz alta:

—Muestra la relación entre la cosa y su nombre.

—Y está diciendo –exclamó Jesica–, que lo que hace esa cosa se parece a su nombre. “Libélula” y “liban luna” suenan parecido.

—Igual que cuando en otro verso dice que el “suelo” “suenan” –agregó Suki.

—Sí –dijo Rodolfo–, pero las libélulas en realidad no liban de la Luna.

—¿Ah no? –respondió Suki–. Una vez vi una tomando agua en un charco donde se reflejaba la Luna.

Jesica se agitó en su asiento:

—¡Eso es! ¡Eso es! Yo no lo vi pero puedo imaginármelo, y entonces no está mal decir: “Las libélulas liban luna”.

—O: “Hay un reflejo de la luna que se consiguió una libélula” –aventuró Ari.

—Escuchen –dijo Santi– ¿las libélulas salen de noche?

—Quizá sólo en los poemas –dijo el profesor Núñez–. Ahora veamos. Hasta ahora han hablado del reflejo de la Luna en el agua, y el vuelo de la libélula y su sed, y eso es...

—La cualidad de la existencia –completó Suki.

—Exacto: tiene el aspecto, el sabor y la textura de las cosas. Pero ¿y nuestro segundo punto: el shock de la existencia?

—Es el impacto de las cosas una contra otra –dijo Marcos.

—Y contra nosotros –agregó Malena.

—Es causa y efecto –sugirió Ari.

—Es lo que está pasando –dijo Luis–. ¡Pum! ¡Bam! ¡Crash!

El profesor Núñez miró a Luis con solemnidad:

—¿Y qué es lo que está pasando?

—Es lo que dice en el verso, a ver, uno, dos, tres... en el verso cuatro: que cada cosa lanza su nombre.

—Es como un hecho de la naturaleza –dijo Miguel–. La palabra “libélula” nos dice lo que hace en realidad la libélula.

—Es como que las cosas usan sus nombres para expresarse a sí mismas –comentó Suki.

—¿Pero cómo puede ser? –preguntó el profesor Núñez–. ¿Cómo pueden parecerse a las cosas los nombres con que llamamos a esas cosas?

—Bueno –dijo Laura–, tomemos los materiales de construcción. La palabra “acero” es una palabra muy dura, muy fuerte. ¿Se lo podría llamar al acero “algodón”? Es ridículo.

—¡Sí! –exclamó Ana–. La palabra “madera” parece liviana y porosa. No podríamos ponerle un nombre denso y pesado como “plomo”.

María levantó la mano:

—¡Sería terrible si a las palomas se las llamara “cuervos”!

—Y las abejas y las avispas –dijo Jesica–, tienen nombres con una punta, para poder picar. No me imagino que me pique una mosca.

—A ver –dijo el profesor Núñez–. Decimos que las cosas usan sus nombres para expresarse. ¿Y qué significa eso?

—Significa lo que dice el final del poema —dijo Suki—. Somos lo que hacemos.

—Y en lo que se refiere a este poema, ésa es la lógica de la existencia, ¿no?

—Las palabras en el poema —dijo Suki—, parecen estar relacionadas una con la otra igual que las cosas se relacionan una con otra en el mundo. Es como si las palabras tropezaran unas sobre otras. Es como si tuvieran la misma clase de desorden que tienen las cosas.

VI

Sentado a la mesa de la cocina, Ari miraba su tarea de geometría. Pero no podía concentrarse. Su mente volvía a lo que habían dicho Suki y el profesor Núñez.

“Si somos lo que hacemos” pensaba, “¿entonces dónde quedo yo? Todo lo que existe se expresa. Pero yo no puedo expresarme. No puedo escribir. Así que supongo que no soy nada.”

—¿Qué pasa, Ari? —preguntó la madre, sentada frente a él.

—¡Ese profesor Núñez! No sé quién se cree que es.

—¿Es eso lo que te tiene tan preocupado?

—Nos hizo leer un poema. No lo entendí muy bien, pero decía que somos lo que hacemos.

—Es cierto, Ari. El profesor Núñez enseña, y por eso es un maestro. Vos estudiás, y por eso sos un estudiante.

—Además no escribo, y eso no me hace un no-escriptor.

—Ari, yo me acuerdo cuánto te llevó empezar a caminar. Gateabas por toda la casa, pero no te decidías a dar un paso. Y por más tiempo que pasó, a mí no se me ocurrió que no ibas a caminar nunca.

—¿O sea que algo tiene que pasar sólo porque no ha pasado hasta ahora? ¿Entonces yo voy a volar sólo porque nunca volé hasta ahora?

—Quién sabe. Todo es posible.

—Mamá, una persona no puede hacer lo que no puede

hacer. ¿Te parece que voy a ser como Superman y correr más rápido que una bala o saltar por encima de un rascacielos?

La mujer soltó la risa.

—Pero Ari, escribir no es lo mismo. Vos escribís prosa, ¿por qué no vas a escribir poesía? Escribís no-ficción, ¿por qué no vas a poder escribir ficción?

—Una persona no puede hacer lo que no puede hacer.

—Ari, si Edison y gente así te hubiera escuchado y te hubiera creído, nunca habría inventado lo que inventó.

—La gente no sabía qué era posible y qué no.

—Ari, sos vos el que hace que las cosas sean posibles. No era posible viajar a la Luna hasta que se inventó el cohete. El cohete lo hizo posible.

—Bueno, escribir es distinto. Pienso que uno nace escritor o no. Algunos no tienen buena vista. Algunos no tienen buen oído. Yo tengo una... no sé cómo se llama, para escribir.

—Una incapacidad.

—Exacto: una incapacidad.

—Es absurdo, Ari. En realidad no has probado...

—He probado todo, y ya no voy a probar más, mamá. Mañana voy a decirle al profesor Núñez que no puedo hacer esa parte de la tarea.

VII

Ari fue a ver al profesor Núñez a la sala de profesores. Era un cuarto chico. Los estantes estaban cargados de libros. Ari no había hecho cita. Se limitó a entrar y sentarse.

El profesor Núñez estaba escribiendo, y no alzó la vista hasta que hubo terminado. Entonces vio a su visitante.

—¿Qué pasa, Ari?

No era una invitación muy amable para ponerse a charlar. Más bien parecía una orden de exponer rápido lo que lo traía ahí y marcharse.

—Profesor..., profesor Núñez —tartamudeó—. Creo que yo no puedo... No creo que pueda hacer la tarea.

El profesor Núñez lo miró muy serio:

—No podés escribir.

—¿Cómo sabía? —preguntó abriendo redondos los ojos.

—Se te ve en la cara.

Ari se quedó en silencio.

El profesor Núñez lo miró un rato y después dijo:

—La tarea sigue en pie. No hay más que decir.

—Pe-pero... ¿qué voy a hacer...?

—¿Hacer? Tenés que hacer la tarea.

—No veo cómo. No se le puede pedir peras a un oso.

—A un olmo.

—¿A un olmo?

—La expresión es “no se le puede pedir peras a un olmo”. Pero me alegra que la cambiaras. Sería más difícil todavía que un oso diera peras. —El profesor Núñez sonrió apenas. Se puso de pie, y Ari también. El traje oscuro del profesor Núñez, con su chaqueta ajustada, lo hacía parecer más alto de lo que era. Ari dio media vuelta para irse.

—En tu cuento, Ari...

Ari se volvió a mirarlo, con gesto triste.

—... contó algo de tu vida que encuentres especialmente interesante.

Ari pareció escandalizado, miró al profesor Núñez incrédulo durante un largo momento, y salió de prisa. En el pasillo, Suki estaba hablando con Miguel y Santi. Ari vaciló un instante, y después tomó en dirección opuesta.

VIII

—Profesor Núñez —preguntó Toni—, ¿cuándo hay que usar el verbo “existir” y cuándo “ser”?

—¡Significan lo mismo! —interrumpió Marcos.

—No, significan cosas diferentes —respondió Malena.

—Le estoy preguntando al profesor Núñez —dijo Toni con enojo.

—Bueno —respondió lentamente el profesor Núñez—, si

yo te preguntara “¿Qué es un unicornio?”, ¿qué me dirías?

—Es como un caballo con un cuerno.

—Muy bien, pero ahora si yo te preguntara “¿Los unicornios existen?”, ¿qué dirías?

—Obviamente que no. Ah, ya veo. Yo sé lo que es un fantasma, pero al mismo tiempo sé que los fantasmas no existen.

—Ya entiendo —dijo Lisa—. Todas las cosas que existen son cosas que son, pero no todas las cosas que son... a ver... son cosas que existen.

—Es una oración que no se puede dar vuelta —agregó Ari.

El profesor Núñez frunció el entrecejo:

—No nos hagamos demasiado lío. Hay ciertas preguntas básicas, como ¿quién soy? y ¿qué soy? Creo que la distinción que hace Toni entre “ser” y “existir” puede ser útil para tratar de responder esas preguntas.

La clase quedó en silencio. El profesor Núñez parecía estar preguntándose cómo seguir. Nadie sabía adónde quería llegar, así que nadie hizo ninguna sugerencia. Al fin dijo:

—Hagamos un ejercicio. Estrofas de cuatro versos, rimando el segundo y el cuarto. Los de esta mitad del aula vayan al pizarrón y escriban dos versos cada uno sobre las preguntas que hicimos: ¿quién soy? ¿qué soy? Cuando hayan terminado, los de la otra mitad vayan al pizarrón y vean si pueden completar los versos.

—No entiendo —protestó María.

—Hagan los dos primeros versos en forma de pregunta —explicó el profesor Núñez—. Los otros dos, en forma de respuesta.

—Ah —dijo María —, ahora entiendo —aunque todavía parecía un poco insegura.

Al rato, había seis grupos de versos en el pizarrón. Sus autores volvieron a sus asientos, y el resto de la clase fue al pizarrón. Cuando se sentaron, algunas de las combinaciones habían quedado así:

*"Yo quiero saber quién soy,
Respóndanme la verdad" (Santi).*

*"Sos un chico o sos un viejo
dependerá de tu edad" (Florencia).*

*Al espejo le pregunto
"¿Existo, o soy ilusión?" (Jesica).*

*"Si pensás, es porque sos",
te responde, "preguntón" (Miguel).*

*"¿Existo", se pregunta mi Unicornio;
la duda lo carcome diariamente (Laura).*

*"Hace bien en dudar, don Unicornio:
su raza es un invento de la mente" (Malena).*

—Esto es más difícil que tratar de ver cómo una oración se deduce de otras —observó Florencia.

—Es cierto —asintió Lisa—. Porque cuando estábamos haciendo silogismos, si sabíamos que las premisas eran ciertas y el procedimiento era el correcto, podíamos anticipar que las conclusiones serían verdaderas. Pero aquí no podemos contar con nada.

—No estoy tan segura —dijo Suki lentamente—. En un poema, lo que uno dice no tiene por qué ser verdadero, pero tiene que sonar a verdad. Tiene que ser convincente. Y cada verso tiene que seguirse de lo que hubo antes, aun cuando no se siga de acuerdo con las reglas del razonamiento.

—Cuando razonamos —dijo Lisa, que no quería abandonar el tema—, sacamos de lo dado algo que no fue dado.

—Seguro —asintió Suki con una sonrisa—. Pero cuando lees poesía, no te interesa *sacar* ningún sentido del poema, sólo te interesan los sentidos que ya *están*.

—¿Estás diciendo —le preguntó el profesor Núñez—, que "un poema no debe significar, sino ser"?

—¡No! —respondió Suki—. ¡Para nada! Un poema debe significar. Y debe ser. Pero no son dos cosas diferentes. ¡Su significado es su ser!

—Ah —dijo el profesor Núñez. Y dedicó el resto de la clase a cuestiones de gramática.

CAPÍTULO 4

I

—¡Suki!

Suki se volvió y sonrió al ver a Santi, que venía hacia ella con sus pasos largos, saliendo de la panadería.

—¡Parece como si estuvieras corriendo una carrera!

—No, siempre camino así —dijo Santi sonriendo. Hizo más lento el paso para ajustarlo al de ella.

Suki se sentía a gusto con Santi.

Pero mantuvo la vista fija adelante cuando pensó que él la miraba.

Charlaron sobre el colegio. Mientras hablaban, Santi se preguntaba cómo hacer para pedirle que salieran juntos. “Si tuviéramos algo en común además del colegio”, pensaba. Al fin se decidió a ir directo al grano:

—Suki, ¿querrías ir a bailar conmigo el sábado?

—¿A un baile del colegio?

—No, no me gustan esos bailes. Pensé en ir a un lugar en mi barrio.

—Santi, realmente no puedo.

—¿No podés venir a mi barrio?

Ella le echó una mirada rápida:

—No, no es eso. Es que no tengo tiempo, simplemente. Tengo a mi hermanito y tengo que ayudar a mi papá, y ade-

más tengo mi propio trabajo. Ir a bailar es algo en lo que ni siquiera pienso.

—La pasarías bien.

—Me lo imagino, Santi —dijo ella riéndose—, y ojalá pudiera ir. De veras. Pero no podría arreglármelas.

—Bueno, entonces, ningún problema. Quizás otra vez, ¿eh?

—Sí. Quizás otra vez.

Suki quedó en silencio un momento. Y después dijo:

—Ya no salgo con Tina

—Ah.

—¿La conociste?

—No creo. ¿Iba a nuestro colegio?

—No, pero vino un par de veces a buscarme. Vos me hacés acordar a ella.

Suki no dijo nada. Santi la miró con tristeza.

—Lo lamento. Va a haber una murga y toda clase de diversión.

—Me lo imagino. Seguro que va a estar buenísimo.

—Las chicas bailan y los chicos se enloquecen por ellas.

—¿Vos te enloquecías por Tina?

—Por supuesto. Al principio, por lo menos.

—No entiendo.

—Bueno, cuando empecé a salir con Tina, me parecía perfecta. No podía creer en mi suerte. Era la chica justa para mí. Siempre le gustaba hacer las cosas que me gustaban a mí, y hasta parecía que le gustaba vestirse como a mí me gustaba verla...

—¿Y qué pasó?

—No sé. Es como si hubiera cambiado de pronto... Como si no hubiera querido seguir siendo mi novia. Al final peleábamos casi todo el tiempo.

—Pero podría ser que a ella todavía le gustes, Santi.

—Quizá. Pero no creo que le guste como soy, y no puedo cambiar sólo para darle el gusto a una chica, aunque sea Tina.

Suki quedó en silencio.

—Bueno —siguió Santi, pensativo—, quizás ella pensaba lo mismo.

—¿Cómo?

—Quizá se cansó de tratar de cambiar sólo para darme el gusto a mí.

Suki sonrió:

—Podría ser. Pero escuchá, Santi, voy a tener que dejarte. Gracias de nuevo por la invitación. Como te dije, quizás otra vez. —Evitando ágilmente el brazo que trataba de rodearle los hombros, Suki subió corriendo los escalones de su casa. Pero en la puerta se volvió y lo saludó con la mano.

II

El profesor Núñez estaba parado junto a la ventana, con los pulgares e índices metidos en los bolsillos del saco. De pronto giró y dijo con voz ronca:

—La poesía es una especie de liberación. Es una especie de libertad. Pero la libertad sólo tiene sentido en contraste con la restricción.

Malena miraba al profesor Núñez con miedo, pero Miguel se limitó a murmurar:

—¡Ufa, otro sermón!

—Esa palabra, “restricción” —dijo Rodolfo en voz alta—, no sé qué significa.

—Compulsión —dijo el profesor Núñez—. Fuerza. La fuerza es algo a lo que no podemos escapar. Sólo podemos enfrentarla y tratar de comprenderla.

A Ari se le ocurrió que lo mismo podría decirse de su trato con el profesor Núñez. Levantó la mano:

—Profesor Núñez, ¿qué es “fuerza”?

—Materia en movimiento —respondió el profesor.

Ari pensó rápido:

—¿Como la fuerza de gravedad?

—Exacto. ¿Pero la sentís ahora, en este momento?

—Yo la siento si subo en un ascensor rápido —arriesgó Luis.

El profesor Núñez giró hacia él:

—La sentirías más todavía si se cortara el cable del ascensor. Cuando las cosas se salen de control, uno aprende rápido lo que es la fuerza. —Hizo una pausa, y agregó, más suave—: Cuando ustedes experimentan esa fuerza sienten el shock de la existencia.

Nadie habló, mientras el profesor Núñez miraba pensativo el piso, sin agregar nada a sus observaciones. El silencio se hizo opresivo.

Al fin Suki dijo:

—El año pasado leí un poema, y todavía me acuerdo un verso que era sobre la fuerza.

El profesor Núñez alzó la cabeza y la miró:

—¿Qué decía?

—Algo como: “La fuerza que mueve el agua a través de las rocas mueve mi sangre roja”.

—No se puede hacer pasar el agua a través de las rocas —objetó Malena.

—No a través de una roca, quizás —respondió Suki—. Pero el agua en un arroyo corre *entre* las rocas. Como en el arroyo que pasa por el terreno del colegio, vos misma lo habrás visto.

—A veces cuando estoy cansada —dijo Lisa—, siento el cuerpo como hecho de plomo y tengo que arrastrarlo como si fuera una carga.

Suki se rió:

—Los chicos muy chicos deben sentir lo mismo cuando están aprendiendo a caminar. Se caen todo el tiempo, y es una lucha volver a ponerlos de pie... para que se vuelvan a caer en seguida. Es como si hubiera una fuerza en acción, tirándolos hacia abajo cada vez que se paran.

—Lo que están diciendo me recuerda... a ver si puedo encontrarlo. —El profesor Núñez buscó entre los libros de su escritorio—. Ah, aquí está... pero es una traducción.

—Está bien —dijo Miguel con un gesto condescendiente—, no nos molesta. Siempre que esté traducido al castellano, por supuesto.

—Es de Rilke, y es sobre la fuerza de gravedad. Una parte del poema dice así:

*Hombre de pie: la gravedad corre a través de él
como el agua a través de la sed.
Pero igual que una nube se aliviana con un chaparrón,
así del que duerme
una lujosa lluvia de peso.*

—¿Eso significa —preguntó Camila— que el peso que tira hacia abajo al hombre de pie cae del que duerme?

—Claro —dijo Suki—. La nube se aliviana por la pérdida de lluvia, y el que duerme pierde... bueno, supongo que sus preocupaciones.

—Entonces el poema es un poema de liberación.

—Supongo que sí —dijo Camila—, si usted lo dice.

El profesor Núñez la miró fijo:

—Pero vos ves, ¿no? que la fuerza y la libertad son opuestos.

—Sí, creo que sí —respondió Camila.

—Y cuando se eliminan las fuerzas que nos oprimen, nos sentimos liberados, libres.

—Un momento —dijo Luis—. Ya lo tengo. Es como cuando termina de pronto una guerra, o cuando derrocan a un dictador: es entonces cuando la gente realmente le siente el sabor a la libertad.

—Es como cuando la gente deja de molestarnos y podemos hacer lo que queremos —dijo Laura.

Hubo alguna charla en clase a la que el profesor Núñez puso fin dando una palmada:

—Muy bien —anunció—, hemos estado hablando de liberación. Ahora me gustaría que hicieran un poema sobre el tema. Pero escuchen cómo quiero que lo hagan: imagínense que se despertaron esta mañana y descubrieron que podían volar. Muy bien, a trabajar.

Al fin de la hora, algunos alumnos habían escrito sus poemas en el pizarrón, y terminaron cuando sonó el timbre.

Entre clases, el profesor Núñez se quedó sentado a su escritorio leyéndolos:

*Miro desde arriba los planeadores.
Puedo dar vueltas carnero en el aire,
puedo hacer ochos en el cielo.
Bombero con los brazos
y paso sobre Machu Pichu.
Los Andes me muestran los colmillos,
como tiburones.
Aterrizo encima de la Isla de Pascua.
Todos aplauden (Miguel).*

*¡Paso como un cohete!
cortando el aire con los brazos,
por encima de las montañas,
dando las curvas en los cañones.
Después exploté (Jesica).*

*Como si estuviera nadando,
muevo los brazos
y remo
en el aire cerca del cielo raso del aula.
Veo
al profesor Núñez
que está quedándose calvo
en la coronilla (Camila).*

*Cuando descubrí
que podía volar
descubrí de pronto
que no quería.
Y sí,
me da miedo la altura.
Así que ahora camino por la calle
con los brazos cruzados:
yo, el que puede volar (Tomás).*

*Volar
es para los pájaros.
Los que caminan
necesitan palabras (Laura).*

*Yo y mi primo Pedro
nos turnamos para pasar volando
por debajo del Puente Alsina.
Después volé a la torre,
me paré encima con un pie
y toqué mi armónica (Santi).*

*Ayer remonté un barrilete
en el Parque Rivadavia.
Se balanceó,
y después subió como un halcón.
Yo le soltaba hilo
y lo recogía.
Mañana volaré
Sobre el Parque Rivadavia.
Me pondré
mi traje de pájaro
rojo y negro.
Haré círculos y subiré
como un halcón.
Después creo que bajaré
hacia el mar.
¿Pero quién me soltará hilo?
¿Y quién me recogerá? (Malena).*

*Caer cuando se está listo
no es pequeña hazaña
dejar que tu coraje
te empuje riendo
sobre el borde del aire (Suki).*

El profesor Núñez volvió a leer todos los poemas, después abrió su cuaderno y empezó a escribir.

III

—¡Suki, mirá mi taza!

—La veo, Kio. Está puesta de costado en el plato. ¿Por qué está así?

—Está cansada.

—¿Tuvo un día muy atareado?

—Sí.

—¿Querés jugar?

—Sí.

—Dame un lápiz y el bloc.

—Tomá.

—Muy bien. Yo escribo un número y vos me decís en qué te hace pensar.

—Dale.

—Acá vá el primero.

—Ocho. Creo que... creo... ¡Un reloj de arena!

—Muy bien. ¿Y éste?

—El cinco. El cinco es un marinero con panza grande mirando por un telescopio.

—¡Buenísimo! ¿Y éste?

—El diez. Es papá y... papá... Suki, estoy cansado de este juego. Juguemos a otra cosa.

—Me gustaría, Kio, pero en cualquier momento va a venir Ari. Dijo que me ayudaría con la tarea de geometría y de paso vamos a hablar de su tarea de literatura. Y después tengo que ayudar con la cena.

—Nunca tenés tiempo de jugar conmigo.

—¡No es cierto, Kio! Mirá, ya llegó Ari. ¿Qué hiciste con tu libro para pintar, el nuevo? ¿No está en tu cuarto?

Kio puso cara de malhumor y no dijo nada. Entró Ari.

—Hola. ¡Hagamos primero el trabajo de geometría!

—Ari —dijo Kio—, ¿no querés jugar a las cartas conmigo?

—No tenemos tiempo para eso ahora, Kio —dijo Suki frunciendo el entrecejo—. ¿No tenés otra cosa que hacer?

—Quiero quedarme acá.

—Pero yo no quiero que te quedes acá. Quiero que vayas a tu cuarto.

—Me quedo acá.

—Kio, te estás portando mal.

Kio se ruborizó, pero miró con malevolencia a Suki y gritó:

—Todo lo que decís, lo sos vos.

Ari miró interrogativamente a Kio, y después a Suki, que soportaba en silencio.

—¿Qué significa eso?

—Significa... —dijo Kio—, significa... que todo lo que me dice, lo es ella y no yo.

—¡Kio, andá a tu cuarto!

El niño se quedó inmóvil, la cabeza baja, los brazos cruzados.

—¡Kio! —Suki seguía subiendo la voz—. ¡Te estoy hablando a vos!

Kio no se movió.

—¡Kio! —gritó Suki—. ¿Por qué siempre tenés que ser el mismo mocoso caprichoso?

De pronto la resistencia de Kio se derrumbó. Se metió debajo de la mesa, con lágrimas corriéndole por las mejillas y el cuerpo sacudido por los sollozos.

—Me dijiste... me dijiste... —gemía, sin poder repetir las palabras que había usado su hermana con él.

Hasta Ari se sentía un poco molesto. Era tan raro que Suki usara ese tono de voz. Suki estaba arrepentida.

—Pero Kio —dijo—, vos me dijiste que todo lo que yo dijera se aplicaba a mí y no a vos.

—¡Pero *no* funcionó! —gritó Kio, secándose la nariz con la manga—. ¡*Nunca* funciona! ¿No lo sabés?

Suki lo abrazó:

—Pero Kio, ¿cómo iba a saberlo?

A Suki le llevó un rato consolar a Kio y convencerlo de

que hiciera algo mientras ella trabajaba con Ari. Pero pasó un rato largo antes de que ella misma pudiera relajarse y perdonarse por haber permitido que tuviera lugar esa escena de violencia.

Ari la ayudó con la tarea de geometría, aunque diciendo que él no era muy bueno en la materia.

—¡Por lo menos vos la entendés! —dijo Suki.

Se preguntaba si ella misma no estaría simulando necesitar más ayuda de la que realmente necesitaba. La idea la hizo sentir incómoda, y se apresuró a preguntar:

—Ari, ¿y tu tarea de literatura? ¿Hiciste algo?

—No.

—¿Se te ocurrió alguna idea?

—Para la primera parte, quizá. Pero nada más.

—Ari, tendrías que proponértelo. Si hicieras algo, de modo que yo pudiera verlo y proponerte algún cambio, podría ayudar. ¿Pero qué puedo hacer si vos no hacés nada? —Para sí misma, Suki se dijo: “¿Por qué tengo que decirlo en un tono tan irritado? Debo de seguir enojada con Kio”.

Ari inclinó la cabeza y no dijo nada. Hubo un silencio incómodo. Después de un momento, Ari dijo:

—Escuchá, Suki, ¿te acordás de ese poema tuyo que publicaron en la revista del colegio?

—Publicaron más de uno. ¿Cuál decís?

—No recuerdo cómo decía. Pero era sobre rosas y jardineros, o algo así.

—Ah, sí, ¡el más corto! Decía “Los jardineros, piensan las rosas, nunca mueren”.

—Sí, ése. Nunca pude entender qué quería decir.

—¿Seguís sin entender?

—Sí.

—Bueno, quiere decir que las rosas saben que tienen vidas muy cortas, pero piensan que los jardineros viven para siempre.

—¿Eso es todo lo que quiere decir?

Suki sonrió, y negó con la cabeza:

—Probablemente también quiere decir que los chicos se

equivocan cuando piensan que sus padres van a vivir por siempre.

—¿Pero podría ser... cómo fue que la llamó el profesor Núñez.. una alegoría? Quiero decir: habla de un jardín. ¿Podría ser el mundo? Y entonces la gente cree que el Jardinero es eterno...

—Seguro, podría interpretarse así también.

Ari sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa? —le preguntó Suki.

—Dijiste que las flores saben que tienen vidas breves, y después las comparaste con los niños. Pero eso está mal. A la mayoría de los chicos nunca se les ocurre que ellos se vayan a morir.

Suki asintió:

—Entiendo. Es difícil para los niños pensar siquiera que alguien querría hacerles daño. Supongo que es por eso que pueden ver cómo les pasan toda clase de cosas horribles a los adultos, en la televisión y en el cine, pero no soportan ver a chicos lastimados o muertos. Es como si no pudieran creer que es posible.

Hubo otro silencio, más breve y más amistoso que el anterior.

—Suki, ¿a qué se dedica tu papá?

—¿A qué se dedica?

—Sí, quiero decir, de qué trabaja.

—Fabrica muebles.

—¿Fabrica muebles? —Miró hacia abajo. —¿Él fabricó esta silla?

—Él hizo todos los muebles que ves. Esta mesa es de te-ca... de Tailandia. Él la hizo. Y las sillas son de nogal. Él las hizo también. Y esta mesita ratona está hecha de un cerezo que yo recuerdo antes de que lo cortaran. —Pasó la mano por la superficie de la mesita. —¿No te encanta esta textura?

Ari no le había prestado atención especial a los muebles, pero ahora empezó a observarlos y admirarlos.

—Mirá estas espigas —dijo Suki señalando el respaldo de las sillas—. No están hechas a máquina sino a mano. Tocálas.

—Ari pasó un dedo, obediente, por las espigas, y después alzó la vista con una sonrisa—. ¿Ves la diferencia entre cómo queda la madera tratada con máquinas y tratada con herramientas manuales? —preguntó Suki—. Y mirá la esterilla en el asiento de las sillas. Es la esterilla de mejor calidad que se podría conseguir. ¡Mi papá no hace nada si no lo hace perfecto!

—Amás estos muebles, ¿eh? —preguntó Ari.

—Seguro.

—Pero son sólo cosas.

—¿Sólo cosas? —repitió ella.

Ari se encogió de hombros. Después preguntó:

—¿Tu papá es un perfeccionista?

—Tiene que serlo necesariamente. Es un artesano.

—¿Los escritores no son artesanos?

—En cierto modo.

—Pero no buscan la perfección.

—No, no creo.

Ari pareció un poco sorprendido:

—¿No?

—Bueno, supongo que tratan de perfeccionar su técnica.

Pero no creo que un buen escritor se preocupe demasiado por la perfección, en lo que se refiere a su escritura.

—No entiendo.

—Bueno, en realidad no sé si puedo explicarme. Un artesano siempre tiene que hacerlo todo bien, todo tiene que estar en su lugar. Pero en la buena literatura, siempre se encuentran cosas que no terminan de estar bien, cosas que parecen fuera de lugar. Pero son esas cosas las que resultan mejores que todo lo técnicamente perfecto.

—¿Es a eso a lo que se refiere el profesor Núñez cuando habla del “shock de la existencia”?

—Mm, quizás. Es posible. O quizá sea el modo en que la buena literatura sigue sorprendiéndonos. La leemos, no es lo que esperábamos, pero suponemos que la vez siguiente sabremos qué buscar, y qué esperar. Pero la vez siguiente vuelve a tomarnos por sorpresa.

—¿Y esta vez por otros motivos?

—Exacto... por otros motivos. —Suki soltó la risa. —O quizás a veces nos sorprendemos una y otra vez, y siempre por la misma razón.

—A mí las cosas siempre parecen estar tomándome por sorpresa. Hasta me sorprende cuando encuentro algo perfecto, como los muebles de tu padre.

Suki asintió vigorosamente.

—Sí, pero hay tanta diferencia, hasta en la vida real. Estoy pensando en algo que vi hace poco por televisión, cuando estaba en casa de Malena. Mirábamos a unas de esas gimnastas adolescentes. La más chica estuvo perfecta, todos lo reconocieron. Y la mayor había estado compitiendo desde hacía un tiempo, y siempre había salido segunda, nunca primera. Probablemente ésta era su última oportunidad. Yo le miraba la cara cuando ella miraba a la otra chica. Todo el tiempo esperaba que cometiera un error, y al mismo tiempo debía de sentirse tan avergonzada de querer eso. La actuación de la otra chica fue tan impecable que parecía irreal, pero a mí me conmovió más la otra; su imperfección la hacía más interesante... y más humana.

Durante el resto de la visita de Ari hablaron de otros chicos de la división. Suki no tuvo oportunidad de llevar la conversación de vuelta a la tarea de literatura de Ari. “Quiere hablar sobre el tema, y al mismo tiempo no quiere”, se dijo después.

IV

Con el sillón echado hacia atrás, el profesor Núñez miraba la bombita eléctrica que colgaba del techo por un cable. El globo de vidrio blanco lechoso que cubría la bombita se había rajado y el portero lo había sacado. La lluvia golpeaba la ventana, y la luz de la bombita no hacía mucho por dispersar la penumbra que entraba por las ventanas. Suki se preguntó qué era más sombrío: si el clima afuera o la expresión del profesor Núñez.

—Les voy a dar una adivinanza —dijo el profesor Núñez a la clase—. ¿En qué se parece el lenguaje a la electricidad?

No hubo respuestas. El profesor Núñez se encogió de hombros ante el silencio que siguió a su pregunta, y después dijo:

—Muy bien. ¿Quién puede decirme cómo funciona esa bombita de luz eléctrica?

Toni levantó la mano de inmediato:

—Yo. El cable eléctrico contiene dos cables que llevan la electricidad a la bombita. Adentro de la bombita hay unos alambrecitos que se llaman filamentos. Pero están hechos de un material que cuando la corriente los toca se encienden.

El profesor Núñez asintió:

—¿Los cables están hechos de cobre, y el cobre es un buen conductor de la electricidad?

—Así es —asintió Toni.

—Y los alambres o filamentos dentro de la bombita están hechos de tungsteno, y el tungsteno resiste la corriente eléctrica: es un mal conductor, ¿no?

—Creo que sí.

—Muy bien, entonces —dijo el profesor Núñez—, ¿no podríamos decir que los cables eléctricos transmiten o comunican la electricidad?

—Seguro —asintió Toni.

—Y los filamentos en la bombita transforman la electricidad en... ¿qué?

—En un relámpago de luz.

Lisa sonrió:

—¡Ajá! ¡Y el lenguaje se ilumina cuando produce un relámpago de comprensión!

—Bien —dijo el profesor Núñez—. ¿Y qué hay de la comunicación?

—Los cables eléctricos comunican energía —dijo Toni.

—Y el lenguaje comunica sentido —intervino Marcos.

El profesor Núñez asintió en silencio para indicar que estaba de acuerdo.

—Esperen un momento —dijo Marcos—. ¿Usted quiere decir, profesor Núñez, que la prosa comunica y la poesía ilumina?

—Nunca hice esa distinción, Marcos. Hablaba del lenguaje en general.

—Pero, profesor Núñez —exclamó Florencia—, lo que dice Marcos es interesante. Si todo lo que uno quiere hacer es comunicarse, si todo lo que quiere es que alguien sepa lo que usted sabe... le conviene usar la prosa. Yo usaría prosa si tuviera que darle indicaciones a alguien de cómo llegar a mi casa.

Alentado por el apoyo de Florencia, Marcos agregó:

—Pero si usted quisiera que la gente comprendiera algo, algo que a usted le importara mucho que la gente comprendiera, usaría la poesía. Tal como yo lo veo, la finalidad de la poesía no es sólo la comunicación sino la iluminación.

—Pero escuchen —dijo Toni—, todo lo que están diciendo está en el aire. Vamos a los hechos. ¿Qué diferencia hay entre poesía y prosa en el modo de usar las palabras?

Ari levantó la mano y dijo:

—En prosa hay que ser consistente. En poesía, no es necesario.

—Eso ya lo sé —respondió Toni—. ¿Pero qué significa?

—En prosa significa que siempre se le debe dar el mismo sentido a la misma palabra. Pero en poesía los sentidos pueden cambiar. O se puede querer decir cantidad de cosas diferentes con la misma palabra. —Ari miró al profesor Núñez, pidiéndole apoyo. Pero el profesor Núñez, con los brazos cruzados, se limitó a darle la palabra a Florencia otra vez.

—Lo que dice Ari es cierto —dijo Florencia—. En algunos tipos de escritos hay que ser consistente. Es como cuando uno es árbitro en un partido: tiene que evaluar todas las jugadas con la misma norma, sin fijarse quién fue el jugador. El otro día yo estaba dirigiendo un partido de fútbol. Recibía quejas de los dos bandos, y al fin Miguel se plantó delante de mí con las manos en la cintura, y me dijo: “¿De parte de quién estás?”. —Miguel indicó que el relato de Flo-

rencia era correcto, aprobando con la cabeza-. Así que -siguió Florencia-, le dije: "Escuchá, Miguel, no me importa de quién se trata, no me importa qué bando es. Yo trato todos los casos iguales, y los casos diferentes los trato diferente. Es juego limpio, nada más". Y en prosa a todas las palabras se las debe tratar del mismo modo.

—¿Eso significa -dijo Ari pensando en voz alta-, que en poesía palabras similares deberían ser tratadas de modo diferente, y palabras diferentes de modo parecido?

—No es obligatorio hacerlo así -respondió Suki-, pero podés, si querés, si eso va a hacer pensar y sentir y asombrarse a tus lectores.

—Escuche, profesor -preguntó Florencia-, ¿qué le parece...? ¿Podríamos escribir poemas sobre la luz eléctrica? Quiero decir, se me ocurrió una idea para un poema buenísimo sobre una bombita de luz, y quizás usted podría hacer que ésa sea la tarea de hoy.

—¡No es justo! -protestó Miguel-. Así ella corre con ventaja.

El profesor Núñez se rió:

—Acepto tu objeción, Miguel. No lo daré como tarea hoy. Pero, Florencia, podrías usar tu idea para tu tarea mensual de poesía.

Florencia asintió y sacó un papel. Arriba anotó cuidadosamente el título, "La bombita de luz". Después hizo un dibujo. Prácticamente no prestó atención a nada de lo que pasó en la clase durante el resto de la hora. Cuando sonó el timbre, lo que había escrito se veía así:

C o m o
 un niño
 que aún no na-
 ció, colgado de un
 cordón, cabeza
 abajo, tengo sed.
 ¿Pero qué me dan?
 ENCENDIDO y
 APAGADO. Hambre
 o ayuno, demasiado de
 nada. Odio estar APAGA-
 DO, no ser nada. Es mejor ser
 usado. Así que déjenme elegir mi
 electrocución. Viva! Chorros gemelos
 brotan desde adentro de mí. Un torrente
 al rojo desgarrar mis entrañas. Mis
 filamentos no pueden cargar tanta
 corriente. Tarde o temprano, me
 apagaré. ¿Habría sido mejor morir de
 hambre en la oscuridad?
 No. Déjenme morir
 brillantemente

Después, cuando lo relejó, la dejó tan insatisfecha que
 estuvo tentada de arrugarlo y tirarlo. Pero decidió que lo
 guardaría para otra vez. "Aunque no tenga más que un ver-
 so bueno, tengo que guardarlo", se dijo. Después agregó,
 para su propia diversión: "Debería sacudirlo. Así es como se
 sabe si una bombita está buena o no".

CAPÍTULO 5

I

Suki tenía dos abuelos vivos, pero no los conocía. Su padre rara vez los mencionaba, aunque vivían en una granja no lejos de ellos, a no más de tres o cuatro horas en auto. Suki se sorprendió cuando su padre, después de abrir el correo, hizo un gesto algo vago con la mano en la que sostenía el sobre y anunció:

—Quieren que vayamos a verlos.

—¿Quiénes?

—Tus abuelos.

—Oh. —Suki pensó un momento, y después preguntó: ¿Están bien?

—No lo dicen, pero supongo que no.

—Ah —volvió a decir Suki. Su rostro se nubló un poco—. ¿Cuándo vamos a ir?

—Podemos hacer todo el viaje, ida y vuelta, en un día, así que creo que podríamos ir este sábado.

—Pa, me gustaría conocerlos y ver la granja, pero... —Hizo una ligera pausa—. ¿Podría invitar a una amiga?

—Por mí no hay problema, y no creo que por ellos tampoco. ¿A quién vas a invitar?

—¿A ir al campo? No sé... A Malena le gustaría, estoy segura. Pero creo que voy a invitar a Ana primero.

Ana aplaudió cuando Suki se lo dijo:

—¡Grandioso! Estoy harta de quedarme en casa los fines de semana.

Suki asintió con la cabeza. Tenía ciertas dudas sobre el viaje, pero no se las comunicó a Ana. Se preguntaba sobre todo cómo serían sus abuelos.

Cuando partieron el sábado al amanecer, el tiempo estaba frío y despejado. Las horas en el auto pasaron rápido. Ana y Suki, sentadas en el asiento trasero, cantaron canciones un rato y después, usando unas hojas de papel del bloc de dibujo de Ana, jugaron al ahorcado y a la batalla naval. Kio se acostó en el asiento delantero y durmió.

Salieron de la autopista y viajaron algunos kilómetros por un bosque. Después hubo una encrucijada y tomaron por un camino de tierra que subía por una ladera. De pronto, podían ver el paisaje a lo lejos; el campo se extendía en cuadrados de sembrados, que le recordaron a Ana un *collage* que había hecho con trozos de arpillera, corderoy y lona. Pasando la cresta de la loma, rodeada por una cerca blanca en tres lados y un muro de piedra en el cuarto, estaba la granja. Cerca de la casa blanca había un molino y una bomba, algunos cobertizos y un gallinero. Pero también estaban los restos calcinados de un gran establo que se había quemado.

Suki había esperado que sus abuelos fueran ancianos cansados y que no se sintieran cómodos con los jóvenes... y sus expectativas se cumplieron. Pero no tardó en acostumbrarse al carácter gruñón de su abuelo y al silencio de su abuela.

—Son así —le explicó a Ana.

El abuelo de Suki los llevó a recorrer la granja. Iba abriendo camino, seguido por Kio que iba de la mano de su padre, y atrás Suki y Ana, que por un momento caminaron tomándose con los brazos por la cintura. Además de las gallinas, había dos vacas y un caballo. Las chicas se rieron cuando vieron el caballo, porque tenía un pequeño bigote que le daba un aire muy distinguido.

Pero lo que le resultó a Ana más interesante fue el abuelo de Suki.

—Me gustaría dibujarlo —le dijo a Suki cuando caminaban hacia el gallinero—. Tiene la frente en línea recta con la nariz, como Belgrano. Pero usa esas patillas rectangulares, como San Martín.

Suki sonrió, y después dijo:

—¡Una geometría patriótica! ¡Tendrás que dibujarlo con regla!

El primer cuarto del gallinero contenía bolsas de cereal. El abuelo le habló a Suki por primera vez:

—¿Querés darle mezcla a las gallinas?

—¿Qué es mezcla?

—Maíz y alimento balanceado. En general se lo doy a última hora de la tarde, pero lo van a querer ahora, seguro. —Llevó un balde con la mezcla, y Kio y las chicas se turnaron para arrojarles puñados a las gallinas—. Voy a ver si tienen agua, ya que estoy —agregó para sí mismo el abuelo. En el rincón había una bomba. El abuelo le echó medio balde por el agujero superior y bombeó vigorosamente hasta que empezó a hacer sonidos de gárgaras, y empezó a caer agua en el balde.

Kio y las chicas estaban fascinados. Nunca habían visto funcionar antes una bomba manual; siempre habían dado por sentado que el agua salía de las canillas.

—¡Dejáme a mí! ¡Dejáme a mí! —exclamó Kio, y su abuelo le dejó manejar la bomba. Pronto el niño aprendió a subir y bajar la manija de modo que siguiera saliendo un chorro de agua.

Salieron y el abuelo de Suki les mostró dónde hachaba leña, dónde estaba el sótano de las manzanas y dónde tenía una pila de compost en el rincón del prado. Visitaron el sótano de huevos y el cobertizo de máquinas. Kio quedó fascinado con el tractor y el equipo de cosechar.

Al fin tomaron de vuelta el sendero a la casa. En la sala estaba encendida la gran chimenea de piedra, y Suki, Ana y Kio se calentaron frente al fuego, girando lentamente. Te-

nían hambre, y la comida, cuando fue servida, resultó tan deliciosa que a duras penas podían reconocerla. El pan, la leche, los huevos, la manteca, los vegetales: todo tenía un sabor fresco, claro e intenso.

—Es como si la comida que comemos en la ciudad fuera una mala copia de ésta —dijo Suki—. Comparada con la leche que tomamos en casa, ¡ésta es leche de verdad! Y estos huevos tienen el gusto que deberían tener siempre los huevos... como los huevos de verdad.

Su abuelo se permitió una ligera sonrisa, que le distorsionó aún más el lado paralizado de su cara. Después encendió su pipa y se relajó.

—Y bien, hijo, ¿qué pensás? —preguntó dirigiéndose a Kio—. ¿Te gustaría ser un granjero algún día?

La boca de Kio estaba llena de tarta de frutillas, y su “no sé” salió como “o-e”.

—¿Reconstruirán el establo? —preguntó el señor Tong.

Suki vio que su abuelo enrojecía, pero se limitó a decir:

—No creo.

La abuela se inclinó hacia el señor Tong y dijo:

—Casi lo mató ese fuego.

Suki miró las llamas en la chimenea. En su imaginación vio el gran establo en llamas y a su abuela que sostenía al abuelo. “Fuego”, se dijo. Otras imágenes se arremolinaron en su cabeza: la bomba, el frío aire de otoño, la tierra blanda del prado. “Tierra, aire, fuego y agua”, pensó.

—Se quemó como papel —dijo el abuelo de Suki—. Así es la madera. No se puede confiar en ella. Sólo se puede confiar en la piedra. Si alguna vez hago otro, voy a hacerlo de piedra.

—Ah —murmuró el señor Tong—, la madera nunca nos traiciona, aunque a veces quizá nos traiciona. Cuando estoy planeando un mueble de roble o nogal, o cuando lo estoy lijando o frotando con viruta de acero, recuerdo que fueron partes de árboles vivos. Cualquier cosa de madera, como esta mesa o estas sillas..., es madera que alguna vez estuvo viva. Aun ahora tiene una calidez que la piedra nunca va a te-

ner. La madera está viva, pero la piedra... la piedra... —Se quedó callado, sin saber cómo completar su pensamiento.

—Hasta la madera se petrifica —respondió el granjero—. Tarde o temprano, todo se vuelve piedra.

—Suki —dijo Kio—, ¿te acordás del caracol que tenemos en casa? Es piedra, y antes estuvo vivo.

—Bueno, no es exactamente piedra, Kio. Pero, papá. ¿y el collar de coral que me regalaste? ¿Y los arrecifes de coral? ¿No estuvieron vivos antes?

Antes de que el señor Tong pudiera responder, su suegra dijo:

—Por supuesto que todo cambia. Es la naturaleza. ¿Pero qué es eso de que todo se vuelve piedra? ¡Tonterías! Todo cambia: la vegetación se pudre, y lo podrido vuelve a dar vida a las plantas. Sólo el cambio es constante.

Su marido respondió:

—Yo serruché y lijé una por una todas las tablas de ese establo. Ahora es cenizas, y esas cenizas nunca van a volver a ser un establo. Hay que usar piedra. Hay que construir cosas que duren para siempre.

Quedaron en silencio. Ana se había sentido un poco como una espía durante toda la conversación. El silencio le resultó casi insoportable. Oyó el tic tac de un reloj en el cuarto contiguo. Los contó en silencio, esperando que sonara un cuarto.

La abuela de Suki volvió a hablar, con una chispa de fuego en los ojos:

—Lo que va a pasar, va a pasar. Pero no hay que confundir nuestro trabajo con el de la naturaleza. El trabajo de la naturaleza es cambiar, transformar siempre una cosa en otra, sin saber nunca por qué ni preguntar. ¡Pero nuestro trabajo es transformar el mundo en poesía!

Asombrada, Suki alzó la vista y vio que su abuela la miraba.

—Tu padre me dice que escribís poesía, Suki.

Suki trató de decir algo, pero sólo le salió un murmullo ininteligible.

—Yo también escribí poesía, cuando tenía tu edad, y seguí durante muchos años. —La abuela de Suki le echó una mirada a su marido y suspiró—. Es curioso. Tengo un álbum lleno de fotos, pero no soporto mirarlas. Cuando las veo, sacudo la cabeza y digo: “¡No soy yo!”. En cambio sí puedo volver a mis viejos poemas. Los leo y releo, y los encuentro tan frescos como cuando los escribí. Y me digo: “Si estoy en alguna parte, es ahí, en esas palabras”.

—Quizá no lo sabías, pero tu madre también escribía poesía —agregó el abuelo de Suki.

De pronto Suki tuvo una imagen muy clara de su madre.

—Yo no lo aprobaba mucho, pero ella siguió escribiendo de todos modos —agregó el abuelo.

Los abuelos de Suki intercambiaron una mirada. La abuela se levantó, fue al mueble que había contra la pared y sacó de un cajón una carpeta llena de papeles.

—Queremos que los tengas vos —dijo tendiéndole los poemas a Suki. El abuelo asintió con la cabeza.

Suki abrazó los poemas. Se levantó y besó y abrazó en silencio a sus abuelos, y después volvió a abrazar los poemas. Sabía que no quería leerlos hasta que estuviera sola y segura en su casa.

Más tarde, cuando se marchaban, trató de decirle a sus abuelos cuánto significaba para ella el regalo que le habían hecho. Ellos asintieron y respondieron:

—No tardes tanto en volver.

El señor Tong estrechó con calidez la mano de su suegra:

—Pensaré en lo que usted dijo, que nuestro trabajo es transformar el mundo en poesía.

—Bueno... —respondió ella con una sonrisa, mirando a Suki y Kio—. Usted parece haber empezado bien ya.

II

Pasó una semana. Ari no había hecho ningún progreso en la tarea del profesor Núñez.

—Es como si tuviera un bloqueo con ese asunto —le dijo a Suki antes de que empezara la clase de ciencias sociales con la profesora González—. No tengo ideas. Cero.

—¿Cómo es posible?

—Simplemente no tengo nada sobre qué escribir. Nunca me pasa nada.

—¡Vamos, eso no es cierto!

—¡Sí que lo es! Todo lo que hago es sentarme en clase, hacer las tareas, comer y dormir. ¿Qué material es ése para un cuento?

—Lo que importa no es lo que hacés, Ari. Es lo que construís con lo que hacés

Ari sacudió la cabeza:

—Aburrido, aburrido, aburrido —respondió.

Cuando la profesora González empezó a hablar, Ari se dejó llevar por sus pensamientos. Pensó en contar alguna gran mentira sobre lo que había hecho el verano pasado. Pero escribir sobre algo que no era cierto le parecía tan poco atractivo como escribir sobre lo que era cierto. Comenzó a prestar atención a la profesora.

—En los primeros estadios del desarrollo humano —estaba diciendo la profesora—, la vida era en extremo peligrosa. Los seres humanos estaban rodeados por criaturas salvajes y feroces. Era peligroso dormir, porque uno quedaba a merced de sus enemigos. Era peligroso perderse en territorios desconocidos. Había que estar alerta todo el tiempo. Cada aroma era importante, como señal de peligro, o bien de una posible comida. Cada sonido, hasta el chasquido de una rama o el rumor de la hierba, podía señalar la llegada de algo horrible. Bajo esas circunstancias, la vida era desesperada, desagradable y corta. La gente no tenía más que un propósito: sobrevivir.

—¡La lucha por la existencia! —exclamó Rodolfo—. Había que ser astuto para seguir vivo.

—¡Exacto! —asintió Santi—. Hay momentos en que es preciso tener mucho cuidado. Quiero decir, uno mira alrededor como si su vida dependiera de lo que va a hacer. Y uno escucha con mucha atención el menor ruido.

—Es lo que yo digo —intervino Luis—. Caminar en puntas de pie y aguzar la vista.

—Pero ahora somos civilizados —objetó Camila—. Las cosas son diferentes. Tenemos leyes, y hay policía. Y ya no le tenemos miedo a los animales salvajes...

—Sino que nos tenemos miedo a nosotros mismos —completó Santi.

Camila se ruborizó:

—Pero las cosas son mejores. Eso no podés negarlo. Todos se sienten más seguros, y pueden disfrutar de las cosas buenas de la vida.

—¿Como qué? —preguntó Santi.

—Bueno, como el arte y la música —dijo Ana.

—La literatura —dijo Lisa.

Malena sugirió:

—La buena comida.

Y Tomás agregó:

—Y el baile.

—Seguro —dijo Toni con acento sarcástico—, y la tele y Disneylandia.

—¿Qué tiene de malo Disneylandia? —preguntó Tomás, pero Toni se limitó a sacudir la cabeza y no dijo nada.

La profesora González juntó las manos apretando las yemas de los dedos.

—¡Por favor! —exclamó—. Estoy tratando de explicarles lo que pasa en el proceso del desarrollo humano. Civilizarse es un proceso en el que el medio se vuelve el fin.

Varios miembros de la clase la miraron con expectativa, esperando una aclaración.

—Lo que quiero decir —continuó la profesora— es que, al principio, nuestros ancestros miraban a su alrededor con precaución, y escuchaban con precaución, porque era el único modo de lograr su finalidad, que era seguir con vida.

—¿Mirar y escuchar eran medios? —preguntó Malena.

—Exacto. Pero gradualmente los medios se volvieron fines o metas. Mirar películas o la televisión es un ejemplo de un fin en sí mismo: algo que no es un medio para nada más.

¿Alguien puede darme otro ejemplo de cómo pudo haber pasado esto?

—Bueno —dijo Laura con una sonrisa lenta, apartándose el cabello castaño de sus ojos verdes—, supongo que si yo hubiera vivido en aquellos tiempos habría comido para vivir. Pero ahora... ¡bueno, vivo para comer!

La profesora González asintió vigorosamente:

—Comer se ha vuelto un placer en sí mismo.

—Si yo hubiera vivido en aquellos días —observó Camila—, habría hecho todo el ejercicio que necesitaba corriendo a los animales... o huyendo de ellos...

—... especialmente de animales machos —interrumpió Miguel.

—Pero ahora —continuó Camila, imperturbable—, voy al gimnasio, y correr se ha vuelto un fin en sí mismo para mí.

—Entonces —dijo Ari—, todo se ha dado vuelta. Para que haya civilización, las cosas tienen que ponerse cabeza abajo.

La profesora González sonrió aprobando:

—En cierto sentido, sí.

Después de clase, Ari le dijo a Suki

—Ves, es por eso que no puedo escribir. Aquí nunca pasa nada. En una época todo era una aventura, y ahora nada es aventura. Antes a todo el mundo le pasaban cosas; ahora hay que buscar muchísimo para encontrar una aventura.

—Entonces pensás que si te pasara algo realmente emocionante, ¿podrías escribir sobre eso?

—Claro que podría —respondió Ari. Pero no se sentía tan seguro como decía estarlo.

III

Ari siempre encontraba irritante el modo que irrumpía el profesor Núñez en clase con su paso elástico, se colocaba tras el escritorio y pasaba unos minutos perdido en sus pensamientos.

El profesor Núñez alzó la vista y miró a la clase.

—¡Experiencia! —dijo con su voz ronca—. ¡No pueden escribir sin experiencia!

Ari se quejó para sus adentros: “¡Lo sabía! ¡Estoy perdido!”.

—Profesor Núñez —aventuró Laura—, quizás algunos de nosotros no sabemos qué quiere decir con la palabra “experiencia”.

—No creo que ella no lo sepa —le susurró Miguel a Jesica.

—Bueno, ¿qué significa? —preguntó el profesor Núñez—. ¿Alguien responde?

—Es todo lo que nos pasó —sugirió Florencia.

—¡Pero también es todo lo que uno ha *hecho*! —exclamó Lisa.

—Un momento ahí —dijo el profesor Núñez—. Cuando vivimos, estamos en contacto con nuestro medio, que a su vez está en contacto con nosotros. Florencia ha hecho bien en señalar un aspecto de nuestra experiencia: las cosas que nos pasan, las cosas que sufrimos. Pero Lisa señaló otro aspecto: las cosas que hacemos para cambiar lo que nos rodea. Los dos aspectos juntos, las cosas que hacemos y las que nos pasan, conforman la experiencia.

Jesica apoyó el mentón en las manos y miró muy seria al profesor Núñez. Tomás y Damián se limitaron a cerrar los ojos con resignación. María parecía desorientada y Rodolfo gruñó.

El profesor Núñez se puso de pie, dio unos pasos, la mano en el mentón, y después se detuvo y señaló con un dedo a la clase:

—Escribir exige arte. Pero también vivir, y vivir está antes. ¡El arte de la experiencia precede al arte de la expresión!

La clase estaba en silencio.

—¿Qué quiero decir al hablar del arte de la experiencia?

No hubo voluntarios para responder.

—¿Alguien puede decir algo?

Silencio.

—¿Ari?

—No sé.

El profesor Núñez lo fulminó con la mirada.

—¿Y qué quiero decir cuando hablo del arte de la expresión?

—No sé eso tampoco.

Suki levantó la mano:

—Supongo que se refiere a elegir las palabras con cuidado. Y eso es un arte.

—¡Ajá! ¿Y qué es lo que hay que elegir cuando se practica el arte de la experiencia?

—No sé. Supongo que tenemos que elegir lo que vemos, lo que oímos, lo que sentimos y lo que imaginamos, y todo lo demás.

Marcos objetó de inmediato:

—No se pueden elegir esas cosas. Simplemente pasan.

—¿Ah sí? ¿Pasan? —exclamó el profesor Núñez—. ¡Simplemente te pasan! ¿Así nomás?

—C-creo que sí.

—¿Y vos estás imposibilitado... como una medusa?

Marcos prefirió no contestar. Lisa levantó la mano:

—Profesor Núñez, si hay un arte de la experiencia, ¿eso significa que hay estilos de experiencia como hay estilos en el arte?

—Seguro —dijo Santi—, hay diferentes estilos de música, como el rock, el folklore, el jazz, el tango, el pop, así que quizás esta experiencia de la que nos está hablando puede tener estilos también.

—Mm —dijo el profesor Núñez—. ¿Estilos de experiencia? Quizás. ¿Pero cuáles podrían ser?

—Bueno, tomemos el modo en que vemos las cosas —sugirió Suki—. Por ejemplo, Rodolfo mira un pez, y se pregunta cómo hace para respirar por las agallas. Pero Ana lo mira y le interesa la forma y el color que tiene y la clase de cuadro que podría pintar con él.

—¡Es cierto! —exclamó Toni—. Ciencia y arte. Son dos modos diferentes de mirar el mundo. ¿No podría decirse que son dos estilos de experiencia?

—No entiendo —anunció Jesica en tono neutro.

—Uf, vamos, Jesica —respondió Rodolfo—. Sabés bien lo que quiere decir.

Jesica se encogió de hombros.

—Vos estudiás biología, ¿no?

Jesica asintió en silencio. Rodolfo era persistente:

—¿Qué estamos estudiando esta semana en biología?

—Gusanos de tierra. Gusanos de tierra y sapos.

—¿Vos los observás y escribís tus observaciones?

—Sí.

—¿Los mirás por el microscopio y escribís lo que ves?

—¡Sí!

—¿Y eso es un gusano para vos? No es nada más que la suma de tus observaciones de ese gusano, ¿exacto?

Jesica frunció el entrecejo, con los brazos cruzados. Después observó:

—Lo que querés decir es que para los científicos el mundo es nada más que la suma de sus observaciones. —Se volvió hacia el profesor Núñez—. ¿Tiene razón? —preguntó.

—¿Tiene razón al decir que hacer ciencia es un estilo de experiencia? —dijo el profesor Núñez reformulando la pregunta—. Sí, supongo que podría ser.

—¿Y tiene razón al decir que la experiencia científica es sólo un modo de organizar nuestras observaciones del mundo? ¿La ciencia no es mucho más que eso?

—Podría ser —concedió el profesor Núñez.

—¿Pero y el arte? —preguntó Camila.

—Pregúntenle a Ana —respondió el profesor—. Quizás ella sepa.

Ana arrugó el rostro, pero se volvió hacia Camila.

La primera pregunta de Camila fue:

—¿Vos pintás todo lo que ves?

Ana negó con la cabeza lentamente.

—¿Hay mucho que ves pero no pintás, no?

—Seguro. Muchísimo.

—¿Por qué no?

—¡Porque no es in-te-re-san-te! —exclamó Miguel.

Ana se volvió rápido hacia Miguel:

—No, no es por eso —dijo con su voz más fría—. A lo interesante lo evito como a la peste.

Miguel se llevó las manos al corazón en una parodia de angustia. En la cara del profesor Núñez apareció un leve rastro de satisfacción.

—¡Ajá! O sea que lo que ya es interesante no necesita ser pintado, ¿es así?

—¡Justamente! —asintió Ana con energía—. Quiero que mis cuadros sean interesantes en sí mismos, no por lo que representan.

El profesor Núñez siguió interrogándola:

—¿Entonces no buscás escenas pintorescas que pintar?

—¡Jamás! Eso es para turistas... los que sacan fotos de lugares bonitos, porque piensan que así sus fotos serán obras de arte.

—Mi papá saca fotos siempre que va a un país extranjero —dijo Camila—. Adora la naturaleza. Y también le gusta fotografiar a la gente de los lugares adonde va.

—Ah, qué lindo —dijo Florencia con sarcasmo—. ¡los nativos son parte de la naturaleza! Igual que los animales salvajes: parte del medio ambiente. ¡Saquemos la cámara y tomemos una foto de un nativo!

Camila no entendió a qué se refería Florencia, y no respondió.

—¿Entonces cuál es el estilo de experiencia de los artistas? —preguntó Suki.

—Podrías llamarlo el estilo estético —sugirió el profesor Núñez.

—No importa cómo se lo llame —dijo Ana—, pero lo importante es que es selectivo. Quiero decir, no estamos interesados en todo, indis... indis...

—Indiscriminadamente —murmuró el profesor Núñez.

—Exacto, indiscriminadamente. —Ana se rió de sí misma, y después siguió—, sólo queremos la experiencia que importa. Un perfil, quizá, pero no toda la cara. Una rama, no todo el árbol. El resto puede deducirse.

Al oír la última frase de Ana, Ari levantó la cabeza, intri-

gado. ¿Cómo podía deducirse una cara de un solo rasgo, todo un cuerpo de una mano, un árbol de una rama? La deducción, tal como él la conocía, consistía en sacar conclusiones de premisas. ¿De qué estaba hablando Ana?

—¿Son los únicos dos estilos de experiencia, profesor Núñez, el científico y el estético? —preguntó María.

El profesor Núñez negó con la cabeza:

—Yo diría que hay otros.

Ahora Lisa tenía una pregunta:

—¿Cuando vemos las cosas como buenas o malas, eso es un estilo de experiencia? —No hubo respuesta de la clase, así que Lisa respondió a su propia pregunta—. Muy bien, yo digo que es el estilo moral de experiencia.

—Vamos, Lisa —exclamó Toni—. La gente toma decisiones morales, de acuerdo, pero ahí no hay una forma especial de experiencia. —Sacudió la cabeza exasperado, y agregó—: ¡Vamos!

—Muy bien —respondió Lisa acaloradamente—, te daré un ejemplo. Tomá una situación como ésta. Suponé que hay una nena que es estrella de cine, y suponé que contrae una enfermedad fatal. Muy bien, está en su dormitorio. Está el médico, con los resultados de los análisis, los instrumentos y los remedios. Presta atención a cada detalle. Es metódico, objetivo, *científico*. Muy bien, pero suponé que se les ha permitido entrar al cuarto a un periodista y un dibujante. Uno escribe lo que ve con la intención de hacer un buen artículo. El otro trata de capturar la expresión de la nena. Esos son ejemplos del modo de experiencia estética. Y además están los padres. Pero ¿y la nena misma? ¿Quién le pregunta cómo es estar ahí agonizando? ¿Quién le pregunta cómo se siente ser una nena a punto de morir?

—Es lo que siempre me pregunté sobre Isaac —observó Marcos—. Todos hablan siempre del padre, y dicen “¡pobre Abraham!”.

El profesor Núñez miró a Marcos un momento, y después se volvió a Lisa:

—¿Entonces hay un estilo moral de experiencia?

—Por supuesto.

—¿Y qué tiene de especial, según vos?

—Creo... —Lisa vaciló, buscando las palabras. —Creo que consiste en sentir las cosas tal como les pasan a los otros. Es como si uno ve un gato al que lo pisa un auto, y eso lo conmueve a uno, como si uno mismo estuviera ahí tirado en la calle... bueno, ésa debe de ser la forma moral de la experiencia. No es sólo tratar de imaginarse en lugar de otro: es más como tener realmente su experiencia. Como esa niñita en la cama: experimentarlo moralmente sería saber qué se siente al morir.

En ese momento se le ocurrió algo a Ari, y lo dijo:

—¿Cómo es sentirse vivo, sentir que uno está realmente vivo?

—Entonces, para resumir —dijo el profesor Núñez—, hemos identificado tres estilos de experiencia, ¿no es así?

—Profesor Núñez —dijo Suki—, ¿no sería mejor llamarlas tres estilos de atención? —Su voz se fue desvaneciendo a medida que hacía la pregunta.

—No oí la última palabra.

—Atención —repitió, en voz más alta.

Miguel se irguió en su asiento, los ojos fijos adelante, como un soldado en posición de alerta.

—Seguro —dijo Luis—. Está lo que pasa y están los tres modos de prestarle atención.

—Entiendo por qué se pueden sentir más a gusto con la palabra “atención” que con la palabra “experiencia” —dijo el profesor Núñez, dirigiéndose a Luis y Suki—. Así comprenden que gente diferente se relaciona con el mundo de modos diferentes.

—Y hasta la misma persona —añadió Lisa— puede relacionarse con el mundo de modos diferentes de un día para otro.

—¿Cómo puedo ser una persona diferente mañana —preguntó Ari—, si mañana será el mismo viejo mundo?

IV

—¡Uf! —dijo Ari—, no sé siquiera de qué está hablando... ¡El arte de la experiencia! Estamos encerrados en el plan de estudios del colegio como en una planta de montaje. Corremos a lengua y literatura. Después corremos a biología. De ahí a educación física. Y así todos los días, pin, pan, pun. Y cuanto más rápido va, menos sucede en realidad. Empiezo a sentir como si me hubieran puesto en una cinta de una fábrica de latas de conservas.

Toni soltó la risa:

—De eso se trata. Sólo que lo que procesan acá no son conservas sino mentes.

—Es lo mismo.

Pasaron frente al cuartel de bomberos. Un bombero solitario hacía guardia en la puerta. Las puertas y las ventanas estaban cubiertas con telas violetas y negras.

—¿Por qué es eso? —le preguntó Ari al bombero de guardia, señalando las telas.

El bombero se inclinó hacia él y le dijo:

—Duelo. El jefe de bomberos. Tuvo un ataque al corazón en el incendio de un almacén hace dos días.

Los chicos miraron muy serios los dos carros resplandecientes.

—Lo vi en la tele —dijo Toni—. Fue demasiado para él.

Ari volvió su atención al bombero:

—¿Es emocionante lo que usted hace?

—Es mi trabajo.

—¡Pero es peligroso!

—Seguro.

—¿Le da miedo a veces?

—A veces, pero igual hago lo que tengo que hacer.

—Con el tiempo debe de volverse una rutina, ¿no?

—En realidad no. Cada fuego es diferente en algo. Uno nunca sabe qué va a pasar.

—¿Reciben muchos llamados en este cuartel?

—Bueno, éste es un cuartel chico. Recibimos bastantes

llamadas, pero no tenemos más que un incendio de verdad por día.

—¡Qué te parece! —le dijo Ari a Toni—. Una aventura por día.

—¿Aventura? —El bombero arqueó una ceja, pero no dijo nada.

—Exacto —respondió Ari—. Apuesto a que si yo fuera un bombero tendría mucho tema para escribir. ¡Así sí sería fácil!

—Yo no dije que fuera una aventura —dijo el bombero—. Es confusión y peligro, nada más. No veo cómo se lo puede llamar una aventura.

—Sí, Ari —dijo Toni—. ¿Por qué aventura?

—Bueno, esperen —empezó Ari—. Tenemos la rutina de todos los días, ¿no?

—Sí.

—Y además está lo que se sale de lo corriente. Donde hay mucho riesgo y peligro, y donde nadie sabe con seguridad qué pasará.

—¿Como dar una vuelta en la montaña rusa?

—No... eso es solamente emoción: en realidad uno sabe muy bien qué es lo que va a pasar.

—En un trabajo como éste —dijo el bombero—, se aprende mucho sobre incendios.

—Pero nunca se aprende tanto como para saber con seguridad qué pasará en el próximo incendio, ¿no? —preguntó Ari con cautela.

—Es cierto —respondió el bombero—. Como les dije, nunca se sabe qué pasará. Se aprende algo en cada incendio.

—Ves —exclamó Ari, apuntando con el dedo a Toni—, ¡eso es! Una aventura es una experiencia que se sale de lo corriente, en la que descubris algo nuevo e importante.

—Lo mismo podría decirse de una buena película —dijo el bombero.

—O de un sueño —agregó Toni.

—O de un buen cuento —reconoció Ari—. Si yo tuviera experiencias como éstas, aventuras de verdad, ¡cómo escribiría! Todo lo que necesito...

Lo interrumpió la sirena de alarma. Los chicos se hicieron a un lado mientras el bombero corría a tomar su yelmo y chaqueta, y aparecían otros bomberos tomando rápidamente sus puestos en el camión.

Desde la oficina interior, una voz gritó:

—¡Rivadavia y Acoyte! ¡El colegio!

Los chicos se miraron sin palabras. Y después, corriendo tan rápido como podían, volvieron al colegio.

V

La investigación posterior mostró cómo se había iniciado el incendio. Había habido una pequeña fuga de gas en un gabinete del laboratorio de química. Cuando alguien encendió un mechero de Bunsen, poco después de que hubieran abierto ese gabinete, hubo una explosión. Al instante hubo llamas por todo el cuarto, que empezó a llenarse de un feo humo amarillento.

Malena, Camila y la profesora Abadi estaban en el laboratorio en ese momento. Las chicas se habían quedado después de hora para ayudar a la profesora a preparar los experimentos para la clase del día siguiente. Cuando tuvo lugar la explosión, la docente estaba en el otro extremo del laboratorio. Corrió hacia las chicas y las encontró en el piso entre los restos de frascos e instrumentos. Logró arrastrarlas casi hasta la puerta, pero antes de llegar el humo la superó, y se desmayó.

Salvo el profesor Núñez, no había nadie en ese piso del edificio a esa hora. No había oído la explosión. Cuando cerraba la puerta de su oficina, disponiéndose a marcharse, vio el humo en el extremo del corredor, asomando por debajo de la puerta del laboratorio. Al abrirla, descubrió a Camila en el suelo, y la profesora Abadi cerca de ella. Sacó rápidamente a Camila al corredor, y volvió por la profesora de Ciencias Naturales. Cuando la sacaba, ella se repuso apenas lo suficiente para tratar de hablar. Al principio él no pudo

entender qué estaba diciendo, pero después captó un nombre: "Malena".

De inmediato el profesor Núñez volvió a entrar y se desplazó por el piso del laboratorio en cuatro patas. Apenas si podía ver, y al principio no localizó a Malena. Hasta que, cerca de un área donde ya el fuego era muy vivo, vio una mano asomando detrás de un mueble. La arrastró de abajo de un banco de trabajo donde aparentemente ella se había metido buscando protección. Tosiendo y jadeando logró sacarla al pasillo.

Había menos humo, ahí, y el profesor Núñez se quedó un momento tambaleándose. Después fue, con pasos inseguros, hacia la alarma de incendios. Cuando oyó sonar la campana, de pronto el pasillo pareció torcerse, y él se desmayó.

VI

Ari y Toni llegaron al colegio a tiempo para ver a los bomberos que salían con tres camillas. El profesor Núñez bajó la escalera caminando, sostenido por uno de los bomberos. Ya había dos ambulancias esperando. Ari y Toni miraron en silencio cuando metían las camillas. Después subió el profesor Núñez y las ambulancias partieron.

—¡Malena! —exclamó Ari en voz baja.

—¡Y Camila! —respondió Toni—. Y la profesora Abadi.

Dieron la vuelta a la escuela; en la parte de atrás, los bomberos apuntaban sus mangueras al laboratorio en el primer piso. Todavía había mucho humo, pero no se veían llamas, y podía verse a varios bomberos a través de los vidrios rotos, revisando para asegurarse de que el fuego hubiera sido extinguido.

Cuando Ari caminaba hacia su casa, volvió a ver en su mente los rostros tiznados de Malena y Camila que eran llevadas por entre los curiosos y metidas en la ambulancia. Sólo entonces Ari pensó si tendrían heridas graves. Hasta ese

momento, había supuesto que estaban momentáneamente inconscientes por causa del humo. No se le había ocurrido que las personas que había visto en las camillas en realidad podían estar malheridas.

Cuando llegó a su casa, su madre ya se había enterado del incendio por la señora Ortiz, una vecina. No bien entró, le preguntó:

—Ari, ¿estás bien?

—Perfecto, ma. No estaba en el colegio. Yo y Toni... Toni y yo... llegamos después.

Cuando llegó el señor Stotelmeyer, le contaron sobre el incendio, pero no hizo ningún comentario. Sólo a la mañana siguiente, cuando miraba el diario durante el desayuno, observó:

—Veo que tu profesor Núñez resultó ser un héroe.

Ari alzó la vista sorprendido.

—¿Sí?

El padre le tendió el diario, y Ari leyó cómo el profesor había salvado las vidas de una colega y dos estudiantes. El relato estaba vívidamente escrito. El periodista retrataba dramáticamente la lucha del profesor Núñez contra el humo y las llamas, su esfuerzo por encontrar a Malena y poner a las tres a salvo. Ari podía verlo claramente, rodeado por el fuego en el laboratorio en llamas... Y entonces recordó unos versos:

*El martín pescador
Ha pescado fuego
Y esa libélula
Dibujó dos llamas.*

Recorrió el artículo rápidamente hasta llegar a la parte que buscaba. El reportero terminaba diciendo que el profesor Núñez había sido tratado por inhalación de humo, pero se había marchado del hospital. La condición de Camila y de la profesora Abadi era "satisfactoria". La condición de Malena era "reservada".

—¿Qué quiere decir “reservada”, pa?

-No sé bien. Creo que es cuando ellos mismos no están seguros.

—¿Podría ser grave?

El señor Stotelmeyer asintió, y miró muy serio a Ari.

—¿Malena? —empezó la señora Stotelmeyer—. Ari, no te parece que...

Ari miró a su madre y asintió con la cabeza:

—Voy a pasar por el hospital después de clase.

CAPÍTULO 6

I

—Te apuesto lo que quieras —dijo Miguel—. El viejo Núñez es una especie de héroe, pero nadie va a decirle una palabra sobre el incendio.

Marcos se limitó a encogerse de hombros. Pero Miguel tuvo razón. Fue como si nada hubiera pasado; salvo, por supuesto, que Malena y Jesica estaban ausentes. El profesor Núñez entró en la clase y no tardó en dar las instrucciones para un ejercicio escrito:

—Hoy pueden elegir ustedes. Escriban un poema sobre cualquiera de los siguientes temas. —Y escribió en el pizarrón:

1. “Vi..., pero imaginé que...”
2. “Los demás te dirán..., pero yo te digo...”
3. ¿Qué persiste a pesar del cambio?

Suki y Ana se miraron. Después Suki levantó la mano:

—Profesor Núñez, creo que es más divertido cuando todos trabajamos sobre el mismo tema. ¿No podríamos trabajar todos sobre uno de estos temas hoy, sobre el otro mañana, y sobre el tercero pasado mañana?

Hubo varias protestas, y no hubo voces de apoyo para la

propuesta de Suki. El profesor Núñez se frotó el mentón, le dio la espalda a la clase y miró los temas durante medio minuto, y luego dijo:

—Creo que estoy de acuerdo con Suki. Me parece que les di un espectro de elección demasiado amplio. Es mejor que se concentren en un tema por vez. —Ignorando las quejas, continuó—. Sé que preferirían el primero o el segundo, pero hoy querría que trabajaran en el tercero. Así que manos a la obra: ¿qué persiste a pesar del cambio?

Para entonces la mayoría de los alumnos se había acostumbrado a la idea de que su hora de Lengua se había vuelto, temporalmente al menos, un taller de poesía, así que los gruñidos fueron mínimos. Estos fueron algunos de los resultados al final de la hora:

Tomás:

*Todos los años nuestro equipo
juega con oponentes nuevos.
Lo que no cambia
es que siempre perdemos.*

Toni:

*El mundo puede cambiar,
pero no los números.
Quizás algún día, en algún lugar,
tres peces más tres peces
no serán seis peces.
Pero tres más tres
siempre será seis.
Creo que hay cosas
con las que se puede contar.*

Jesica

*No importa cuántas veces
cambie a mi hermanito,
él persiste
en mojar su pañal.*

Santi:

*Las peleas en las escaleras
los sábados a la noche;
mi tío Héctor con sus palomas
en el techo;
Madame Gutiérrez que
lee las líneas de la mano;
los vendedores frente a la iglesia;
el modo en que mi abuelo da la mano;
Chita en la ventana del piso alto;
gatas perseguidas por gatos;
estas cosas no cambian.*

María:

*La marca del jabón en la bañadera
y las canillas que pierden,
seguirán presentes
en el año 10.000
después de que hayamos aterrizado
en la Osa Mayor.*

Miguel:

*Cambian los pupitres, las aulas,
cambian las escuelas, los maestros.
Sólo la palabra "cambio" sigue igual,
atascada en el viejo bache.*

Florencia:

*El año que viene habrá
más violencia en la TV.
Habrá muchos crímenes y tiros;
y todos dirán que están escandalizados.
El año pasado fue lo mismo.
¿Por qué no nos dejan en paz?*

Lisa:

Si trataras

de contar las cosas
que pasan a tu alrededor
en solo un instante,
te llevaría
una eternidad.
Pero si pudieras
medir la eternidad
en un instante,
habrías vencido al cambio
en su propio juego.

Un tercio de la clase seguía trabajando al terminar la hora.

—Si no terminaron —dijo el profesor Núñez—, llévense la tarea a casa y termínenla para mañana.

—Viste —le dijo Ari a Miguel—, nada cambia.

II

Ari sacó el sandwich de la mochila y empezó a recorrer el pasillo. Pasó frente a uno de los jugadores de básquet del colegio, que apoyaba las manos en la pared, como si lo estuvieran palpando de armas. Pero no lo estaban palpando: al contrario, él tenía a alguien inmovilizado por los brazos. Y ese alguien resultó ser Laura, ruborizada, los ojos brillantes. Ari apuró el paso hacia la cafetería, pero cambió de idea y bajó corriendo una escalera. Un cartel en el pasillo indicaba que el siguiente tramo de escaleras llevaba al salón de las calderas. Ari siguió hacia allí.

Se sentó en el banco junto a la puerta y empezó a desenvolver su sandwich. En unos momentos se le unió Damián, que le dijo “hola” y se sentó en el mismo banco.

Ari asintió, con la boca demasiado llena de pan y queso para poder hablar. Al fin murmuró:

—¡Ese quiosco! —como para indicar que era del quiosco y no de sus compañeros de lo que estaba huyendo.

—Sí —asintió Damián—. Yo vengo acá todo el tiempo.

Ari siguió masticando lentamente su sandwich. Después estalló:

—¡Ese Núñez!

—A mí también me tiene hartó. ¡Todo ese asunto de la poesía!

Ari alzó la vista.

—¡Exacto! Nunca se llega a nada.

Damián lo miró.

—Me va a reprobar, seguro —insistió Ari.

—¿Y qué?

—¿Y qué? ¡Que voy a tener que rendir la materia el año que viene!

—A mí sólo pueden hacerme rendir hasta que abandone la escuela.

—¿Vas a dejar la escuela?

—Seguro. No bien tenga edad para trabajar.

—¿En serio? ¿Ya sabés de qué vas a trabajar?

—Por supuesto. En la estación de servicio cerca de donde vivo. El tipo ya me dijo. Hace mucho que voy ahí, y ahora puedo cambiar un neumático tan bien como él. ¡No puedo esperar el momento!

Ari arrugó la bolsa de papel del sandwich.

—No sé. Creo que tengo que hacer esas tareas que nos da. Pero nunca se me ocurre qué decir. ¿Sobre qué voy a escribir? ¿Sobre cómo vengo caminando a la escuela todas las mañanas y cómo me voy caminando a casa después?

Damián sonrió:

—Ése no es mi problema. Si yo quisiera escribir, no me faltarían temas.

Ari lo miraba.

—No sabés —siguió Damián—, las cosas que ves trabajando en una estación de servicio. ¡Y las cosas que pasan en el barrio! Tenemos un vecino al lado que se emborracha y le pega a su esposa todos los sábados a la noche. Cruzando la calle, hay una casa donde los dos padres se fueron, así que los hijos, que tienen nuestra edad, la tienen para ellos, y te

aseguro que es una casa de locos. Siempre está viniendo la policía, pero eso no les importa en lo más mínimo. Yo sé cuidarme, pero mi mamá siempre me está dando consejos, porque como ella vuelve tarde del trabajo... —La voz de Damián se apagó.

—Pero si ves pasar todas esas cosas... —dijo Ari buscando las palabras—, ¿cómo es que nunca escribís nada?

—No veo qué tiene que ver una cosa con la otra —respondió Damián de inmediato—. De hecho, quizá pasen demasiadas cosas. No sabría cómo clasificarlas; siempre las tengo todas mezcladas en la cabeza.

Un poco para sí mismo, Ari murmuró:

—Yo no puedo escribir porque no tengo nada sobre qué escribir, y vos no podés porque tenés demasiado. Es cero en cualquier caso. Lo que me pregunto es, ¿cómo los demás pueden y nosotros no?

Damián sacudió la cabeza, después arrugó el papel que tenía en la mano y lo metió en la bolsa del almuerzo.

—En esta última tarea entregué algo.

—¿Sí? —Había incredulidad en la voz de Ari—. ¿En cuál?

—La que decía “qué persiste pese al cambio” —Damián imitó la voz ronca del profesor Núñez.

—¿Escribiste un poema sobre eso?

Damián soltó la risa:

—Bueno, no exactamente. Entregué un papel con una sola palabra escrita.

—¿Qué palabra?

—“Nada”.

—Si nada persiste a través de los cambios, estás diciendo que todo cambia. —Ari lo pensó un momento, y después siguió—. Y si todo está cambiando siempre, no hay dos cosas iguales. Y si todo es único, entonces todo es siempre nuevo y diferente.

—Espero que el viejo Núñez se imagine todo eso, como vos —respondió Damián—. Creo que yo quise decir algo diferente de lo que vos estás diciendo. —Volvió a reírse—. Deberías haberlo visto. Frunció la cara, viste cómo hace, y dijo:

“¡Un poema de una palabra!”. Me lo devolvió y me dijo que lo trabajara un poco más.

—¿Y vas a hacerlo?

—Seguro. Voy a agregarle la palabra “dura”. Y voy a poner las dos palabras en ángulos rectos, así:

d
u
nada r
a

Ari miró el trabajo de Damián y asintió:

—Seguramente va a decirte que no es gran cosa, pero es mejor que lo que yo podría hacer.

Damián sonrió, y después dijo:

—De todos modos, vos viste mejor que yo mismo lo que quería decir.

—¿Yo vi lo que querías decir?

—Claro. Fue como darle a alguien la bolsa de compras y dejar que saque el contenido y lo acomode sobre la mesa.

—¿Vos me diste una palabra y yo desempaqué el significado?

—Creo que sí.

—Pero de eso iba a tratar el curso según el profesor Núñez, ¿te acordás? Dijo que sería sobre encontrar significados.

Por un rato, Ari se sintió reconfortado. Pero cuando volvió a la clase, se dijo a sí mismo: “¡Así que hasta Damián puede escribir! ¡Estoy realmente solo!”.

III

Ari llegó al hospital justo en el momento en que Suki luchaba contra la puerta giratoria de la entrada y al fin lograba ponerla en movimiento. Al salir, vio a Ari y lo esperó en la parada de colectivos frente al hospital.

—Hola —dijo él—. ¿Cómo está Malena?

—Está bien —respondió Suki, aunque su cara expresaba más incertidumbre que sus palabras—. Pero tuvo quemaduras bastante graves en las piernas.

Hubo silencio por un momento. Después Ari dijo:

—¿Esperás el colectivo?

Suki asintió, y aunque Ari no dijo nada, era evidente que había decidido esperar con ella antes de entrar al hospital.

Cuatro chicos en bicicleta, de a dos en fondo, venían muy rápido hacia ellos. Corrían para pasar antes de que el semáforo se pusiera en rojo, y venían gritando. En la esquina, los dos chicos que venían adelante giraron súbitamente a la izquierda. Levantaron las ruedas delanteras y por un momento quedaron apoyados sólo en las traseras, y después volvieron a acelerar. Los que venían atrás hicieron lo mismo.

Ari se golpeó la palma de la mano con el puño.

—¡Adelante mis valientes! —exclamó—. ¡Los alcanzaremos en el desfiladero!

Suki soltó la risa:

—Eso sería algo nuevo en películas de cowboys: una persecución en bicicletas.

—Gracioso. Fue un segundo nada más. Pero fue como un pequeño episodio completo.

—Bueno, esos chicos realmente saben manejar las bicicletas. Pero vos hiciste tu parte también.

—¿Mi parte? ¿Cuál?

Por un momento ella le tocó el dorso de la mano con la punta de los dedos, mientras lo miraba a los ojos:

—Lo notaste.

En ese momento llegó el ómnibus y Suki se fue.

—¡Ari! —exclamó Malena, tendiéndole las manos. —Ari, sonriendo y con la cara roja, las estrechó entre las suyas—. ¿Te acordás de mi abuelo? —Ari le dio la mano al abuelo de Malena, que estaba sentado en un sillón en el rincón del cuarto, con una pipa apagada en la boca—. Y mi compañera de cuarto, Susana. Susana, él es Ari. —Ari asintió, cada vez

más incómodo, notando los ramos de flores y cajas de bombones y preguntándose por qué no había pensado en llevarle nada a Malena. Miró los gruesos vendajes que le cubrían las piernas.

—Fue principalmente en las pantorrillas y en las rodillas —dijo Malena al ver la dirección de la mirada de Ari—. Pero, Ari, deberías haber visto quién vino esta mañana.

—¿Quién? —preguntó Ari.

—¡Él! —Y agregó, como sorprendida por la mirada de incompreensión de Ari—: ¡El profesor Núñez!

—Es fantástico —dijo Susana—. Ojalá yo tuviera un profesor de Lengua como él.

—¡Ah, es tan maravilloso! —suspiró Malena—. Que alguien como él te salve la vida... ¡Tuve tanta suerte! —Volvió a suspirar.

—Estás enamorada de él —comentó Susana con voz neutra. Y agregó—: Mi profesor de Lengua nos da montañas de tarea.

—¡Ah, el profesor Núñez también! —respondió Malena—. Pero a mí no me molesta.

—A vos no te molesta —dijo Ari—. Pero yo preferiría un poco menos, si me permitís decirlo.

—¿Les hace escribir poesía, el tuyo? —preguntó Malena volviéndose a Susana.

—Todos los días. Pero eso no me molesta. Me gusta escribir, y le muestro a todos lo que escribo. ¿Quieren ver lo que escribí la semana pasada, justo antes de venir acá para la operación? —Le tendió un papel a Malena, que lo leyó, sonrió, y preguntó—: ¿Puedo pasarlo?

—¡Por supuesto! —dijo Susana—. No hay nada de qué avergonzarse.

Ari leyó lentamente:

*Miro
a mi gato tonto
que lame el dorso
de su zarpa peluda*

*y lava su cara peluda
totalmente
concentrado
y absurdo.
Hasta que,
en la ducha,
descubro que el único
modo de llegar
a toda mi espalda
es enjabonarme
el dorso
de mis garras...
quiero decir, de mis manos.*

Ari le tendió el poema al abuelo de Malena, que lo leyó rápido y soltó la risa:

—¡Bien observado! —dijo—. Los animales y la gente tienen más en común de lo que la mayoría cree.

Ari frunció el entrecejo, tomó el poema de vuelta y lo releyó.

—¿De eso se trata? —se preguntó en voz alta—. ¿De que los animales y la gente se parecen? Pensé que se trataba de lo contrario. El poema muestra lo diferentes que son. Susana comprende que es como el gato, pero el gato no tiene la menor idea de por qué es como Susana.

—¡Eh, ustedes dos! —dijo Malena riéndose—. Están contradiciéndose uno al otro, así que no pueden tener razón los dos sobre el significado del poema.

—¿Eh? —preguntó Susana—. ¿De qué hablás?

—Bueno, el año pasado vimos que, si dos descripciones se contradicen una con otra, entonces no pueden ser ciertas las dos. ¿No es así, Ari? Quiero decir, como si yo dijera que mi abuelo mide un metro ochenta y vos decís que no mide un metro ochenta, y entonces no podemos tener razón los dos.

Ari asintió a las palabras de Malena. Después dijo:

—Sí, Malena, pero la altura de tu abuelo, es un hecho. Y,

seguro, si hacés dos afirmaciones contradictorias sobre el mismo hecho, entonces no pueden ser ciertas las dos. Pero...

—Buscó las palabras.

—¿Pero qué? —quiso saber Malena.

—Bueno, aquí no estamos hablando exactamente sobre hechos. Estamos hablando sobre lo que significa el poema.

—Vos y yo tenemos *interpretaciones* contradictorias del poema de Susana —dijo el abuelo de Malena.

—¡Exacto! —dijo Ari—. No puede haber descripciones contradictorias de la misma cosa, pero no estamos hablando de una cosa: estamos hablando del sentido que algo tiene para nosotros. Supongo que describimos hechos pero interpretamos significados.

—¿Cómo nos metimos en todo esto? —preguntó Susana—. Estábamos hablando de cómo se lava mi gato, y de pronto ustedes dos están hablando de descripciones y significados y cosas así.

El abuelo de Malena miró a Susana con simpatía:

—Ari está tratando de decir que tu poema puede tener muchos significados diferentes, nada más.

Susana soltó un resoplido desdeñoso:

—Es un poemita simple. No veo por qué darle tanta vuelta.

Malena había estado callada y pensativa, pero ahora volvió a la conversación:

—Abuelo, ¿vos decís que el poema tiene muchos significados posibles?

—Sí.

—¿Pero qué son los significados? El profesor Núñez siempre habla sobre el significado. Por eso quiero saber. ¿Qué son los significados?

El cuarto quedó en silencio. Ni el abuelo de Malena ni Susana ni Ari se sentían en condiciones de aventurar una respuesta. Al fin el abuelo dijo, vacilante:

—Bueno, examinemos la cuestión. Tomemos algo muy simple... como una palabra. ¿Qué significa una palabra? Su sentido, diría yo, consiste en todos los modos diferentes en

que puede ser usada. Todos los diferentes usos de esa palabra que son posibles.

Ari lo miraba, serio:

—¿Entonces el significado de una palabra es una serie de posibilidades?

El abuelo de Malena asintió. Ari buscó en el bolsillo trasero del pantalón y sacó una pequeña libreta. Con un lápiz que le pidió prestado a Malena escribió:

Todos los significados son posibilidades.

Sólo los significados son posibilidades _____.

En consecuencia, los significados son posibilidades _____.

—Si se me ocurriera esa palabra que falta —dijo Ari—, tendría la definición. Una sola palabra.

En ese momento, entró la enfermera.

—Me temo que la hora de visitas terminó —dijo con una sonrisa. Los dos visitantes se apresuraron a despedirse y salieron al pasillo.

Cuando bajaban en el ascensor, el abuelo de Malena preguntó:

—¿Querés tomar algo? Me vendría bien una taza de café.

Ari vaciló:

—No sé si quiero algo.

—¿Podría ser un chocolate o un helado?

—Es demasiado cerca de la cena para un chocolate... —dijo Ari con una sonrisa.

—Pero nunca es mala hora para un helado, ¿eh?

—¡Exacto!

Cuando entraron en la cafetería del hospital, un chico de la edad de Ari pasó junto a ellos. Había estado llorando y se secaba los ojos con la manga del pulóver. Pero Ari pudo ver por un instante el rostro deformado por el dolor, y pensó: "Ese chico... Debe de haber alguien aquí en el hospital al que realmente quiere... alguien enfermo o agonizando, o quizás ya muerto. Realmente siente algo por esa persona."

No como yo. Yo entro al cuarto de Malena y hablo sobre la definición de la palabra "significado". Y mientras tanto ella está ahí acostada con la pierna toda quemada. Debo de ser una especie de monstruo. ¿Yo quiero a alguien en el mundo como lo hace ese chico? ¿Y si hubiera sido...?"

Las reflexiones de Ari fueron interrumpidas por el empleado del mostrador que le preguntaba qué quería. Pidió un helado de chocolate y crema.

—Ya veo qué es lo que usás para abrir el apetito —observó el abuelo de Malena, los ojos chispeantes de diversión.

—Mi apetito es indestructible.

—¿Cómo va el colegio?

Ari se encogió de hombros, y puso cara de duda.

—¿Qué es lo que pasa?

—Tengo esa materia, Lengua que me está dando problemas.

—¿Demasiada tarea?

—Sí. No sé cómo voy a hacerla. No he entregado la tarea para casa, y tenemos una tarea grande con la que no hice nada hasta ahora.

—¿Escribiste un ensayo?

—Ni siquiera un ensayo. Y además tenemos que escribir un poema y un cuento.

—¡Es toda una tarea!

—¿Pero al profesor Núñez qué le importa?

—¿Les dio tema para el ensayo?

—Sí. La diferencia entre ficción y realidad.

El abuelo de Malena pidió otro café, y después le echó el azúcar y la crema muy lentamente. Al fin dijo:

—Entiendo que estés preocupado. Yo mismo encontraría difícil escribir un ensayo sobre ese tema.

—Bueno, esa es la parte de la tarea que creo que puedo manejar.

—¿Sí? ¿Qué enfoque tenés pensado?

—Bueno, pensé en mostrar que hay dos clases de escritura. Una clase usa símiles y metáforas, ya sabe, y la otra es escritura directa, como la que usa un periodista en un diario.

—Muy bien, ¿pero cuándo usa un escritor una clase o la otra?

—Bueno, creo que si uno está escribiendo ficción, tiene que usar una clase de escritura muy diferente de la que usa un periodista.

—¿Por qué?

—No sé. Supongo que porque muestra que uno tiene imaginación.

—Escuchá —dijo el abuelo de Malena vigorosamente—. Yo soy zoólogo, no escritor. Pero si fuera escritor, no creo que escribiera como lo hace la mayoría de la gente.

Ari se ocupó de su helado y no dijo nada.

—Quiero decir, me parece que hay demasiados escritores tratando de llamar la atención hacia ellos todo el tiempo.

—Mm —respondió Ari—. ¿Cómo es eso?

—Bueno, tratan de jugar a Dios. Nos dicen cuáles son los pensamientos y sentimientos de sus personajes.

Ari parecía sorprendido:

—¿Y eso no está bien?

—Desde mi punto de vista no. Y lo que es más, cuando describen el mundo, están tan ocupados usando figuras de discurso inteligentes que llaman más la atención sobre ellos mismos que sobre lo que están describiendo.

—Me perdí. Déme un ejemplo.

—Muy bien. Casi toda mi vida he vivido con una imagen literaria, la que dice: “La tarde se extendía sobre el cielo como un paciente anestesiado sobre una camilla”.

—Nunca la oí antes.

—No importa. Lo que importa es que el símil es muy bueno. Pero cuando me viene a la mente, no pienso en el cielo ni en pacientes en hospitales; pienso en el poeta que lo escribió, y en lo brillante que fue para idearlo. No describe el mundo; expresa a Eliot.

—¿Entonces cómo diría usted que hay que escribir?

—Como te dije, soy zoólogo, y quizá mi enfoque es demasiado técnico y práctico. Pero yo diría: no traten de decir qué piensa o siente su personaje. Lo único que deben descri-

bir es lo que hacen la gente o las cosas. Todo el resto debe expresarse en el diálogo.

—A ver si entiendo —dijo Ari—. Usted piensa que los escritores llaman demasiado la atención sobre sí mismos al describir el mundo poéticamente y no de un modo llano y simple.

—Exacto.

—Y piensa que también llaman demasiado la atención sobre sí mismos simulando conocer los pensamientos de sus personajes.

—Exacto también. Los personajes deberían hablar por sí mismos. Si el autor no puede mostrar cómo expresan lo que sienten, es mejor que no haga nada antes que simular saber cuáles son sus sentimientos y cómo describirlos.

Ari sacó con la cuchara lo que quedaba de helado en el fondo del vaso. Después sacudió la cabeza:

—Sé que no debería hablar, porque no creo que pueda escribir nada. Pero simplemente no puedo estar de acuerdo con lo que está diciendo.

—¿Por qué no?

—Porque cuando miro al otro lado, no veo nada de malo en la otra forma de escribir. No veo nada de malo en expresar el mundo en términos de figuras de discurso como símiles y metáforas. Y describir sentimientos como si fueran hechos, ¿qué tiene de malo?

El abuelo de Malena chupó la pipa unos momentos sin decir nada. Al fin observó:

—Muy bien, hay dos alternativas. Elegí la que quieras. Yo ya elegí. —Se puso de pie, pagó el café y el helado, y abrió la marcha por las puertas giratorias hacia la vereda, seguido por Ari muy de cerca. Se volvió hacia Ari y le dijo: —Pero si creés en lo que decís, ¿entonces por que no lo hacés?

Ari alzó las manos en un gesto de impotencia.

—Ah —exclamó.

El abuelo de Malena soltó la risa. Después palmeó a Ari en el hombro y se fueron cada uno por su lado.

IV

El pasillo se extendía a todo lo largo del colegio, y estaba vacío en el momento en que Ari entró en él. En ese momento vio al profesor Núñez aparecer por el otro extremo. Ari sabía que no había escapatoria, así que siguieron acercándose. Con mal humor, Ari pensó que en cualquier momento el profesor Núñez gritaría: “¡Desenvainá, miserable!”.

Pero en lugar de eso, al acercarse le dijo:

—¿Ari?

Ari asintió, y pensó para sí mismo: “Ay, ay”.

—Si tenés un minuto —dijo el profesor Núñez con su voz ronca—, querría hablarte.

“Y ahora qué”, pensó Ari mientras seguía al profesor Núñez a la sala de profesores. Se sentaron y por un momento ninguno de los dos dijo nada.

—¿Cómo avanza tu tarea?

—No avanza.

—¿No? —El profesor Núñez abrió un cuaderno y empezó a escribir. Sin alzar la vista, preguntó: —¿Y por qué?

—No se me ocurre nada que decir.

—¿Nada en absoluto?

—Nada que valga la pena.

—¿Pero creés que otra gente sí tiene algo que decir?

—Bueno... —Ari se movió, incómodo. Después estalló: —Veo a esos tipos de los años superiores, y me siento tan...

—¿Inexperto?

—Inexperto. Exacto. Esa es la palabra.

—Y sin experiencia no podés escribir.

—Usted mismo lo dijo: la experiencia precede a la creación. Además, todos saben que no se puede sacar algo de nada.

—Encuentro difícil creer que no haya nada en tu vida digno de ser escrito.

—Escuche —dijo Ari desesperadamente—, en la clase de plástica vemos a Van Gogh. Y el profesor Gallegos nos dice qué intensos son sus colores, qué vividos son, y todo eso.

Bueno, muy bien, pero eso es porque Van Gogh vivió intensamente. Debe de haber experimentado cosas intensas y vívidas. No tenía que ir a la escuela todos los días. Sé que no siempre la pasó bien, ¡pero al menos vivía!

El profesor Núñez miró fríamente a Ari:

—¿Estás seguro?

—¿Si estoy seguro? ¡Por supuesto que estoy seguro! Si la experiencia precede al arte, como usted dice, entonces el arte intenso debe de haber sido resultado de una experiencia intensa.

—Ari, estás haciendo una cantidad de suposiciones arriesgadas, me parece. Primero de todo, sólo porque la experiencia de una persona *preceda* el trabajo artístico de esa persona, no se sigue que la experiencia *cause* el arte.

—Seguro, eso lo entiendo. Lo que viene antes no es necesariamente la causa de lo que viene después. Que el gallo cante antes del amanecer cada mañana no significa que haga salir el sol.

—Muy bien. Segundo: aun cuando haya una conexión entre experiencia y arte, no se sigue que *cualquier* experiencia va a resultar en algo artístico.

Ari miró con atención al profesor Núñez.

—¡Ah! ¿Así que es cierta clase de experiencia la que produce el arte?

—Creo que sí. Me parece que cuanto mejor organizada está tu experiencia, más fácil va a transformarse en arte. De eso estaba hablando cuando dije que el arte de la experiencia precede al arte de la creación.

Ari parecía pesimista.

—Mi experiencia es un desastre. Es fragmentada. Nada se une con nada.

—Muy bien —siguió el profesor Núñez—. Eso me lleva a mi tercer punto. Una cosa puede producir otra, pero las dos cosas no tienen que parecerse entre sí. Aun si se necesita cierta clase de experiencia para producir un poema o una pintura, no se sigue de ahí que el poema o la pintura se parecerán a la experiencia.

—Me perdí. No sé de qué está hablando.

—Mirá, acá hay un libro sobre arte griego. Mirá su arquitectura y su escultura. Es muy fría, tranquila y contenida, ¿no?

—Así parece

—Muy bien, ¿y eso significa que los griegos realmente vivían vidas contenidas? ¿O es posible que vivieran en realidad vidas muy turbulentas, aun cuando apreciaban la calma y la contención?

—Todo es posible.

—Claro. Pero lo que trato de mostrarte es que el arte de un período puede expresar no lo que la gente de ese período realmente experimentó sino lo que les habría gustado experimentar. Puede expresar no lo que fue sino lo que la gente pensaba que debería haber sido.

—Entonces el arte puede ser muy diferente de la experiencia que lo precede.

—¡Por supuesto! Las historias de aventuras bien pudieron haber sido escritas por gente que no tenía ninguna aventura en su vida real. Algunas de las mejores historias de amor fueron escritas por gente que siempre quiso amar pero nunca pudo.

—Bueno, quizá no fuera el amor lo que describían tan bien sino el deseo de amar.

—Quizá. Pero a la luz de lo que estamos diciendo, ¿qué pasa con tu afirmación de que no podés escribir un cuento o una poesía porque no has tenido la experiencia?

Ari se encogió de hombros.

—Si tiene razón, no me deja mucho pie para seguir sosteniéndolo. Pero no sé si tiene razón. —Después agregó—. Profesor Núñez, ¿a quién estamos engañando? Yo no tengo nada que decir que pueda ser de ningún interés para nadie. ¿Entonces por qué usted trata de que yo escriba poemas y cuentos? No tengo experiencia sobre la cual escribir y no tengo imaginación. ¿Por qué estiramos este asunto? ¿Por qué no me reprueba directamente y nos olvidamos de todo esto?

El profesor Núñez miraba fijo a Ari:

—Si pensara que tenés razón, no fracasaría con vos porque ni siquiera intentaría enseñarte nada. Si realmente creyera que no tenés nada que decir, mi trabajo sería una completa pérdida de tiempo.

Ari quedó en silencio. El profesor Núñez sacó un libro de un estante y buscó una página.

—Leé estos cuatro versos. Son de Donne, y dicen exactamente lo que estás diciendo vos:

*Sería locura enseñar el uso
de la piedra especular
si el que podría aprenderlo
no va a encontrar ninguna.*

—¿Qué significa? —preguntó Ari—. No puedo seguirlo.

—Bueno, “piedra especular” es la clase de cristal que se usaba para fabricar lentes. Donne dice que, en un mundo en que no se encontrara ese cristal, ¿de qué serviría enseñarle a alguien a fabricar lentes? Y eso es lo que vos estás diciendo, ¿no es cierto? “¿Por qué se molesta en enseñarme a expresarme, si no tengo nada que expresar”.

—Creo que sí. —Ari se miraba los zapatos.

—¿Encontrás interesantes tus pies?

—Me estoy mirando los zapatos.

—¿Son interesantes?

—No especialmente.

—Bueno, los encuentres interesantes o no, te voy a dar una tarea especial. Para mañana, quiero que me hayas escrito cuatro versos sobre tus zapatos. Te veré acá a esta hora mañana. —Miró en silencio a Ari, que se levantó y se fue.

CAPÍTULO 7

I

—Se la agarró conmigo. Conmigo solo. ¿Por qué me hace esto? ¿Qué le hice yo a él?

—Quizá quiso darte un poco más de práctica para que puedas hacer mejor tu tarea.

—Pero, Suki, si no puedo escribir un poema, ¿no sé qué voy a ganar al tener que escribir dos!

—Ari, esto no va a ayudarte. Mirá, tenés que entregar un poema mañana. ¿Querés hablar de eso?

—¿No tendrás por ahí un poema de cuatro versos que no necesites?

—Ari, hablemos con seriedad. ¿Tenés alguna idea del tema?

—Me dio un tema.

—¿En serio?

—Sí. Mis zapatos. Me vio mirándome los zapatos o los pies... No sé, quizás era simplemente que yo había bajado la vista. Como sea, dijo que quiere un poema de cuatro versos sobre mis zapatos.

—Muy bien, es un punto de partida. ¿Tus zapatos cuando los estás usando o cuando no los estás usando?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Pero Ari, decidílo vos.

—Muy bien. Cuando no los estoy usando.

—¿Dónde están cuando no los estás usando?

—Al lado de la cama.

—¿Ahí están y no les pasa nada?

Ari sonrió:

—No, mi gato está oliéndolos. ¡Ese gato está loco!

—No te imagino escribiendo un poema de cuatro versos sobre un gato loco, Ari. —Suki soltó la risa—. Pero no hablemos así de él. Pobre... quizá se siente solo. Muy bien, ¿qué pasa con los zapatos?

—Están ahí, vacíos.

—Uno al lado del otro.

—Uno al lado del otro.

—¿Qué más? ¿Qué hay alrededor?

—Están sobre la alfombra.

—¿Qué más, Ari? ¿Qué ves?

—Son marrones, tienen suelas, tacos y lengüetas.

Suki sonrió apenas.

—¿Y qué más?

—Cordones

—¿Son zapatos para caminar por el cordón de la vereda?

—No hagas chistes malos, Suki.

—Bueno, nunca se sabe. A veces una palabra de doble sentido puede funcionar bien en un poema. Muy bien, ¿qué más? ¿Los ilumina una luz?

—Sí, la luz de mi velador.

—¿O sea que los zapatos proyectan una sombra?

—Sí.

—¿De qué color son las sombras?

—Ay, Suki, vamos... ¿cómo voy a saber de qué color son las sombras?

—¿Son negras? ¿Marrones? ¿Azules? ¿Grisas?

—¿Sombras azules? ¿Quién vio alguna vez sombras azules?

—Es posible.

—Muy bien, son marrones.

—¿Sólo porque los zapatos son marrones?

—Obvio.

—Podría ser... aunque no necesariamente. ¿Los zapatos rojos tendrían sombras rojas?

Ari frunció los labios y pensó. Después dijo:

—Mi mamá tiene un florero de vidrio rojo. Cuando le da la luz, proyecta una especie de sombra rojiza.

—Muy bien, sigamos. ¿Tus zapatos se quedan al lado de la cama toda la noche?

—Sí, listos para cuando los necesite.

—¿O sea que tus zapatos están siempre listos?

—Por supuesto.

—¿Y están quietos los dos juntos toda la noche?

—Exacto. Uno al lado del otro. Casi tocándose.

—¿Casi tocándose?

—Sí, están uno junto al otro todo el tiempo.

—Ari, quizá lo que acabás de decir es algo que podés usar. Ves, necesitás alguna clase de foco, de... una imagen central. Y quizá lo que dijiste serviría, porque podría tener sentidos en distintos niveles.

Una chispa de luz asomó en la mente de Ari:

—Ah, vos querés decir que ese "casi tocándose" puede significar además de lo físico, algo sentimental.

—Exacto. ¿Pero por qué sería así?

—Supongo que porque están siempre listos para ser usados.

—¿Listos para servir?

—Exacto. Son leales.

Suki hizo una mueca:

—No me gusta cuando las palabras son demasiado abstractas.

—¡Esperá un momento! —exclamó Ari—. Creo que se podría decir que son fieles uno al otro, y ésa es otra razón para que estén casi tocándose.

—Ari, creo que deberías empezar a escribir ahora. ¿Por qué no tratás de anotar algo?

—En fin. Muy bien, aquí vamos. —Sacó el cuaderno de su mochila y escribió:

*Mis zapatos están juntos al lado de la cama
y esperan a que yo los use. Están tocándose.*

—No está mal para empezar, Ari. Nada mal. Pero, una cosa, tenés dos versos nada más.

—Y tendrían que rimar. Los poemas tienen que rimar.

—No necesariamente —respondió Suki sonriendo—. No *tienen* que hacer nada. Y yo odio las rimas fáciles, como año/baño y cosas así.

Ari se encogió de hombros.

—Eso es lo que me gusta a mí de los poemas. De hecho, creo que es *lo único* que me gusta.

—Bueno, existen las rimas asonantes. Suelen ser muy lindas también. Como muerto/acento.

Ari no dijo nada. No lo impresionaba la idea de usar rimas asonantes en sus poemas.

—Creo que prefiero no usar ningún tipo de rimas —dijo al fin,

—Perfecto. El poema es tuyo. Pero ahora, vamos a revisarlo con más cuidado. ¿Qué te parece esta expresión “están juntos”?

—¿Qué otra cosa podría decir? ¿Que “pasan” la noche juntos?

Suki soltó la risa.

—No, prohibido para menores. ¿O es lo que querías sugerir?

—No, eso daría la impresión equivocada. Lo decía en broma. Pero creo que en lugar de “tocándose” debería decir “casi tocándose”, como habíamos dicho al principio.

—Me parece bien.

Ari garabateó algo, hizo una pausa, mordió el lápiz, y volvió a escribir. Le tendió el resultado a Suki:

—¿Qué te parece?

Suki leyó:

*Están juntos muy quietos
mis zapatos esperándome;*

*esperan su lustrado,
casi tocándose.*

—¡"Esperan su lustrado"! —exclamó Suki—. ¿De dónde sacaste eso?

—Me pareció un lindo toque, como relleno —dijo Ari.

—Quizá no esté del todo mal, pero suena muy fuera de lugar.

—A mí me gusta. Se lo voy a entregar al profesor Núñez así como está.

—¡No, Ari! Es demasiado flojo y torpe.

—Muchísimas gracias.

—Perdoná, Ari, preferiría que no fueras tan sensible en esto. Estoy tratando de ayudarte a mejorarlo.

—¿Qué es lo que le ves de malo?

—Bueno, por ejemplo eso de "muy quietos"...

—Está bien, está bien —Ari volvió a inclinarse sobre el cuaderno—. ¿Qué te parece esto?

*Mis zapatos al pie de la cama
esperan su lustrado;
están juntos
casi tocándose.*

—¡Mucho peor!

Ofendido, Ari exclamó:

—¿Por qué?

—Pusiste el lustrado en el lugar central, y es un detalle trivial. La única razón por la que lo pusiste fue para rellenar, y ahora ha invadido todo el poema.

Ari dejó caer los hombros. Se frotó los ojos con una mano y dijo:

—¿Qué hago entonces?

—Ari, dijimos antes que había dos cosas que conmovían en los zapatos: el modo en que esperaban lealmente a que vos los usaras, y el modo en que estaban juntos...

—Como una pareja de caballos.

—¿Por qué no lo intentás de nuevo, destacando esos dos puntos?

La siguiente versión de Ari fue:

*Los zapatos junto a mi cama
esperan con lealtad a mis pies,
Siempre juntos
están casi tocándose.*

—No hay ni una sola rima —dijo Ari con gesto sombrío.

—Eso es lo de menos —dijo Suki—. Y pienso que ha mejorado mucho. Pero todavía me molesta esa palabra "lealtad".

—Sí, es demasiado... solemne. ¿Pero qué puedo hacer? No se me ocurre otra.

—A mí tampoco.

—¡Un minuto! —exclamó Ari—. ¡Puedo mostrarlo por contraste! ¡Puedo contrastarlo con su opuesto!

Suki parecía intrigada, pero miró con interés a Ari que volvía a su cuaderno. Escribió dos versos, miró a Suki con una sonrisa, y dijo:

—Esta versión es la definitiva—, y agregó dos versos más. Después se lo tendió a Suki.

*Junto a la cama mis zapatos
esperan a mis pies desleales;
ellos son inseparables
y están casi tocándose.*

—¡Eso lo mejora muchísimo! Ari, si lo trabajaras un poco más...

—Por el momento —respondió Ari con firmeza—, he terminado con este poema. —Se puso la mano horizontal en la frente—. Estoy hasta acá.

—Parece que lo decís en serio —respondió Suki—. No me sorprendería si mañana te viera llegar descalzo a la escuela.

II

—Como anuncié la semana pasada —dijo el profesor Núñez—, hoy es día de clínica poética. Les pedí que trajeran todos los poemas que tuvieran, enfermos, débiles, heridos o con cualquier otra imperfección, para ver si podíamos ayudarlos con nuestros diagnósticos y nuestras recetas. Ahora, ¿quién será el primero en someter un ejemplar desafortunado de poesía a este conjunto de expertos terapéuticos?

Rodolfo gruñó y le susurró a Jessica:

—¡Qué plomo!

—Sí, ¡Qué pesado! ¡No existe!

Nadie ofreció un poema. Nadie dijo una palabra. El profesor Núñez esperó un lapso especialmente largo, y después dijo:

—Muy bien, ¿quién empieza?

Esta vez el silencio fue más largo aún.

Suki cerró los ojos, esperando poder abrirlos de pronto cuando alguien anunciara, con exasperación “¡Muy bien! Si nadie va a presentar nada, aquí tienen algo que pueden destruir”. Pero el silencio continuó. Al fin, Suki comprendió que no servía de nada seguir esperando. Abrió los ojos y dijo:

—Tengo un primer esbozo de algo. No me gusta cómo quedó, pero no sé cómo mejorarlo. ¿Quiere que lo escriba en el pizarrón?

El profesor Núñez, con aire de alivio, le tendió una tiza.

—Suki —dijo Ari—, un segundo. Quiero pedirte un favor. Pero antes, ¿cómo se llama tu poema?

—Se llama “Mi sombra”. ¿Qué favor?

—¿Hubo alguna experiencia que tuviste, una experiencia que sucedió antes de que escribieras el poema, y sobre la que trata el poema?

—Bueno, en cierto modo sí. Al sentarme a trabajar, la luz de la lámpara detrás de mí hacía caer una sombra sobre la mesa. Y al pararme, la sombra saltó súbitamente por la ventana.

—¿Eso fue todo lo que pasó?

—Todo lo que recuerdo.

Ari volvió a sentarse.

—Muy bien, gracias. Ahora escríbilo.

Suki tuvo que estirarse para llegar a la parte superior del pizarrón, pero sabía que tendría que empezar por ahí para que le entraran todos los versos. Cuando terminó, había escrito esto:

*Mi sombra
cae sobre lo que escribo,
temerosa de lo
que yo pueda decir.*

*Siluetas
cruzan la cama,
después se aplastan
contra la pared
simulando tener
miedo de mí.*

*Con los pies atados
a los míos,
se estira
cuando me paro,
se va rápido
por la ventana,
tacha el árbol
y loca,
locamente,
corta
el brillo
de la noche.*

—¿Alguna sugerencia? —dijo el profesor Núñez con su voz ronca.

Camila fue la primera en hablar.

—En la primera frase, yo agregaría las palabras “de ella”. Diría “...temerosa de lo que yo pueda decir de ella”.

Suki negó con la cabeza.

—Eso cambiaría el significado. Perdón, pero no.

—En la segunda estrofa —dijo Toni—, creo que deberías subdividir los versos segundo, cuarto y sexto. Así como están se lee todo demasiado rápido.

Suki leyó el poema en voz baja como si lo hubiera reacomodado según la sugerencia de Toni. Al principio dijo:

—Sí, creo que no quedaría mal. —Después afirmó—: Sí, definitivamente. Tenés razón.

Florencia alzó la mano:

—Suki, esa parte de irse rápido por la ventana. Tenés que recordar que estás hablando de una sombra muy loca. Creo que deberías decir algo como “trata de arrojar por la ventana para tachar el árbol”.

—Está bueno —dijo Suki riéndose—. Me gusta.

Hubo varias sugerencias más que Suki prometió tomar en cuenta, si es que se decidía, según dijo, a retomar “el poema molesto”.

Rodolfo dijo:

—Suki, no quiero herir tus sentimientos, pero para ser completamente honesto, pienso que el poema es bastante malo.

Hubo algunos murmullos en la clase, que se extinguieron cuando el profesor Núñez dijo:

—¿Podrías decirnos qué te hace pensar eso, Rodolfo?

—Bueno, para empezar, todo ese lenguaje pretencioso, como la palabra “siluetas”. Y el tema es tan estúpido: una sombra loca, como dijo Florencia, ¿quién ha oído hablar de algo así?

—Estoy de acuerdo con Rodolfo —dijo Jesica—. A mí tampoco me gusta. ¡La noche no es brillante!

Intervino Toni:

—Un momento. Muy bien, ustedes dicen que no les gusta, y dan sus razones. ¿Pero eso basta? ¿No deberíamos saber *en general* cómo ver la diferencia entre lo que es malo y lo que es bueno?

—Seguro —exclamó Marcos—, hay normas por las que se

puede juzgar. Tomen las fotos. La norma es el parecido. Una buena foto se ve igual que el lugar fotografiado.

—Y cuando uno pinta un cuadro —intervino Laura—, es un buen cuadro si es como la persona o la escena pintada.

Ana empezó a levantar la mano, y después la bajó y se quedó callada.

—¿Entonces, según ustedes, una obra de arte es una especie de copia, una copia de un original? —preguntó el profesor Núñez.

Ari estaba sentado en el borde de su asiento, silencioso, tenso y expectante.

Marcos y Laura asintieron con la cabeza los dos al mismo tiempo, en respuesta a la pregunta del profesor Núñez. Pero Suki preguntó:

—¿De qué es copia un poema, entonces?

La pregunta de Suki quedó sin respuesta. Hubo un silencio momentáneo, y después la discusión pasó a otros temas.

III

Ari no pudo sacarse la pregunta de Suki de la cabeza. Al día siguiente levantó la mano antes de que la clase empezara:

—Profesor Núñez, ¿un poema es una copia de algo?

Miguel se volvió a Ari y le dijo:

—Yo te puedo decir de qué es copia. Es copia de algo que pasó en la vida del poeta.

—¿Qué significa eso? —preguntó Florencia.

—Bueno, —dijo Miguel volviéndose—, supongamos que hice algo realmente importante para mí, por ejemplo supongamos que llegué a la cumbre del Aconcagua. Y después escribí un poema sobre lo que fue subir al Aconcagua. ¿Va a ser un buen poema si se parece a lo que realmente me sucedió?

—¿Si fue como sucedió o si fue como tu experiencia de lo que sucedió? —preguntó Florencia.

—Es lo mismo —respondió Miguel.

—Una vez me perdí en un bosque —contó Ari—. Éramos seis.

—Sí, ya nos contaste —dijo Miguel sonriendo—. Los otros cinco lograron salir del bosque.

—Bueno —insistió Ari—, si yo puedo escribir un cuento o un poema sobre estar perdido en el bosque, y es exactamente como lo que experimenté cuando estuve perdido en el bosque, ¿eso bastaría para que sea bueno?

Suki lo miró:

—No, Ari, de eso se trata. Sería un buen poema no sólo si nos hiciera sentir como te sentiste vos, sino si nos hiciera sentir como nos habríamos sentido si *nosotros* nos hubiéramos perdido en el bosque.

—Claro —dijo Lisa—. No es sólo lo que te sucedió a vos, o cómo te sucedió. Tenés que hacer que nos suceda a nosotros, de algún modo.

—Pero lo que les pasa a ustedes... —Ari vaciló, sopesando las palabras—, ¿tiene que ser igual que lo que me pasó a mí?

—¡No necesariamente! —exclamó Suki.

—Por supuesto que sí —respondió Miguel, tan enfáticamente como Suki había dicho lo contrario—. Si es un buen poema nos hace ver lo que vio el poeta, y nos hace sentir lo que sintió.

—¿De veras? —El profesor Núñez parecía intrigado—. ¿Un poema es bueno si copia la experiencia del poeta?

—¡Tiene que ser fiel al original! —insistió Marcos, asintiendo vigorosamente con la cabeza.

—¡Exacto! —dijo María—. Si no es fiel al original, no es sincero.

—¡Vamos! —rogó Suki—. ¿Qué tiene que ver la sinceridad?

—¡Es que es importante! —respondió María—. A vos no te gustan los amigos que no son sinceros, ¿no? Bueno, es lo mismo con las obras de arte.

—Estoy de acuerdo en que las obras de arte son como amigos, y no me gustan los amigos que no son sinceros. Pero... —Suki tomó aire con fuerza—, no considero “sincera” a

una amiga porque sea como alguien o como algo. Sólo es como ella misma. Ni siquiera intenta ser como cualquier otra cosa. Y lo mismo pasa con un poema. ¡No tiene que ser parecido a nada!

—Es cierto —dijo Toni sin alzar la voz—, si un poema se limita a decir lo que le pasó al poeta, sería sólo una autobiografía. Pero un poema debería hablar de la vida, debería tratar de darle una forma.

Ari estaba exasperado:

—Pensé que estábamos hablando sobre la escritura y la experiencia, sobre cómo lo que escribimos depende de lo que experimentamos. Pero no estamos hablando de eso para nada.

—¿Experiencia? —dijo Marcos, con una nota de exagerada sorpresa en la voz—, ¿qué es la experiencia?

—¡Profesor Núñez! —le pidió Ari—. ¿Puede decírselo?

—Hablamos de eso hace unas semanas.

—¿De qué?

—De la cualidad de la existencia, el shock de la existencia y la lógica de la existencia.

—¿Eso es la experiencia?

—Esos son los tres modos de expresarla.

Miguel le susurró a Santi:

—Estamos muy misteriosos hoy. Explicamos palabras difíciles con palabras más difíciles todavía.

—Profesor Núñez —se quejó Camila—, no lo entiendo cuando habla así. La experiencia para mí es ver colores y oír sonidos y oler la comida, cosas así.

Rodolfo estuvo de acuerdo:

—Exacto. Así es. El mundo está ahí, y nosotros vamos a ver como es, eso es la experiencia.

—¿El mundo está ahí? —repitió el profesor Núñez, mostrando alguna sorpresa—. ¿Qué es el mundo?

—Está hecho de materia —afirmó Marcos.

—¿Y qué es la materia?

—La cosa de la que está hecho el mundo.

Miguel dibujó un círculo en el aire con el dedo.

Marcos dio un puñetazo en el pupitre:

—Esta madera... está hecha de materia. El pizarrón está hecho de materia. Nosotros estamos hechos de materia.

—Si el mundo está hecho de materia —dijo Toni—, y nosotros experimentamos el mundo, entonces, ¿nuestra experiencia está hecha de materia también?

—Vamos, no hagas chistes —exclamó Marcos—. El mundo está ahí.

—¿Y nuestra experiencia?

—Está en nosotros.

—Pero yo pensé que estábamos hechos de materia también.

Al fin intervino el profesor Núñez, con una pregunta:

—Toni, ¿adónde querés llegar?

Toni miró al profesor Núñez y respondió:

—No sé. Déjenme hacer unas preguntas. Marcos, ¿una piedra está hecha de materia?

—Claro —dijo Marcos con confianza—, ¿de qué iba a estar hecha? ¿De sueños?

—¿Y la materia está hecha de átomos, sin sentimientos?

—Y claro.

—Así que si pateás una piedra, sentís dolor, ¿no?

—¿Y vos no?

—Muy bien, pero lo que quiero saber ahora es esto: ¿el dolor está en vos o en la piedra?

—Eso es una tontería, Toni. En mí, por supuesto.

—¿Y no en la piedra?

—Por supuesto que no.

—¿No fue como si la roca te transmitiera el dolor?

—Eso es ridículo. ¿Querés decir que la piedra estaba ahí tirada, llena de dolor, y me pasó algo a mí? —Todos se rieron. Alentado, Marcos continuó—: ¿Pensás que la piedra estaba ahí sufriendo, con una enfermedad dolorosa, y me contagió un poco a mí? —Otra vez hubo risas en la clase.

—Esperá un minuto —exclamó Lisa—, porque no es tan tonto, Marcos. En la clase de ciencia nos enseñaron que si hacemos fuerza contra una pared... digamos, si empujamos

una pared con quince kilos de presión, entonces la pared responderá con quince kilos de presión. La pared responde a tu empuje empujando a su vez. ¿Y entonces cómo podemos saber, cuando sentimos dolor después de patear una piedra, que no estamos respondiendo dolorosamente al dolor de la piedra? ¿Cómo sabemos que no está respondiendo con un dolor igual al nuestro?

—Bien dicho —dijo Suki, mientras Miguel gruñía:

—¡Ridículo!

Toni levantó las dos manos y se rió:

—Lisa, lo que decís es posible, supongo, ¿pero no podrías dejarlo para otra vez? No terminé con las preguntas que tenía pensadas. Marcos, mirá, voy a suponer que tenés razón: el dolor está en nosotros, y no en la piedra, ¿de acuerdo?

—Por mí, perfecto.

Por un momento, Toni pensó cómo seguir. Después dijo:

—Muy bien, ahora imaginemos esta situación. Hay un tipo que entra en un bar, pide un whisky doble, y al rato está borracho. Ahora, ¿dónde está la borrachera, en el tipo o en el whisky?

—Yo puedo responder —interrumpió Florencia, y Toni le cedió la palabra—. ¿Cómo iba a estar borracho el whisky? Contiene alcohol. El alcohol entra en el flujo sanguíneo y produce la intoxicación. Pero ni el alcohol ni el flujo sanguíneo del hombre estaban borrachos al comienzo. Fue su interacción la que hizo que él se sintiera borracho.

—Es así —dijo Marcos—. ¿Pensabas que la botella de whisky estaba borracha en el estante todo el tiempo, hasta que llegó ese tipo? —Todos volvieron a reírse, incluida Florencia.

Antes de que Florencia pudiera seguir, intervino Ari:

—Un minuto, Florencia. Estás diciendo que se necesita más que la bebida o más que la persona para emborracharse. ¿Tienen que unirse las dos?

—Exacto.

—¿Pero ninguna estaba borracha al comienzo?

—Claro, el dolor en el pie de Marcos no estaba primero en la piedra, y la borrachera del tipo del bar no estaba antes en el whisky.

—¡Ajá! —respondió Ari, y agitó las manos indicando que, por el momento, no tenía más preguntas.

El profesor Núñez asintió en dirección a Toni, que se volvió a Marcos y preguntó:

—Marcos, ¿el azúcar es dulce?

—¡Por supuesto que es dulce!

—Si yo tuviera un poco de azúcar en la mano ahora —siguió Toni—, ¿contendría dulzura?

—Por supuesto.

—¿Pero la dulzura no es sólo lo que sucede en mí cuando algunos de los componentes químicos del azúcar se mezclan con algunos de los componentes químicos de mi cuerpo?

Marcos quedó en silencio.

—Ahí te ganó, Marcos —dijo Luis—. Si decís que el dolor no está en la piedra y la borrachera no está en el whisky, entonces lo coherente es admitir que la dulzura no está en el azúcar.

—¿El azúcar no es dulce? —exclamó Tomás incrédulo—. ¡El sabor sí es dulce!

—¿Pero eso es porque la dulzura está en el sabor —dijo Toni—. ¿Y eso significa que estaba antes en el azúcar?

—Bueno, Toni, si tenés razón —dijo Camila—, entonces no sólo el azúcar no es dulce, sino que tampoco es blanco. El color está en nosotros, en nuestras mentes, y no en el azúcar.

—¡Ay, ay, ay! —exclamó Miguel—. ¿O sea que nunca sabremos si una sandía es roja antes de que la cortemos?

—Entonces —agregó Santi—, ¿querés decir que el sonido del timbre del colegio está sólo en nuestras mentes? Si es así, ¿por qué venimos al colegio?

—¿Y los zorrinos no huelen mal, es sólo un pensamiento nuestro? —preguntó Rodolfo.

—Saquen sus propias conclusiones —dijo Toni.

—Yo sé la conclusión que saqué —dijo Ari—. El mundo

puede ser muy diferente de como se ve, huele, suena y el sabor que tiene para nosotros.

—No creo, Ari —dijo Marcos—. La poesía sale de nuestra experiencia, de nuestras vidas. La exprimimos como se exprime el jugo de una naranja. Pero el jugo estaba antes en la naranja. Y la poesía tiene que ser como la experiencia de la que proviene, también.

Ari empezó a responder, pero Toni lo hizo callar con un gesto:

—Permitíme una cosa más, Ari. Mirá, Marcos, es como si yo mirara sólo lo que sale de una picadora de carne: no sabría lo que está entrando por el otro lado. Podrían ser pedazos de carne. O podrían ser gatos y perros vivos.

—Lo que estás diciéndome —dijo Ari lentamente—, es que cuando hacemos algo, ya sea jugo de naranja o carne picada o poesía, empezamos con algo y terminamos con algo distinto. Y lo que tenemos al final puede ser algo como lo que teníamos al principio o no.

Ana sacudió la cabeza vigorosamente para indicar su acuerdo con Ari, pero Suki respondió:

—Estoy de acuerdo con mucho de lo que decís, Ari. Salvo una cosa: suponé que escribo un poema sobre la experiencia de escribir un poema. En ese caso, la experiencia no vendría antes en realidad. La experiencia y el poema se producirían al mismo tiempo. —Hizo una pausa, pensativa, y añadió—: De hecho, creo que es así como pasa siempre.

—Pero... —protestó Ari—, decís que primero viste la sombra moviéndose en tu cuarto, y después escribiste el poema sobre la sombra.

—Bueno, sí, es cierto. Pero no me entusiasmé con la sombra y lo que significaba para mí hasta que empecé a escribir el poema. El significado de la experiencia apareció sólo cuando empecé a escribir. La experiencia me pasó *a mí*. Pero el significado se mostró *en el poema*.

—Experiencia y significado... Nunca los voy a poner en orden —murmuró Ari para sí mismo. Miró por un momento las iniciales talladas en su mesa, y después, cuando sus com-

pañeros salían, le entregó al profesor Núñez su poema de cuatro versos. El profesor Núñez lo aceptó en silencio y lo metió en el libro que llevaba en la mano.

CAPÍTULO 8

I

—Profesor Núñez —dijo Toni—, el otro día pregunté qué hace bueno un poema, y no hubo respuesta.

—¡Qué novedad en esta clase! —dijo Miguel

—Es fácil, Toni —dijo Jesica—, un poema es bueno si tiene la lógica, el shock y la cualidad de la existencia, ¿no lo sabías?

—En otras palabras, si tiene los tres anillos: pureza, cuerpo y sabor —dijo Santiago.

—Profesor Núñez —se quejó Camila—, ¿por qué los deja hablar así? ¡Se están burlando de todo!

—¿Uno no puede burlarse y decir cosas con sentido al mismo tiempo? —preguntó el profesor Núñez.

Camila hizo un gesto con exasperación:

—Bueno, si a usted no le preocupa...

Miguel frunció el entrecejo:

—¿Qué se propondrá ahora? —le susurró a Santiago. Éste se limitó a encogerse de hombros como diciendo “quién sabe”.

—Sí me preocupo, Camila —dijo el profesor Núñez—. Y, Toni, respecto de tu pregunta, lo que hace bueno un poema, ¿alguien aquí quiere sugerir una respuesta? Recuerden que ayer dijeron que debíamos usar la norma del *parecido*.

—Sí —intervino Luis—, pero la refutamos.

—Déjenme probar a mí —dijo Miguel—. Un poema es bueno si yo digo que me gusta.

Hubo un murmullo de desaprobación. Tras una breve vacilación, habló Suki:

—Miguel —empezó, con cierta incertidumbre—, no estoy de acuerdo con vos. ¿Querés decir que todo lo que tenés que hacer es decir que no te gusta un poema mío, y mi poema no va a ser bueno?

—¡Exactamente! —replicó Miguel con confianza—. ¡Y si estoy equivocado, probámelo!

Suki pareció preocupada, pero enfrentó a Miguel y le preguntó:

—¿Siempre sabés con seguridad qué te gusta y qué no?

—No, no siempre.

—Entonces, cuando decís que algo te gusta, ¿podrías estar equivocado?

Miguel se puso colorado, pero no dijo nada. En ese momento, cuando todos pensaban que se había rendido, hizo otra afirmación:

—Antes no me expresé bien. Lo que quiero decir es esto: un poema es bueno cuando alguien *que sabe lo que le gusta* dice que es bueno. Una persona que sabe lo que le gusta nunca puede equivocarse. Cuando dice que un poema es bueno, sabés que es bueno.

Suki asintió:

—Muy bien, Miguel, a ver si te entendí ahora. Estás diciendo que la gente que puede decir que un poema es bueno es gente que sabe, ¿no?

—Sí.

—Ahora, ¿qué es lo que saben?

—Eso es obvio: saben lo que les gusta.

Suki contempló a Miguel por un momento y después le preguntó:

—¿Es que saben lo que les gusta, o es que les gusta lo que saben?

Miguel, cuya atención se había desviado momentáneamente hacia Laura, pareció sorprendido:

—¿Qué querés decir con eso?

—Quiero decir que la poesía no es buena porque nos gusta; nos gusta porque es buena.

—Suki, ¿por qué no dejás de hablar en círculos y explicás lo que querés decir?

—Muy bien, voy a intentarlo. Lo que quiero decir es esto: en realidad no podés conocer la poesía hasta que no te has hundido en ella. Cuanto más la conocés, más sabés qué vale la pena y qué no. Y más y más querés vivir de un modo tal que se hace importante para vos que te guste lo mejor en lugar de lo peor. Es por eso que la gente que realmente conoce la poesía llega a amarla. La aprecian por lo que vale.

Miguel tenía un gesto de desaprobación a lo largo del pequeño discurso de Suki, y siguió teniéndolo cuando Florencia dijo: "Es así, Suki", y Lisa: "¡Exacto!". Pero ahora, después de echar una mirada por los rostros expectantes de la clase, se volvió hacia Suki y habló:

—¡Suki, no te hagas la inocente conmigo! Vos sabés que todos buscan su provecho personal. Todo lo que tiene que hacer una persona es saber con seguridad qué le gusta, y decirlo con claridad. No vas a tardar en ver qué pasa con él: se vuelve crítico en un diario y todos lo escuchan como si fuera una gran autoridad. Vos sos tan crédula que creés que todos son razonables. Pero el mundo no es así: el mundo es de los que tienen opiniones fuertes y voces altas, no importa lo estrechos de mente que puedan ser. Y cuánto más éxito tiene gente así, más los adoramos, por ridículas que puedan ser sus opiniones. Para que la gente se trague lo que ellos dicen les basta con simular ser razonables. Eso es todo lo que cuenta: no ser razonable en realidad, sino simularlo. No nos des sermones sobre lo lindo que debería ser el mundo, porque yo puedo decirte cómo es en realidad. El mundo es una gran selva y el único camino que hay para atravesarla está lleno de vueltas y curvas. Si vas derecho, te perdés. ¿Por qué la poesía iba a ser diferente de todo lo demás? Los que mandan hacen lo que se les da la gana, y dicen que eso es actuar bien. A lo que les gusta lo llaman bueno, sepan algo sobre el

tema o no. Puedo no saber tanto como vos sobre poesía, pero sé mucho más que vos sobre el mundo.

Nadie había esperado que Miguel se mostrara tan enérgico. Cuando terminó de hablar, el salón quedó en silencio. Suki, pálida, se mordió el labio y miró la cara de Miguel, pero no dijo nada. El profesor Núñez estaba sentado en su escritorio, inclinado hacia adelante muy atento, con los músculos de la mandíbula más pronunciados que nunca. Ari lo miró, y después miró a Suki.

Entonces Suki pareció relajarse un poco, y le dijo a Miguel, con una sonrisa débil:

—No sé, Miguel. El mundo puede ser como vos decís. Todo lo que sé es que me gustaría ayudar a hacer que se vuelva como a mí me gustaría que fuera. Y si pienso como vos, no veo el momento de ponerme a trabajar.

De pronto todos estaban moviéndose en la clase, y se iniciaron varias conversaciones en voz baja. Suki reabrió su libro de poesías y se concentró en él. Ari la miró con admiración, y deseó poder interponerse entre ella y Miguel. Tuvo una imagen borrosa de él protegiéndola. Pero era evidente que ella podía cuidarse sola. Ari se quedó quieto hasta que el impulso cesó, y la discusión en la clase pasó a otros temas.

Después, cuando Ari y Santiago estaban en el pasillo, Laura pasó junto a ellos. La miraron en silencio mientras alcanzaba al chico al que estaba persiguiendo. Él se volvió para abrazarla, y vieron que ella hundía la cara en el pullóver de él, abrazándolo tan fuerte como podía.

—Jugador de básquet —dijo Ari.

—Sí —respondió Santiago—, esos de quinto.

Miraron por la ventana y vieron a Suki que salía apurada del colegio hacia la calle. La miraron hasta que desapareció.

—Las chicas de nuestra clase están locas con esos tipos —comentó Santiago.

Ari se encogió de hombros:

—¿Y qué se supone que debemos hacer nosotros? ¿Buscar novias en las cunas?

Santiago sonrió ante el comentario de Ari:

—¿Para que lado vas? —le preguntó, cuando llegaron a la calle.

—No sé. ¿Por qué?

—Voy a pasar por el taller de mi padre antes de ir a casa. ¿Querés venir?

—¿Por qué no?

El taller resultó ser un establecimiento de compostura de máquinas.

—Te voy a hacer la visita guiada —dijo Santiago, cuando entraron al edificio—. Aquí a la derecha está la oficina, y a la izquierda el cuarto de empaque. Atrás está el cuarto de repuestos. Pero mirá, aquí están las máquinas. Éste es el señor Ferri, que se ocupa del torno. Vas a ver, cuando da vuelta la manija, la hoja empieza a cortar en esa barra de acero. —La barra rotaba suavemente. El señor Ferri la roció ligeramente con aceite, y apuntó la máquina cuidadosamente hasta que la punta azul humeante empezó a girar dentro del metal. Al fin cesó, y Santiago levantó la pieza cortada, todavía caliente, y se la tendió a Ari. Era una espiral perfectamente regular, como un resorte, y Ari vio que el color no era tanto azul como todo un espectro de azules y violetas, todos muy metálicos, nítidos y hermosos. Estaba fascinado.

Siguieron adelante.

—Esta es una estampadora —explicó Santiago—. La punta de corte avanza y retrocede mientras el metal se mantiene en su lugar. Es justo al revés que el torno, donde la pieza gira alrededor mientras el cortador está quieto. Él es el señor Belinski. —El señor Belinski le sonrió a Ari, que dijo “Hola”.

Miraron prensas de agujerear y prensas de achatar, y Santiago tomó unos restos de aluminio para mostrarle a Ari cómo se usaba la prensa de pie. Ari estaba encantado, y Santiago tuvo que tirarle de la manga para que siguieran el recorrido. El chillido, estruendo y redoblar de las máquinas le sonaba agradable, y de algún modo encontraba la misma satisfacción en la combinación de olores que subía de los aceites y fluidos de cortar, los cobres, hierros, aceros y todos los otros metales que se trabajaban en el taller.

—Hasta tenemos una pequeña fundición —dijo Santiago con orgullo, cuando le mostraba a Ari otra parte del edificio. —Mirá al señor González. Ves, esa parte inferior del molde se llama "rastra". Él echa arena y la aplasta con esas cosas que parecen mazos de madera. Después pone el molde, fijáte con cuánto cuidado lo hace. Ahora pone la parte superior, la "bóveda". Y vuelve a aplastar. La arena es un tipo especial de arena húmeda, como arcilla, que toma forma. Muy bien, ahora mirá: saca la bóveda, quita el molde y le abre un camino para que entre el metal. Y hace un agujero en la bóveda para poder verter el metal; se lo llama la "mazarota". Ves, ya terminó con una, ahora va a empezar con otra.

Ari hubiera querido quedarse a ver cómo el señor González hacía más moldes, pero Santiago lo arrastró hacia otro sector del edificio.

—Mi papá está aquí. Quiero que lo conozcas. —El cuarto contenía una pequeña forja con un fuego ardiendo al rojo blanco. —Lo que se quema es carbón de coque —le explicó Santiago a Ari—. Es una clase de carbón que ya está medio quemado cuando lo traen. Pero da muchísimo calor. —El fuelle había abierto un agujero entre los trozos de coque ardiente, y en este agujero se apoyaba el extremo de una barra de acero.

Entonces apareció el señor Mendoza. Era un hombre corpulento, calvo y con bigotes, y llevaba un enorme delantal. Poniéndose los guantes, tomó las largas tenazas y con ellas levantó la barra de acero, que colocó sobre el yunque y martilló hasta achatar el extremo.

Cada golpe del gran martillo hacía correr un estremecimiento por Ari. Era como si hubiera estado famélico y muerto de sed, por el modo en que devoraba las visiones, los sonidos y los olores que flotaban a su alrededor. Santiago le presentó a su papá, que le dio la mano con una sonrisa, y hasta le dejó usar las tenazas para sostener la barra de acero en la forja hasta que se calentara un poco más.

Después, cuando salían del edificio, Ari se volvió entusiasmado hacia Santiago y le preguntó:

—¿Te parece que tu padre me dejaría trabajar aquí?
Santiago le sonrió con tristeza:
—Imposible. Sos demasiado joven. No podés trabajar.
—¡Yo trabajaría gratis!
—Voy a preguntarle, si querés, pero estoy seguro de que no vas a poder.
—Pero bueno, Santi, ¿soy demasiado joven para *todo*?
Santiago dejó sin respuesta la pregunta de Ari.

II

—Pa, quiero preguntarte una cosa.
—Te escucho.
—¿Puedo dejar el colegio y conseguir un trabajo?
El señor Stotelmeyer miró a Ari por encima de los anteojos:
—Creí que te gustaba el colegio.
—¡Ehh!
—¿No te gusta?
—Me da lo mismo ir o no ir.
—Pero en este momento preferirías no ir.
—Creo que sí.
—¿Por qué?
—No pasa nada.
—No pasa nada.
—Exacto.
—¿Terminaste esa tarea de Lengua con la que tenías tantos problemas?
—No.
—¿Todavía tenés que entregarla?
—Sí.
—¿Eso no tendrá nada que ver con que quieras abandonar el colegio, no? ¿Una cosa tan pequeña?
—No, no es eso solo... Es una cantidad de cosas.
—¿Es quizá que no te gustan los profesores?
—Los profesores están bien.

—¿Y el que te dio esa tarea?

—¿El profesor Núñez? Es distinto. No puedo entenderlo. No creo que sienta simpatía por mí.

—¿Sólo por vos?

—No sé. Es tan agrio. Quizá no quiera a nadie.

—Bueno, si estás pensando en abandonar el colegio sólo porque uno de tus profesores te mira un poco torcido, creo que es una excusa bastante mala.

—No es sólo eso.

—Sea como sea, olvidálo. Es imposible. No podés dejar el colegio y ponerte a trabajar hasta que cumplas dieciséis años.

—¿Qué somos los menores, prisioneros?

—Algo así. Tal como yo lo veo, los colegios son instituciones de guardería para niños a gran escala, sólo que muchos de los bebés de los que se ocupan ya no son bebés.

—¿Y qué finalidad tiene?

—Mantenerlos fuera del mercado laboral un tiempo más. Así no les quitan los empleos a los adultos.

—¡Pero pa, es una razón estúpida! ¡No sé cómo podés hablar así! ¿Por qué no puede haber empleos suficientes para todos los que quieran trabajar?

—No se puede. Siempre tiene que haber escasez de empleos.

—Pero habría empleos para todos si todos trabajaran un poco menos.

—No, no entendés. *Tiene* que haber desempleo, para que los que tienen empleo lo valoren más y estén más agradecidos por tenerlo. Es la misma razón por la que tiene que haber guerra: para que podamos apreciar la paz cuando la tenemos.

—No hablás en serio. ¿Por qué te estás burlando siempre de todo?

—Conocí a un tipo que usaba la corbata demasiado ajustada, casi ahorcándolo, sólo por lo bien que se sentía cuando se la sacaba.

—¡Pa!

—¿Querés trabajar de repartidor de diarios? Eso sí es po-

sible. Tendrías que levantarte a las cinco de la mañana todos los días, con sol o con lluvia, y después de hacer el reparto ir a la escuela.

—Sabés perfectamente que bastante me cuesta levantarme a las siete. Pero me diste una idea. ¿Podría hacer un trabajo de medio día, después del colegio?

—Sólo si ya cumpliste los doce años.

—¡Los cumplí hace mucho, y vos lo sabés bien! ¿Entonces puedo?

—Sólo si te mantenés al día con el estudio. ¿Y esa tarea de Lengua?

—Tengo tres semanas más para entregarla.

—Bueno, cuando la hayas terminado y entregado, volveremos a hablar de ese trabajo después de clases. Hasta entonces, no quiero oír una palabra más del tema.

Ari empezó a protestar de nuevo sobre la tarea, pero el padre lo miró con cara muy seria y se interrumpió. El señor Stotelmeyer se puso de pie y dijo:

—Le contaré a tu madre sobre esta conversación. —Entró a la cocina y al rato Ari oyó un sonido, como si un plato cayera al suelo y se rompiera. Poco después su padre volvió, se acomodó otra vez en su sillón, miró por encima de sus anteojos a Ari con una chispa de diversión en los ojos, y siguió leyendo el diario.

III

—Suki, ¿qué hacemos para la cena? —preguntó el señor Tong.

—Hay mucha comida en la heladera. ¿Qué querés?

—No sé. Algo simple, creo. ¿Tenemos pan?

Suki miró en la heladera:

—Creo que se terminó.

El padre se rascó la cabeza.

—¿Sabés una cosa, Suki? ¿Qué te parece hacer pan? Hace mucho que no hago.

—¡Habías dicho que querías algo simple! Quiero decir, es grandioso, pero llevaría mucho tiempo hacerlo, ¿no?

—Eso no importa. A ver. Sé que tenemos mucha harina, ¿pero hay leche?

—Ah, justamente iba a decirte... Se acabó. Pero podemos salir Kio y yo a comprar.

—No, ¿para qué molestarse? Hay una lata de leche en polvo. No es muy buena para tomar pero para hacer pan sirve.

—¿Leche en polvo? ¡Ajj! Bueno, está bien, si vos querés.

Suki ayudó al padre a preparar la masa. Cuando hubo levado, la metieron al horno. Después de lavarse, fue a su cuarto a esperar a que el pan se horneara.

Seguía pensando en la leche en polvo: "Es raro pensar en la leche primero como líquido, después como un polvo seco, después otra vez como líquido. ¿Qué le harán? Supongo que evaporan la parte de agua, para que quede una especie de extracto... Es como las palabras: una palabra es una cosa evaporada... Y quizás un pensamiento es como una versión seca de lo que era la cosa... como un recuerdo, un rastro débil de lo que alguna vez fue tan rico y pleno".

Le dio vuelta a la idea de los recuerdos como experiencias evaporadas. Después volvió a la imagen de la leche en polvo en su lata. "Me pregunto de qué será un recuerdo la leche en polvo. De las vacas y los campos, supongo. ¿Soñará con esas cosas? ¿O desea agua, para poder disolverse y volver a ser leche otra vez, leche de verdad?" Tomó su cuaderno y un lápiz. Para cuando el pan estuvo horneado, ya había esbozado un primer borrador de un poema:

Leche en polvo

*Al sol, recuerdos de la ubre
se evaporan, y del alimento materno,
y de la hierba.*

*Proceso de ingratitud pródiga. Lo líquido,
al echarse a perder pronto,*

*estaba ligado temporalmente a su origen.
Ahora es seco y duradero.*

*Sueños de recuperar una expansión perdida
habitan lo profundo de su lata.
Por supuesto, como no todo era agua,
no todo está perdido,
y puede recobrase.
Le vendría bien una gota, un sorbo.*

*Líquido de nuevo, vuelve a ser uno
con el pliegue primordial
donde, bienvenido, hincha
el vientre redondo y pleno.*

—Suki —llamó el padre—, el pan está listo.

—¡Ya me doy cuenta! —El aroma inundaba la casa; Kio estaba frenético de impaciencia mientras Suki sacaba el pan y lo ponía en la tabla, para empezar a cortar rebanadas.

—Mientras esperaba, escribí algo —le dijo Suki al padre, que sonrió:

—Bueno, la poesía hornea pan también.

IV

—Adoro toda esta discusión que estamos teniendo sobre el sentido —dijo Camila con un susurro—. ¡Querría saber cuál es el sentido de la experiencia, y el sentido de la vida, y el sentido de todo!

El profesor Núñez sonrió apenas, y preguntó:

—¿Las cosas tienen sentidos?

Como Camila pareció intrigada, intervino Florencia:

—Por supuesto que sí. Lo digo en serio. Las cosas significan lo que hacen.

—¿Las cosas significan lo que hacen? ¿Podrías dar un ejemplo?

—Bueno —respondió Florencia—, el sentido de una caja fuerte es proteger cosas valiosas. El sentido de una ventana es abrirse, cerrarse y dejar entrar la luz. El sentido de un hacha es cortar leña. ¿Quiere más?

—Con esos alcanzan —dijo el profesor Núñez.

Pero en este punto Lisa quiso ser oída:

—Florencia, ¿y si yo dijera que el sentido de una cosa no se encuentra en lo que hace, sino en lo que *no hace*, o en lo que no se hace con ella?

—Yo te diría: “Un ejemplo, por favor” —dijo Florencia riéndose.

—Creo que puedo dártelo. Si no recuerdo mal, a vos te gusta la tarta de limón y merengue, ¿no?

—Me encanta. De sólo pensarlo se me hace agua la boca. Especialmente hoy que no almorcé.

—Muy bien. Digamos que estás pensando en una rica porción de tarta de limón que vas a comer esta noche. ¿Qué sabor te parece que va a tener?

—Bueno, el merengue va a ser absolutamente delicioso, y la crema de limón va a ser para relamerse, y no puedo decirte lo formidable que va a ser la masa, crujiente y dulce.

—Entonces, la razón por la que la tarta significa tanto para vos en este momento es que no la estás comiendo, ¿no?

—Vamos, Lisa —gruñó Toni—, ¿qué nos vas a querer vender ahora? ¿Que la silla significa algo porque no me estoy sentando en ella? ¿Que el libro significa algo porque no lo estoy leyendo? ¿Hasta dónde vas a llegar en tu locura?

—Cuando uno no puede hacer cosas que quiere hacer —respondió Lisa fríamente—, esas cosas significan mucho más para uno. Los libros que son más valiosos para mí son los que estoy ansiosa por releer.

—Un minuto —dijo Marcos—. Lisa, vos y Florencia podrían tener razón las dos. ¿Por qué no podemos decir que lo que una cosa significa para nosotros es una combinación de lo que estamos haciendo con ella ahora y todas las cosas que nos gustaría hacer con ella en el futuro?

—Es que no ven lo que yo quería decir —objetó Lisa—. La

salud significa mucho más para nosotros cuando no la tenemos que cuando la tenemos. Y en un país donde no hay justicia, la gente la desea furiosamente.

El profesor Núñez se puso de pie y miró a Lisa:

—Si te entiendo bien —dijo—, estás diciendo que hay cuatro consideraciones a tomar en cuenta, individualmente o en grupo, cuando nos preguntamos por el sentido de una cosa: primero, lo que hacemos con ella; segundo, lo que podríamos hacer con ella; tercero, lo que hace, y cuarto, lo que podría hacer. ¿Es así?

—Creo que sí —respondió Lisa con vacilación.

—Pero, profesor Núñez —dijo Camila—, ¿cómo explica eso el sentido de la experiencia, y el sentido de la vida, y todo eso?

—Bueno, supongan que les diera como tarea escribir un relato de lo que hicieron ayer. ¿Les gustaría?

—¡Dios santo, no! —se rió Camila—. Ayer no hice casi nada digno de mencionar.

—Muy bien, pero supongan que les pidiera que compararan lo que hicieron ayer con lo que podrían haber hecho. ¿Qué tal eso?

—Ah —dijo Camila—, el día habría significado mucho más para mí si hubiera podido hacer todo lo quería hacer. Pero aun así no veo qué tiene que ver con lo que significa *la vida*.

—Profesor Núñez —dijo Suki—, ¿sabe qué sería muy útil? Que nos diera un ejemplo. Quiero decir, ¿no hay alguna poesía que hable de lo que estamos hablando ahora, es decir sobre el sentido de la vida comparando lo que *es* nuestra vida con lo que *podría ser*?

—Hay un poema que habla justamente de lo que es posible, separando las posibilidades que deberían ocurrir y las que no. Creo que dice mucho sobre lo que significa ser un ser humano. Es de Louis MacNeice, y se llama *Plegaria antes de nacer*. —El profesor Núñez tardó un momento en encontrar el libro, y en encontrar la página donde estaba el poema. —Aquí está. Voy a leerse los:

*No he nacido aún; óiganme.
No dejen que el vampiro o la rata o la comadreja o el duende
rengo se me acerquen.*

*No he nacido aún, consuélennme.
Temo que la raza humana en altos muros me encierre,
con fuertes drogas me duerma, con mentiras me engañe,
en el potro me atormente, en baños de sangre me hunda.*

*No he nacido aún; dénme
agua que me acune, hierba que crezca para mí, árboles
que me hablen, cielo que me cante, aves y luz blanca
en el fondo de mi mente que me guíe.*

*No he nacido aún; perdónennme
los pecados que en el mundo cometeré, mis palabras
cuando me hablan, mis pensamientos cuando me piensan,
mi traición engendrada en traidores sobre los que no tengo
mando,
mi vida cuando maten por medio de mis
manos, mi muerte cuando me vivan.*

*No he nacido aún; ensáyenme
en los papeles que debo representar y las enseñanzas que debo
aprender
cuando los viejos me sermoneen, los burócratas me manden,
las montañas
me reten, los amantes se burlen, las blancas
olas me llamen a la locura y los desiertos me llamen
al desastre y los mendigos me nieguen
lo mío y los niños me maldigan.*

*No he nacido aún; óiganme.
No dejen que el hombre que es bestia o el que cree que es Dios
se me acerquen.*

No he nacido aún; llénennme

*de fuerzas contra los que querrán congelar mi
humanidad, transformarme en un autómeta letal,
volverme un engranaje en una máquina, una cosa con
una cara, una cosa, y contra todos
los que querrán disipar mi integridad,
soplarme como un villano de acá para
allá o de allá para acá
como agua en las manos
querrán derramarme.*

*No dejen que me hagan una piedra
y no dejen que me derramen.
O me matarán.*

Por un momento, no hubo respuesta de la clase. Después Luis dijo:

—Es formidable.

—¿Por qué? —preguntó el profesor Núñez.

—Bueno, el chico está diciendo: si no puedo ser plenamente humano, no quiero ser nada. No me obliguen a ser menos que un ser humano, como una piedra o una cosa.

—Quizá cuando sabemos lo que debemos ser —dijo Suki—, comprendemos lo que no debemos ser.

Hubo otro silencio en la clase. Después Ari dijo:

—Profesor Núñez, espero no cambiar de tema, pero si la poesía puede ayudarnos a ver los sentidos de las cosas, ¿nos puede decir algo sobre la mente? ¿Qué es y qué no es?

El profesor Núñez miró a Ari con un gesto tan serio que Ari temió que la pregunta lo hubiera hecho enojar. Pero el profesor sacó un libro del estante alto del armario, buscó en él un momento, y al fin anunció:

—Delmore Schwartz. Sobre la mente. Primero da una imagen extensa de la mente, o quizá más precisamente de la mente antigua, primitiva; una imagen fantasmal y estática de ruinas:

La mente es una ciudad como Londres

*contaminada y populosa; es una capital
como Roma, en ruinas y eterna,
marcada por monumentos que ya nadie
recuerda. Pues la mente, como Roma, contiene
catacumbas, acueductos, anfiteatros, palacios,
iglesias y estatuas ecuestres, caídas, rotas o sucias.
La mente posee y es poseída por todas las ruinas
de todos los monumentos de fantasmales
y fugaces generaciones.*

—Esta imagen de la mente no es muy original. ¿Pero es plausible? ¿Suena a verdad? ¿Qué les parece?

—Es seca —dijo Camila.

—Ciudad Aburrida —dijo Rodolfo.

—Es estática —agregó Lisa.

Ari frunció el entrecejo, y después dijo:

—Bueno, sí, pero, saben, explorar la mente y encontrar todas las sospechas, esperanzas y supersticiones de la gente, ¿no es parecido a lo que sería descubrir una ciudad perdida, como Pompeya, y descubrir cómo vivía la gente, y lo que... les gustaba o no les gustaba...? —La voz de Ari murió, y nadie respondió.

El profesor Núñez esperó unos momentos, y después retomó la exposición del poema:

—Más adelante, Schwartz nos dice algunas de las cosas que la mente no es, o no es solamente:

*Porque no es el mar
que murmura en un caracol,
y no es sólo corazón, el arpa en punto...*

—¡Arpa en punto! —exclamó Laura—, ¿qué quiere decir eso?

—Shhh —murmuró Suki—, es como una música extraña.

—Y de pronto —concluyó el profesor Núñez—, en el final mismo del poema, Schwartz nos enfrenta con el dinamismo increíble de la mente, su alcance cósmico, lo impredecible

que es, la capacidad que tiene de sorprendernos, asustarnos y abrumarnos:

*Es el terror ciego de lo incontrolable
caballos del apocalipsis, corriendo en salvaje terror
hacia las estrellas... y volviendo igual de rápido...*

Suki se llevó por un instante las manos a la cara:

—En salvaje terror... como la sombra —susurró para sí misma—. El misterio incontrolable...

Ari, viendo a Suki en ese momento, sintió el impacto de la respuesta de su amiga a los versos, pero no pudo entender los versos él mismo. Se sintió poderosamente atraído por Suki en ese instante; su desconcierto respecto del poema parecía carecer de toda importancia.

Después Suki alzó la vista y lo vio mirándola.

—La mente puede volverse sobre sí misma... —Dejó el pensamiento flotando en el aire.

Para Ari, que le había dado vueltas a las cosas en su mente con tanta frecuencia que ya se le había hecho un hábito, la idea de que la mente podía volverse sobre sí misma fue inesperada e inquietante. Pero Suki le sonrió, y él se relajó.

V

Después de clase Ari fue a reunirse con Santiago, y le dijo:

—Le pregunté a mi papá, y dijo que podría trabajar después del colegio. ¡No veo el momento de empezar!

—Ari —protestó Santiago—. Hablás como si hubiera un empleo disponible, y lo hubieras pedido y ya te lo hubieran dado.

—Pero pensé... —empezó Ari.

—Lo siento. Hablé con mi padre. De veras. Pero me dijo que no está tomando personal. De hecho, las cosas le van tan mal que ha pensado en despedir gente. Dice que ya no

se necesitan fábricas de repuestos como la suya. Ahora, cuando las máquinas se descomponen, las mandan de vuelta a la fábrica, o las tiran y compran nuevas. Dice que no tiene sentido tomar aprendices en este momento.

Ari dio un puñetazo en la pared. Después se volvió hacia Santiago, y dijo con voz trémula:

—Realmente quería trabajar ahí. No era por el dinero. De veras, hubiere trabajado gratis. —Tragó con fuerza, y siguió—: No pensé en otra cosa desde ayer. Me imaginaba sacando del horno ese trozo de acero al rojo y martillándolo hasta achatarlo en el yunque. Me veía echando ese aluminio humeante en el molde. Veía las chispas saltando cuando ponía un metal en la cortadora. ¡Y ahora eso no pasará *nunca*! —Volvió a descargar un puñetazo contra la pared.

Santiago sacudió la cabeza con tristeza:

—Quizás algún día, Ari, Pero no ahora.

CAPÍTULO 9

I

A una cuadra de la escuela había una plaza, y cuando Ari pasó frente a ella camino a su casa vio a Rodolfo, Tomás y Miguel sentados en un banco, absortos en un libro. Para Ari la visión fue tan inesperada e improbable que no pudo dejar de preguntarse qué podían encontrar tan interesante. Ellos no lo vieron hasta que estuvo a su lado.

—Hola, Ari —exclamó Tomás con una sonrisa—, ¡tenemos algo para mostrarte! ¡Mirá esto!

Le tendió el libro, que era de poemas de amor.

—¿Y? —preguntó Ari.

—¡Mirá el autor! —dijo Rodolfo.

Una mirada a la tapa bastó para revelar la identidad del autor: Iván Núñez.

—Pero... —empezó Ari.

—¿Qué te parece? —dijo Miguel riéndose—, ¡es dinamita! ¿Te lo imaginás al viejo Núñez escribiendo esto? —Abrió el libro en una página que había marcado, y leyó con voz afectada y gestos melodramáticos uno de los poemas más largos del libro:

*Tus manos son pequeñas y tibias. Juegan
sobre mis vértebras salientes.*

*Cuentas mis costillas y después las tuyas
para ver si es cierto que me falta una.*

—¿De dónde lo sacaron? —quiso saber Ari.

—De la biblioteca pública. Lo encontré en una mesa —dijo Miguel—, y lo saqué. Soy socio.

—Escuchá, Miguel —preguntó Ari—, ¿me lo prestarías? Te lo devuelvo mañana.

—Bueno—dijo Miguel—. No hay problema. Yo ya leí las partes más sabrosas. Pero no te olvides de llevarlo mañana. Quiero mostrárselo a los demás chicos. ¡Te imaginás! ¡Núñez!

—Son poesías de amor, nada más —dijo Ari.

—Bueno —respondió Tomás—, es cierto que no son pornográficas, pero son eróticas. Quiero mostrárselo a Laura. Seguro que se va a poner colorada.

—¡No digas pavadas! —dijo Miguel—. Se necesitaría mucho más que esto para poner colorada a Laura. Ella debe saber mucho más que vos.

Los chicos se alejaron, charlando, en dirección a la pizzería, dejando a Ari sentado en el banco de la plaza, con el libro abierto en las manos. Al cabo de un rato se levantó, sin dejar de leer, y caminó lentamente en dirección a la escuela. Cuando subía la escalera, metió el libro en su maletín. Fue a la sala del profesor Núñez.

El profesor estaba allí. Cuando Ari apareció en el umbral, el profesor Núñez alzó la vista, sonrió apenas y dijo:

—Ah... viniste a hablar de tu poema. A ver, lo tengo en algún lado... Sí, aquí está. —Y sacó el papel con los versos que Suki le había ayudado a producir.

Como Ari seguía de pie incómodo, en el umbral, el profesor Núñez le indicó una silla. Ari se sentó en el borde. El profesor Núñez estudió el poema un rato. Al fin observó:

—¿Habías escrito algún poema antes?

—No —respondió Ari con acento sombrío.

—Bueno, como un primer esfuerzo, no está nada mal. Pero tomemos esta palabra, "inseparables". Realmente dice

poco, y no añade mucho a lo que estás tratando de decir. ¿Qué estás tratando de decir, de todos modos?

—No lo sé.

—Bueno supongo que estás tratando de decir que podés confiar en tus zapatos, ¿no? Están siempre listos para servirte, ¿no? ¿Qué palabra podrías poner aquí para reemplazar “inseparables”.

Ari se encogió de hombros, y después tartamudeó:

—¿Le... leales? —pero ya mientras decía la palabra recordó su conversación con Suki, y cómo ella había hecho un gesto de duda cuando él había sugerido esa misma palabra. Sabía que recibiría un sermón del profesor Núñez, y efectivamente hubo una explicación sobre lo insatisfactorio de la propuesta:

—En poesía, hay que ser específico. No se puede ser general o abstracto. Admito que hay excepciones. A veces lo que se necesita es una abstracción. Pero como regla, no habría que generalizar. Quiero decir, hay que poner que el gato tiene uñas afiladas o que ronronea fuerte... pero no que es un felino. Si estás describiendo a un soldado, no digas que su porte es “militar”, decí qué tiene de particular: la inclinación de la gorra, el modo en que sostiene el cigarrillo, el estilo con que saluda, etcétera. Nunca digas que un atleta es “atlético” o que una mujer es “femenina” o un hombre “varonil”.

—¿Y si digo que la gente es humana? —preguntó Ari.

—Si eso es lo que querés mostrar, hay modos de mostrarlo sin *decirlo*. Hay que *sugerirlo*. Que el lector lo *deduzca*. Pero no trates de hacer lo que él debería hacer solo.

El profesor Núñez siguió hablando, pero Ari ya no pudo seguir prestando atención. Sus pensamientos se sucedían en forma incoherente: “¿Por qué habrá escrito un libro de poemas de amor? ¡Y además lo publicó! Hay algo que no cierra. No es propio de él. ¿Pero a mí qué me preocupa? ¿Por qué me lo tomo como algo personal? ¿Y por qué vine aquí hoy? Seguramente no fue para darle la oportunidad de decirme qué malo es mi poema. ¿Y entonces por qué? ¿Para decirle

que esos chicos encontraron el libro? ¿De qué serviría? ¿Para amenazarlo? ¿Para advertirle? No sé. Lo único que sé es que no puedo concentrarme con todos estos pensamientos dando vueltas en mi cabeza...”

Sin poder resolver sus dudas, Ari abrió la mochila y sacó el libro, que puso sin palabras sobre el escritorio. El profesor Núñez se interrumpió en medio de una oración y miró interrogativamente a Ari. Después sonrió:

—Ah... ¿Eso es lo que estuviste leyendo? No es el mejor de los modelos poéticos, me temo. ¿Te gustó?

Ari tragó saliva y se encogió de hombros. El profesor Núñez lo miraba con gesto intrigado.

—¿Hay algo que quieras preguntarme?

Ari asintió:

—¿Cómo... cómo llegó a...? —Sacudió la cabeza con impaciencia ante su propia incapacidad de expresarse, y lo intentó de nuevo: —¿Cómo es que usted...?

—¿... escribí un libro como éste? Se lo escribí a alguien de quien estaba enamorado... y sigo estándolo, en realidad. Mi esposa.

—¿Es ca... casado? —tartamudeó Ari.

—Sí, por supuesto. El libro se publicó un poco antes de casarnos. Lamentablemente...

—¿Le pasó algo?

—¿A ella? No sé.

—¿No sabe?

—No sé siquiera dónde está; no la he visto ni he oído de ella desde hace bastante tiempo.

—¿Pero por qué?

—Bueno, es médica. Epidemióloga, para ser exactos. Se especializa en enfermedades que suelen presentarse en epidemias. Estaba contratada por la Organización Mundial de la Salud, y la mandaron en una misión al sudeste asiático. Iba a ser su última misión antes de que se instalara definitivamente aquí. Pero hace unos meses estalló una epidemia en el sitio donde estaba, y al mismo tiempo hubo una grave crisis en ese país. Todas las comunicaciones están cortadas y

no sabemos casi nada de lo que está pasando allí. Me estoy volviendo loco. Hasta fui a buscarla, pero no me permitieron ingresar en ese país. Pero esto no tiene nada que ver con lo nuestro. Tenés que llevarte de vuelta tu poema y trabajarlo un poco más. ¡Y no te olvides el libro!

Ari volvió a meter el libro en la mochila y se puso de pie, murmurando un agradecimiento. Después fue hacia la puerta.

—Podés entregar ese poema como tarea, cuando lo hayas corregido —le dijo el profesor Núñez.

“Bueno” pensó Ari, “es un punto a favor, para cambiar”.

II

—Hola, Suki, hola Kio. ¿Adónde van? —preguntó Ari.

—Al partido de fútbol. Kio nunca vio ninguno, así que le había prometido llevarlo hoy al de la escuela. ¿Vos venís?

—Podría ir. ¿Qué tenés ahí, Kio?

—Es un calidoscopio.

—¡Ah, un calidoscopio!

—Sí, un quidoscopio. Me lo regaló mi papá. ¿Querés mirar, Ari?

Ari tomó el calidoscopio y miró con un ojo.

—Es lindo —dijo devolviéndoselo a Kio—. ¿Qué tiene adentro?

—Piedras. Son todas de colores diferentes y ruedan adentro.

Ari y Suki se miraron divertidos, y Suki dijo:

—No lo digas, Ari.

—¿Pero cómo hace? —insistió Kio, dirigiéndose a Ari—. ¿Cómo hace para cambiar todo adentro cuando lo das vuelta? ¿Por qué cambia?

—Está hecho con espejos. Hay muchos espejitos adentro, y por eso las piedras parecen ser más de las que hay en realidad.

Kio miró interrogativamente a Suki:

—¿Se está burlando?

—No, no se está burlando.

Kio miró fijo a Suki, tratando de decidir si ella también se estaba burlando. Después volvió a mirar por el calidoscopio.

—Cuando vuelva a casa —dijo—, voy a dibujar con los crayones todo lo que se ve adentro. Mirá vos, Suki.

—Es muy lindo, Kio. Forma figuras muy bonitas.

Un rato después estaban en las gradas, mirando el campo de juego. Hubo algunos actos previos al partido, que Kio miró con la boca abierta. Desfiló una banda de música. La banda ejecutó complicadas maniobras mientras tocaba. En un momento, las columnas avanzaban en direcciones diferentes sobre el campo de juego, como una flor abriéndose; un momento después habían invertido la dirección y volvían a formar un rectángulo. Kio estaba encantado.

Después de esta actuación, Suki se volvió a Kio y le preguntó si le había gustado lo que había visto.

—Forman figuras muy bonitas —respondió Kio.

Poco después empezó el partido, y Kio no tardó en desconcertarse. Los jugadores se agrupaban y se dispersaban, o corrían locamente de un extremo al otro de la cancha. El silbato del referí interrumpía todo, y después volvía a reanudarse el movimiento.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Kio a Suki, pero ella tuvo que reconocer que no entendía mucho tampoco.

Ari trató de ayudar. Le explicó algunas de las reglas, pero durante el juego pasaban tantas cosas a la vez que le era muy difícil explicarlas todas.

—Si comprendieran las reglas y las estrategias —concluyó con aire triste—, comprenderían lo que está pasando.

El equipo local ganó, y hubo gran cantidad de celebraciones. El público fue lentamente hacia las puertas. La gente empezaba a impacientarse por lo lenta que se hacía la salida.

—Odio las muchedumbres —dijo Suki—. Y especialmente odio cuando todos empiezan a empujarse. Me asusta un poco.

—Bueno, no es para tanto —respondió Ari—, la gente se impacienta un poco, eso es todo. Nada de qué preocuparse.

Suki sonrió un poco y dijo:

—Antes, cuando mirábamos el partido, me parecía una cantidad de gente corriendo como locos, pero vos dijiste que había reglas por las que podía entenderse su movimiento. Ahora, esta multitud también me resulta confusa, pero me pregunto si no habrá alguien que pueda verlo como un movimiento perfectamente comprensible, con sus reglas y estrategias.

Llegaron a las puertas. Suki llevaba a Kio de la mano, y Kio le dio la otra mano a Ari. Cuando estuvieron en la calle, Suki soltó un suspiro de alivio:

—Odio las multitudes —repitió.

—Mmm —dijo Ari. Caminaron los tres juntos, y por un rato no dijeron nada. Después Suki preguntó:

—¿Cómo va tu tarea?

—No muy bien. Queda una semana, y no tengo idea del cuento que voy a escribir.

—Me temo que no voy a poder ayudarte mucho. Tal vez si te sentás a leer unos cuentos, te puedan dar alguna idea.

Ari sacudió la cabeza:

—Mi problema es que no entiendo cómo se arman las historias. Quiero decir, a mí me suenan como un montón de palabras. Es como... como lo que estábamos diciendo hace un rato sobre el partido de fútbol. Para uno todo es claro, mientras que otro no le encuentra ningún sentido.

—Entiendo —respondió Suki—. Supongo que todo tiene su orden, y a veces lo vemos y a veces no. Pero cuando no lo vemos o no lo entendemos, nos quejamos del desorden de las cosas, y de su falta de sentido.

—Ese es mi problema para escribir. Sé lo que significa cada palabra, pero es como si no pudiera disponerlas de modo que formen un cuento o un poema.

—La forma es importante —reconoció Suki.

—Pero no es sólo la forma —insistió Ari—. Además tiene que significar algo.

—¡Exacto! —exclamó Suki—. La disposición de las palabras debe significar algo, así como cada palabra significa algo.

—Se hace cada vez más imposible —gruñó Ari.

—Vamos —dijo Suki riéndose—, si yo puedo llegar a entender el fútbol, vos vas a entender la literatura. —Después pasó una sombra sobre su rostro y agregó: —Aunque yo no debería hablar. Le mandé mi poema de la leche en polvo a la revista del colegio, y ayer me mandaron una nota de rechazo. Lo lamentaban mucho y todo eso...

—Era lo menos que podían hacer —dijo Ari secamente.

—¿Le mostraste al profesor Núñez tu poema de los zapatos?

—Sí. —Ari no tenía ganas de hablar con Suki de los poemas de amor del profesor Núñez.

—¿Qué te dijo?

—No sé, en realidad. Creo que no lo escuché con mucha atención.

—¡Eso ayuda mucho!

Ari se encogió de hombros y no dijo nada. Después agregó:

—Lo que menos le gustó fue el tercer verso.

—¿Lo tenés aquí?

Ari sacó del bolsillo el papel, ya bastante arrugado:

*Junto a la cama mis zapatos
esperan a mis pies desleales;
ellos son inseparables
y están casi tocándose.*

Después de examinar el poema un minuto Suki dijo, con toda la cortesía posible:

—Ari, no deberías haberlo entregado así. Yo te dije que necesitaba más trabajo, y ahora veo que tenía razón.

Ari la miró preocupado.

—Pero el profesor Núñez dijo que lo aceptaría si le hacía algunos cambios.

—Bueno... —Suki vaciló, y después se decidió: —Ari, permítme que te ayude. Vas a ver que puede mejorarse.

—Si hay una fórmula para escribir un poema, me gustaría saber cuál es.

—No hay fórmulas. Los poemas se escriben con trabajo, no con magia.

—Sí —dijo Ari—. Y con lógica tampoco.

—Aun así —insistió Suki—, hay algunas cosas que se tienen que tomar en cuenta, y yo te las puedo recordar.

—Muy bien —dijo él con voz neutra, y después se encogió de hombros—. ¿Qué puedo decir?

—Veamos. Creo que el poema así como está es demasiado seco. Deberías soltarlo. Extenderlo más. Usar lenguaje cotidiano. Más improvisado.

—Más improvisado —repitió él.

—Sí, y vas a poder hacerlo si lo intentás. Otra cosa es que escribís desde tu perspectiva. ¿Por qué no tomar el punto de vista de los zapatos? ¿Cómo se ven las cosas desde el punto de vista de ellos?

—¿Qué se sentiría ser un par de zapatos?

—¿Qué se sentiría ser *tus* zapatos?

—No sé. Supongo que ellos preferirían que no los ande arrastrando por los charcos. Y quizá querrían que los limpie con más frecuencia.

—¡Eso es! ¿Qué más?

—Bueno, probablemente querrían que los lleve a arreglar cuando se descosen.

—¿Qué les pasará si no los hacés arreglar?

—Los voy a poner bajo la cama mucho tiempo y no usarlos. Y después voy a tirarlos.

—Ah —asintió Suki. Siguieron hablando del destino de los zapatos, de lo que pensaban los zapatos de su dueño, y de su destino final. Después, Suki dijo:

—Tengo que irme, Ari. ¿Te parece que podrás hacerlo solo?

—Lo intentaré esta noche y mañana te lo muestro.

—Perfecto. Espero que no te moleste renunciar a esa primera versión.

Ari sacudió la cabeza:

—No sé si voy a renunciar, todavía.

Habían estado sentados en el mismo banco de la plaza donde Ari se había encontrado con Rodolfo, Tomás y Miguel. Mientras hablaban, Kio jugaba con el calidoscopio. De pronto, Suki se sobresaltó:

—¿Dónde está Kio?

—No puede haber ido lejos.

—Pero estaba aquí hace un momento. ¿Qué le puede haber pasado?

—Suki, no te precipites. Debe de estar escondido... De hecho... Mirá, allá en la esquina, atrás de aquel árbol grande. Me pareció ver a alguien espiando.

Suki corrió hacia el árbol, y cuando lo hacía Kio salió de atrás de él riéndose, con su precioso calidoscopio en la mano. Cuando lo atrapó, Suki lo hizo girar en el aire, una y otra vez, hasta que los dos quedaron mareados.

—Gracias, Ari —dijo Suki con una mirada agradecida.

—De nada —dijo Ari.

Suki se inclinó y besó a Kio en la mejilla, y después se enderezó y volvió a mirar a Ari.

—Kio y yo tenemos que ir a casa a comer. Vos vas en la misma dirección, ¿no?

Ari asintió, mientras plegaba el poema y lo metía en el bolsillo de la camisa. Después tomó la mano que le extendía Kio y partieron rumbo a la casa de Suki.

III

El señor Tong llegaba a su casa al mismo tiempo que los chicos.

—Bueno, hasta luego —dijo Ari—. Tengo que ir a casa.

—¿Por qué no entrás un momento? —preguntó Suki.

—Otra vez. Me esperan en casa para comer.

—Si querés quedarte a comer con nosotros, será un placer —dijo el señor Tong con una sonrisa—. Podés llamar a tus padres y ver si no hay problema.

Ari fue al teléfono, y volvió poco después diciendo:

—Me quedo.

El señor Tong fue hacia la cocina, pero Suki lo detuvo:

—Papá, Ari nunca vio tu taller. Dejá que yo prepare la comida, mientras vos y Kio se lo muestran.

Poco después Ari se encontró en una pequeña fábrica de muebles pegada a la casa. Primero el señor Tong le mostró un elegante cuarto de exposición, arreglado como una sala, provisto de hermosos muebles hechos por él. Después recorrieron el taller. Ari no habló mucho, pero le sorprendió cuánto le agradaba tocar las distintas maderas que le mostraban. Cada una tenía su textura propia: los robles, las tecas, los nogales, los arces. Y todas tenían su dibujo y color peculiares. Ari aspiró con placer los muchos olores, a aceite de lino y pinturas, barnices, lacas, todo mezclado con los olores de resinas y maderas recién cortadas.

—¿Has visto un torno de madera? —le preguntó el señor Tong.

Ari negó con la cabeza. El señor Tong encendió la máquina, puso un trozo de madera sobre el torno, tomó lo que parecía un cincel, y empezó a cortar en la madera que giraba. En unos minutos, el trozo de madera estaba suave y redondo; en unos segundos más estaba graciosamente curvado y con una borla en un extremo, y delicadamente cónico en el otro.

Ari estaba maravillado.

El padre de Suki le mostró dónde se hacían las espigas para los respaldos, y dónde se armaban las sillas. Le mostró cómo se encolaban las piezas y se las sostenía presionadas hasta que se secaran, y cómo se pulían las superficies con lana de acero hasta que no podía detectarse la menor irregularidad con la yema de los dedos.

Ari hizo pocas preguntas, pero el señor Tong percibió su interés. Salieron del taller sólo porque Kio empezaba a ponerse inquieto, y porque apareció Suki para decirles que la comida estaba lista. Cuando volvían a pasar por el salón de exhibición, Ari se detuvo y miró a su alrededor. Esta vez no

eran los muebles lo que lo intrigaban, sino el modo en que cada uno había sido colocado tan cuidadosa y deliberadamente en su lugar. Podía ver la relación que tenía un sillón con la pared detrás de él, con la mesita ratona y con los otros asientos.

—Todo combina tan bien —dijo.

—Gracias —dijo el señor Tong, y Suki sonrió. Kio respondió con un:

—Es lindo.

Suki observó:

—No veo mucha diferencia entre disponer los muebles en un cuarto y disponer las palabras en un poema. Es cierto que cada palabra tiene un significado propio, pero lo que cuenta es el modo en que se relacionan con las demás palabras del poema. Y del mismo modo, cada mueble tiene una belleza propia, pero lo que cuenta es el modo en que están combinados con los demás.

—La gente piensa —dijo su padre— que porque las flores son lindas, todo lo que hay que hacer es ponerlas en un jarrón. No comprenden la importancia de disponerlas bien.

Ari se detuvo y se volvió hacia el padre de Suki:

—Debe ser lindo trabajar con la madera todo el día.

El señor Tong asintió.

—Ojalá yo pudiera hacer algo así —añadió Ari.

—Cuando yo tenía tu edad, quería ser arquitecto. Pero no lamento haberme dedicado a la ebanistería. De hecho, no haría ninguna otra cosa con tanto gusto.

—La gente que lo ayuda en su taller, ¿eran personas con experiencia cuando empezaron?

—No, varios empezaron haciendo trabajo de medio día, como aprendices.

—¿No necesitaría otro aprendiz? —Ari estaba sorprendido de su propia audacia.

Pero el señor Tong se limitó a asentir y respondió:

—Estoy necesitando a alguien para hacer trabajos de pulido y limpiar un poco el taller. ¿Sabés de alguien interesado?

—Yo —dijo Ari en voz baja.

—Muy bien, vení la semana que viene y hablaremos. Ahora, veamos qué nos ha preparado Suki.

Más tarde, cuando volvía a su casa, Ari pensaba: “¡Qué día!”. Algunos de los hechos estaban muy claros en su mente, otros se presentaban más borrosos. Pero después un pensamiento borró todos los demás: el recuerdo de que la fecha límite para entregar la tarea de Lengua era dentro de dos días, y que su poema necesitaba más trabajo. Todavía no tenía ideas para el cuento, y su ensayo no era más que unas pocas notas con las que no llegaría a escribir más que una página y media.

Y se le ocurrió que si no sacaba una buena nota en esta tarea, podía no aprobar la materia. Y si eso sucedía, su padre no lo dejaría aceptar el trabajo de medio día con el señor Tong.

Le bastó pensarlo para apresurar el paso.

IV

Esa noche se sentó a la mesa, con el cuaderno abierto ante él y los lápices con la punta bien afilada.

“Es gracioso”, pensó, “todo el mundo me dice que puedo, y yo sigo diciendo que no puedo. ¿Quién tiene razón?”. Distráido, hojeó el cuaderno. Algo que habían escrito Rodolfo y Toni en el pizarrón la semana anterior le llamó la atención. El profesor Núñez había pedido un poema de cuatro versos sobre la pregunta “¿soy libre?”. Según lo que había copiado Ari, decía así:

*¿Soy libre, o la suma del pasado
determina cada paso que doy?*

Rodolfo

*Si desde siempre estás determinado,
no tiene importancia lo que hagas hoy.*

Toni

Ari alzó la vista. "¡Es cierto!" exclamó para sí mismo. "Como dice mamá, uno no sabe si puede hasta que prueba." Tomó un lápiz. "Probaré primero lo que me sugirió Suki." Un rato después, tras haber descartado una cantidad de borradores, tenía esto:

*Fuimos alguna vez la piel de un animal.
(Una vaca con tapado de cuero.)
Ahora estamos atados a los pies
de un chico que trata de escribir versos.*

*Estamos hartos de pisotear pasto
y patear latitas. Hace mucho tomamos
la forma de sus pies. Ahora
necesitamos vacaciones
para volver a ponernos en forma.*

*Para cambiar, debería haberse cambiado las medias,
y patear piedras en lugar de latas.
Y no llevarnos por donde hay barro.
¿Y no podrían pasarnos un cepillo alguna vez?*

*Alguna vez fuimos elegantes. Ahora
tenemos los talones torcidos, las suelas gastadas.
¿Qué será de nosotros? Lo que más tememos
es que nos separen.
Cuando se aproxima la hora fatal
arrastramos los pies.*

Ari miró lo que había hecho con cierto orgullo. "Seguro que Suki va a encontrarle errores", se dijo. "Sé que no es perfecto. Pero no está tan mal tampoco."

Después se le ocurrió que no tenía sueño. Pensó en el poema viejo. "No era necesario hacerlo desde el punto de vista de los zapatos", pensó, y empezó a esbozar una nueva versión que hablaba de los zapatos en lugar de hacerlos hablar a ellos. Le resultó más difícil, pero no pudo resistir el

desafío. Al fin, el cansancio lo obligó a detenerse. La última versión había quedado así:

*Salen de las cajas en equipos de dos;
sin el otro... uno no puede ir lejos
duros al principio
después más blandos
por las entradas y salidas
de pies desleales...
Hacia el fin, empiezan
a torcerse lentamente
hacia arriba, y a volverse
uno hacia el otro
hasta
que
quedan
casi
tocándose.*

Una vez en la cama, pensó en sus poemas. Sabía que Su-ki le diría que le faltaba mucho camino por recorrer. “Pero”, pensó, “quizás haya empezado a ir a alguna parte”.

CAPÍTULO 10

I

—Profesor Núñez, usted dijo el primer día de clases que en este curso nos ocuparíamos de investigar el sentido. Pero no veo que hayamos llegado a ninguna parte. ¿Cómo saber si lo encontramos, si ni siquiera sabemos qué estamos buscando?

—Bueno, Ari —dijo el profesor Núñez—, quizás has dicho algo importante. ¿Qué piensan los demás?

—Ari tiene razón —asintió Luis—. Esa palabra “sentido” me deja sin palabras.

—Sí, por una vez tiene razón —añadió Miguel.

—¿Los poemas que han leído, y los que han escrito, les ayudaron a comprender el sentido de su experiencia? —preguntó el profesor Núñez.

Marcos dio un golpe sobre su mesa con exasperación:

—¡Otra vez esa palabra! “¡Sentido!” ¡Todos siguen usándola, y yo no la comprendo!

El profesor Núñez salió de atrás del escritorio, fue a la ventana, miró hacia el patio con gesto sombrío, y después volvió a sentarse sobre el borde del escritorio:

—Muy bien, hagamos esto. Seguramente hay cosas cuyo sentido o sentidos nos intrigan. ¿Por qué no dar ejemplos, y yo los voy escribiendo en el pizarrón?

Al dictado de los alumnos, el profesor Núñez escribió estas preguntas:

¿Cuál es el sentido del punk?
¿Cuál es el sentido de la vida?
¿Cuál es el sentido de la palabra "sí"?
¿Cuál es el sentido de esta discusión?
¿Cuál es el sentido de 2001?
¿Qué sentido tiene el poema de Suki sobre su sombra?
¿Cuál es el sentido de la plegaria?
¿Cuál es el sentido de la amistad?
¿Qué sentido tiene besar a alguien?
¿Qué sentido tienen las notas que nos sacamos en la escuela?
¿Qué sentido tiene ser bueno?
¿Qué sentido tiene el sentido?

—Ahora —siguió el profesor Núñez—, cuando estamos buscando sentidos, ¿qué es lo que estamos buscando, exactamente?

—Eso es lo que yo digo —dijo Toni—: necesitamos saber cómo reconocer un sentido cuando lo encontramos.

—¿Lo encontramos? —se burló Miguel.

Toni se ruborizó:

—Ya sabés lo que quiero decir.

—Toni tiene razón —dijo Laura—. Es como ir a una cita a ciegas, con alguien al que una no conoce. No se puede decir "nos vemos en la pizzería". Hay que agregar algo, como "soy pelirroja y voy a llevar una revista en la mano".

—Seguro —dijo Luis—, es lo que les digo yo siempre.

—Muy bien —dijo el profesor Núñez con impaciencia—, volvamos a la pregunta de Ari: ¿cómo se reconocen los sentidos?

La clase quedó en silencio.

Al fin Ari levantó la mano, vaciló, y después dijo, mirando sus notas en el cuaderno:

—El otro día escribí algo. Quizá pueda ayudar. Estaba hablando con el abuelo de Malena, y decíamos que el senti-

do de una palabra es todos los diferentes modos posibles en que puede usarse. Eso me hizo pensar que un modo de decir qué es un sentido es pensarlo como una posibilidad. De cualquier modo, empecé a hacer una especie de fórmula para ponerlo en claro, pero no llegué muy lejos.

—A ver lo que hiciste —dijo el profesor Núñez.

Ari fue al pizarrón, y escribió la fórmula que había anotado en el hospital. Pero la cambió un poco para dar lugar a diferentes modos de expresión en la segunda y tercera líneas:

Todos los sentidos son *posibilidades*.

Sólo los sentidos son *posibilidades* _____. (O: sólo los sentidos son *posibilidades que* _____.)

En consecuencia, los sentidos son _____.

—Como ven —dijo volviéndose hacia la clase, hay una palabra o frase que modifica a “posibilidades”, pero no sé cuál es. —Empezó a volver hacia su asiento.

—Esperen un momento —dijo el profesor Núñez—. Veamos si podemos ayudarte. Ustedes desde sus asientos propongan la palabra o frase que falta, y Ari las escribirá en el pizarrón.

Éstas son las propuestas que escribió Ari:

posibilidades pensables (Toni)

posibilidades interesantes (Miguel)

posibilidades predecibles (Marcos)

posibilidades cognoscibles (Florencia)

posibilidades que pueden ser comprendidas (Luis)

posibilidades que podemos experimentar (Suki)

posibilidades que tienen sentido (Santi)

posibilidades que se relacionan con nuestras vidas (María)

posibilidades del modo en que funcionan las cosas (Santi)

posibilidades de lo que pasa en el mundo (Damián)

posibilidades que pueden ser nombradas (Tomás)

posibilidades vivas (Camila)

posibilidades vividas (Laura)

posibilidades que nos preocupan (Jesica)
posibilidades que nos intrigan (Camila)
posibilidades que nos importan (María)
posibilidades imaginables (Ana)

Una vez más Ari se volvió hacia la clase:

—Me duele la mano de tanto escribir —se quejó—. ¿Y qué podemos hacer con esto?

—¿Hacer? —preguntó el profesor Núñez—. Pensar sobre estas propuestas. Pensar cuál preferimos, y si hay otras.

—Estoy confundido —dijo Toni— Antes pensaba que no teníamos nada para hacer la definición, y ahora es como si tuviéramos demasiado.

—¿De qué te quejás? —dijo Miguel con sarcasmo—. Creo que todos tuvimos una experiencia muy significativa. Y ahora cada uno puede llegar a tener una relación significativa con un amigo, ¿no?

—Un momento —exclamó Lisa—. Esa palabra que usaste, Miguel, “relación”. Ésa es la palabra que debería haber usado Ari en lugar de “posibilidades”. Por ejemplo, el sentido que tiene el profesor Núñez para nosotros se define por su relación con nosotros, como que es mayor, que es nuestro profesor, etcétera.

Suki se volvió hacia Ari

—Me parece que Lisa tiene razón. El sentido de una palabra en un poema está hecho de las relaciones que tiene con las demás palabras en el poema, así como con la cosa a la que la palabra se refiere.

Ari miró al profesor Núñez, sólo para recibir una mirada a su vez. Se volvió hacia Suki y Lisa:

—No sé. No estoy diciendo que tengan razón. Pero si lo acepto, entonces tendré que decir que los sentidos son *relaciones posibles*.

El profesor Núñez tomó su libro:

—William Carlos Williams, poeta estadounidense —dijo.

La clase reconoció que la discusión sobre el sentido del sentido quedaba terminada, al menos por el momento.

Después Toni, Ari, Suki y Lisa se encontraron en el pasillo:

—Me gustó lo que hiciste, Ari —dijo Toni—. Es importante saber cómo se definen las palabras.

—¿Sí? —dijo Lisa—. ¡A mí eso es lo que menos me importa!

Los tres se volvieron hacia Suki, pero ella se limitó a mirarlos con una sonrisa, cuyo sentido se les escapó.

II

Al acercarse la hora del almuerzo, Ari reunió valor para preguntarle a Suki si quería almorzar con él

—¿Vas a almorzar, Suki?

—Por supuesto. ¿Querés que almorcemos juntos?

Era tan difícil y ella lo hacía tan fácil. Ari sintió una oleada de confianza.

—Podríamos ir a la pizzería y volver a la una.

Suki sonrió:

—Claro, ¿por qué no?

Entre sorbos de gaseosa, mientras esperaban las pizzas, hablaron sobre la clasé de esa mañana.

—Suki, he estado pensando. Si podés encontrar el sentido de la experiencia mediante la poesía, ¿se podrá encontrar el sentido del sentido mediante la poesía?

—No veo por qué no. Todos los poemas tienen sentido. Si no lo tienen, no son poemas.

—Claro, todos los poemas tienen sentido. ¿Pero hay poemas que sean *sobre* el sentido?

—No conozco ninguno.

Ari hizo un gesto de desilusión.

—No sé, me habías hecho pensar que había un libro que podría decirme lo que quiero decir.

Suki lo estudió por encima de su gaseosa:

—No es que no pueda haberlo...

—¿No es que no pueda haber qué?

—Un poema que trate sobre lo que es el sentido.

—¿Quién podría haberlo escrito?

—Yo podría.

—¿Vos? ¿Cómo?

—Bueno, no sé. Pero hay una cosa sobre la que estuve pensando, y es ésta: cuando estabas trabajando en tu poema sobre los zapatos, fue como si no pudieras empezar hasta que pensaste que tus zapatos eran fieles. ¿Ves lo que quiero decir?

—Sí. No se puede escribir un poema sobre los zapatos en general. Pero una vez que los ves como zapatos fieles, o una vez que pensás que tus pies son infieles, las palabras parecen venir más fácil.

—Muy bien, y lo mismo pasó con mi poema de la sombra. No se puede escribir simplemente sobre la sombra: uno tiene que tener un... enfoque, no, no es la palabra... una *imagen*, eso es, *una imagen*. Y una vez que la tenés, la imagen de una sombra loca, las cosas empiezan a ponerse en su lugar.

—¿Y entonces qué harías si fueras a escribir un poema sobre el sentido?

Suki frunció el entrecejo.

—Tenés razón, es un problema. No sé si tendría sentido buscar una imagen. Pero aun así, está lo que dije en clase, que el sentido de una palabra en un poema son sus relaciones con otras palabras y con las cosas a las que esa palabra se refiere.

Ari asintió:

—Entonces, en este caso, ¿pensás que la palabra clave sería “relaciones” y el modificador debería ser “posibles”?

—Voy a hacer un intento. ¿Y vos? ¿Vas a escribir uno también?

—¿Yo? —exclamó Ari con sorpresa.

Suki sonrió. Ari no supo si era por su alarma, o porque había llegado la pizza.

Suki pensó en el poema toda la tarde. Antes de irse a dormir esa noche, se sentó en su escritorio y escribió:

*Así como las letras,
antes de ser palabras,*

*no nos dicen nada,
así un poema
no está en cada palabra
sino en la red.*

*Palabras y cosas se fecundan
entre ellas
y con nosotros.
Sus modos son
innumerables como números
y más prolíficos.*

*Basta una conexión
y una corriente surge
zumbando por el entramado.
Los filamentos de la mente
empiezan a brillar:
una constelación de posibilidades.*

*Por supuesto, nadie sabe
el todo de un poema
y ni siquiera una parte
perfectamente.*

Los poemas

*después de todo, son
el sentido que crean.*

“¡No es gran cosa!” se dijo Suki mientras metía el poema en la carpeta de borradores. “Pero quizás le muestre a Ari lo que puede hacer la poesía. ¡Ojalá le guste! Ari... ¿Por qué no escribir un poema sobre él? ¿O un poema a él?” Se fue a dormir tratando de decidir si debería ser *sobre* o *a*.

Al mismo tiempo Ari estaba pensando: “Lo que estuve haciendo con las definiciones fue buscar la palabra clave, como “posibilidad”, y después tratar de ver cómo se la podía modificar. Y Suki dice que podemos fijar la idea de lo que queremos escribir encontrando primero la palabra clave, co-

mo *zapatos, sombra o libro*, y después encontrando el modificador correcto. Su método es muy parecido al mío...”.

III

- ¿Qué estás haciendo, Dami?
- Damián siguió trabajando en la mesa de la cocina.
- ¿Damián? —Su hermanita Mónica le tiró de la manga—. ¿Qué estás haciendo?
- Un trabajo que tengo que hacer, Mónica.
- ¿Querés que te ayude?
- No. ¿Qué estabas haciendo vos?
- Algo con los palitos que nos dio el maestro.
- ¿Qué hiciste?
- Una jirafa. Mirá.
- Mónica, es demasiado alta atrás. Las patas traseras de una jirafa son más cortas que las de adelante.
- Ya sé. Pero ésta se está inclinando, ¿no ves?
- ¿Por qué se inclina?
- Quiere esconder la cabeza en la arena. Tiene miedo.
- Estás confundiendo las jirafas con las avestruces, Mónica.
- ¿No te gusta mi jirafa? ¡Ahí viene mamá!
- La señora Beltrame entró con gesto cansado y puso una bolsa de compras sobre la mesa.
- ¡Uf! ¡Estos cartones de leche y de jugo de naranja son tan pesados! ¡Y lo que se gasta en comida!
- Viniste temprano, ma —dijo Damián.
- Hay poco trabajo en el hotel en esta época. Ya se pondrá más movido.
- Mamá. Damián dice que mi jirafa es un avestruz. Mirá-la. ¿Es?
- No, Mónica. Es una jirafa preciosa. ¿Se está inclinando para adelante, no?
- Sí. ¿Mamá, es cierto que los avestruces esconden la cabeza cuando tienen miedo de algo?

—No, no creo. Pero hay gente que lo hace. ¿Me ayudás a preparar la cena?

—Vamos.

—Damián, hay que desocupar la mesa.

—Un segundo.

—¿Qué estás haciendo?

—Un trabajo para el profesor de Lengua.

—¿Puedo verlo?

—Sí. —Damián le tendió a su madre la hoja de papel, en la que había escrito:

n
a
n d d n
n a d a a u dura a a n a d a n a d a
d r n d
a a a a
d
a

—Es hermoso, Damián.

—¿Te gusta? ¿En serio?

—En serio.

—¿Pero por qué?

—Bueno, para empezar, se parece a la vieja cruz de la iglesia de tu padre. Antes íbamos, ¿te acordás?

—Pero eso es solamente la forma. ¿Y lo que dice?

—Bueno, es algo que yo he pensado muchas veces. Está en la Biblia. En el Eclesiastés.

—¿De veras?

—Seguro, deberías leerla de vez en cuando.

Damián no dijo nada.

—Damián, ¿cómo va el colegio?

—Bueno... no muy bien.

—Debería irte bien. Sos inteligente.

—¿No como yo, no es cierto, mamá? —dijo Mónica.

—¿Por qué decís eso?

—Bueno, cuando me encuentro con los chicos de la escuela a la que iba antes, y me preguntan a qué escuela voy, y les digo que voy a la especial, me dicen que es la escuela para los chicos tontos.

—No les prestes atención, Mónica. Tenés algunos problemas de aprendizaje. Pero para eso vas a una escuela especial, para compensarlos. —Después se volvió hacia Damián: —¿Qué problema hay en tu colegio, Damián?

—No le veo mucho sentido al estudio.

—¿Qué notas te estás sacando?

—Malas en casi todas las materias.

—¡Vas a repetir el año!

—No me importa.

—¿Cómo que no te importa?

—¿Qué diferencia hay? El año que viene voy a tener edad para trabajar.

—¿Para trabajar? ¿Qué apuro tenés para trabajar?

—Vamos, ma.

—¿Tenés miedo de algo? ¿Sos como el avestruz, que esconde la cabeza porque se asusta?

Damián no dijo nada.

—Damián, tenés que tener algún motivo mejor que no verle mucho sentido al estudio.

—Es cierto. No quería decirlo, pero es evidente que tengo que trabajar porque necesitamos dinero.

—¡Eso no es cierto! Podemos arreglarnos con lo que gano yo. Y no olvides que recibo una pensión por tu padre.

—Sí, pero están las cuentas del médico por Mónica. Y vos misma siempre estás yendo al médico. No me trates como a una criatura, ma. La educación es un lujo que no puedo permitirme.

—¿Qué pensás hacer, Damián?

—¿Quién, yo? Voy a conseguir un empleo en la estación de servicio. El señor Gorecki dijo que me va a tomar para despachar nafta y cambiar neumáticos, y cosas así.

—Eso está bien, Damián. Es un trabajo honesto. ¿Pero es lo que querés? Decí la verdad.

—Si pudiera elegir... —dijo Damián lentamente—, sería periodista.

—¿Periodista?

—¡Sí! Me gustaría trabajar para un diario, y cubrir noticias de incendios y crímenes y accidentes.

—¿Cómo es que te interesa eso de pronto?

—No sé. Supongo que empezó cuando me reunía con los otros chicos y hablaban de la guerra.

—¿La guerra?

—Sí, decían que nunca deberíamos haber participado en esa guerra, y que la gente fue a matar y a morir por nada. Y después se acordaron de papá, y todos se callaron. Lo raro es que en otra época yo me habría agarrado a las trompadas con ellos por lo que decían, pero esta vez me pareció que tenían razón. Y desde entonces he tenido dudas sobre la causa por la que papá dio su vida.

—¿Y por eso querés ser periodista? ¿Para saber las cosas de primera mano, y que no te engañen?

—Sí, creo que sí. Mamá, ¿vos creíste que la causa era buena?

—No, me parece que no. Las guerras en general no tienen mucho sentido, pero ésta fue completamente irracional.

—¿Entonces papá perdió la vida por nada?

—Damián, no deberías pensar así. Nadie debería haber perdido la vida en esa guerra, porque no debería haber habido guerra. Pero tenés que recordar esto: tu padre quería ir. No podía pensar en otra cosa que en ir allá y "hacer su parte". Y sabía cuáles eran los riesgos. Así que en su caso, creo que deberíamos decir, bueno, al menos hizo lo que creía correcto, aun si terminó mal. Y por eso ahora te digo que prefiero ahorrar en algunas cosas, sabiendo que en la escuela estás aprendiendo a escribir y algún día vas a ser lo que decís que querés ser, un periodista... prefiero eso a que hagas un trabajo que no te importa, sólo para comprar algunas cosas más.

—¿Lo decís en serio?

—Absolutamente.

—Quizás podría hacer algo para la clase de Lengua. No soy muy bueno con la poesía, pero podría escribir una nota periodística.

—Seguro que vas a poder, Damián —dijo Mónica.

IV

Después de clase, Suki vino corriendo, con los ojos chispeantes:

—Ari, me llamó papá y me dijo que te dijera, antes de que te fueras a tu casa... Tiene que despachar un pedido esta tarde, y los dos hombres que lo ayudan faltaron por enfermedad. Dice que si pudieras ir un par de horas sería una gran ayuda para él.

—Me encantaría, Suki, pero estaba planeando sentarme esta tarde y probar de escribir ese cuento.

—¿Tenés algo pensado?

—No. Y me parece que si me voy a casa ahora, y miro el papel en blanco, y después miro al gato, y después miro otra vez el papel, el cuento no se va a escribir solo.

—¿Y si yo también ayudo con el empaque, y mientras tanto charlamos sobre lo que podrías escribir?

—Bueno.

—Ah, pero me olvidaba —dijo Suki—. ¿Qué hago con Kio? A esa hora volverá del jardín de infantes, y a papá no le gusta que esté en el taller.

—Si se queda en el cuarto de empaque con nosotros, no podrá hacer demasiado lío.

—Sí... puede ser. Vamos a probar.

A Ari le gustó empacar las sillas para el envío. Olían bien, para empezar... El olor de la madera, mezclado con el del aceite de lino, se sumaba a los aromas diferentes que provenían del taller. Ari y Suki trabajaron rápido, metiendo en las cajas el relleno blando que impediría que los muebles

se golpearan durante el trayecto. Hasta Kio ayudó, juntando brazadas de viruta y echándolas a las cajas, sólo para que Suki tuviera que sacarla con un suspiro momentos después. Al fin el señor Tong tuvo que salir, y se llevó a Kio.

En un momento, Suki y Ari empezaron a rellenar el fondo de una gran caja de cartón. Había lugar para que se inclinaran los dos y trabajaran. Por casualidad levantaron las cabezas al mismo tiempo, y se vieron, arrebatados y felices. Sus caras estaban muy cerca, y Ari vio los labios entreabiertos de Suki. Sus propios labios rozaron la nariz de ella, bajaron a tientas y tocaron los labios de Suki muy ligeramente. Se pusieron de pie, se abrazaron y volvieron a besarse. Los dos veían la cara del otro, tan diferente desde tan poca distancia, y sentían la presión del cuerpo del otro, tan sorprendente, y la inesperada suavidad de los labios. Si Ari pudo sentir que tendría motivos para avergonzarse, Suki lo tranquilizó por la calidez con que lo abrazó y le puso las manos, confiada y dulce, en la nuca.

Oyeron un ruido afuera, y se separaron rápidamente. Entró Kio y empezó a revisar los rincones. Abrió un cajón y sacó un par de tijeras grandes que se usaban para cortar cinta de embalaje. Suki tomó las tijeras y las puso en un estante alto. Kio siguió explorando y encontró un pequeño destornillador. Se intaló en un rincón, y empezó a desarmar su calidoscopio. Ari echó una mirada y vio lo que estaba haciendo Kio.

—¿Por qué estás rompiendo tu calidoscopio, Kio? —preguntó.

—Quiero ver qué hay adentro.

—Ya te dije... hay espejos.

—Quiero verlos. —El calidoscopio ya estaba abierto. Kio sacó uno de los trozos de espejo y lo miró muy serio. Hizo una mueca, vigilando el espejo para ver si hacía una mueca también.

Ari se sentó cruzando las piernas en el piso frente a Kio. El niño se señaló la oreja derecha y dijo:

—Ésta es mi oreja derecha. —La imagen en el espejo también señaló su oreja. —Ari, ¿dónde está tu oreja derecha?

—Ari se la señaló. Kio frunció el entrecejo. —¿Cómo puede ser? ¿Por qué tu oreja derecha está a mi izquierda, y mi oreja derecha en el espejo está a mi derecha? —preguntó.

—Bueno —respondió Ari, un tanto perplejo—. Creo que el espejo invierte todo lo que refleja.

—No —dijo Suki—, no puede ser así.

—¿Por qué no?

—Bueno, no sé si invierte los lados..., quizá sí, quizá no. Pero no puede invertir lo alto y lo bajo. —Después agregó. —Esperen un minuto... Hay un espejo grande en el salón de exhibición. Vamos a mirarlo.

Corrieron y se pararon frente al gran espejo. Para entrar los dos en el espejo, Ari y Suki tuvieron que pararse muy juntos. Ari sentía un loco deseo de tomar la cintura de Suki con un brazo, pero vaciló por la presencia de Kio.

—Ari —dijo Kio—. ¿vas a escribir un cuento?

—Espero.

—¿Por qué no me escribís un cuento a mí?

—¿Cómo?

—Yo quería un cuento sobre el quidoscopio. Pero ahora quiero un cuento sobre un espejo.

—¿Un cuento sobre un espejo?

—Ajá.

—Los espejos no hacen nada, Kio.

—¿Cómo no? ¿Y entonces por qué cuando te mirás en un espejo podés ver quién sos?

Ari miró a Suki:

—Creo que tengo que irme.

Ella le tendió la mano. Era tan pequeña y delicada que él temió apretarla con demasiada fuerza. Kio los miró dándose la mano y se rió. Se rieron los tres.

V

Mientras caminaba hacia su casa, Ari pensaba: “Bueno, al menos tengo un título: *El cuento de un espejo*. Ahora todo lo

que tengo que hacer es escribirlo." Cuando cruzaba una calle, se le ocurrió algo más: "¿Un espejo? ¿Qué clase de espejo? Eso es lo que me preguntaría Suki. ¿Cuál es el modificador? Bueno, un espejo que refleja, obviamente. Pero, no... un momento... *refleja* podría ser *reflexiona*...".

Ese fin de semana, sentado solo a la mesa de la cocina con una resma de papel y tres lápices con punta bien afilada, Ari trató de construir, primero en su mente y después por escrito, el cuento que le había pedido Kio. Al final, le quedó así:

El cuento de un espejo

Yo tenía un espejo colgado de un clavo sobre la cómoda. Pero un día el clavo debe de haberse aflojado o algo así. El espejo se cayó y se rompió. Así que necesitaba uno nuevo.

Mis padres compraron uno y lo trajeron a casa. Yo clavé un clavo nuevo en la pared y colgué el espejo. Se quedó ahí muy callado.

Es difícil saber por qué una cosa está callada. Quizá porque es naturalmente reservada. O quizá porque está enojada por algo. Pero los volcanes pueden estar callados y después, de pronto... ¡bum! Así que nunca se sabe con las cosas.

En fin, supuse que si así era como quería comportarse, yo no tenía inconvenientes. Lo dejé en paz. No quería alterar su estilo de vida. Y no creía que su silencio fuera culpa mía. Lo vi como algo pasivo, no rencoroso.

Cuando lo pienso, ahora, me doy cuenta de que debí haber sospechado. Bajo su superficie brillante, no todo estaba tranquilo. Algo estaba pasando. Algo invisible, más de lo que pueden ver los ojos.

Yo había visto sus reflejos. Reflejaba constantemente. Pero nunca se me cruzó por la mente que el espejo podía no reflejar meramente las cosas, sino que también podía *reflexionar* sobre las cosas.

Es curioso... Una vez me enojé con el espejo. Lo aplanaba todo. Reflejaba sólo las superficies. Parecía haber perdido una dimensión. Me enojé porque era tan superficial.

¿Pero qué es lo que hace un espejo? Bueno, espeja. Quiero decir, toma el aspecto de las cosas y lo dispone en dos dimensiones.

Pero un espejo no forma impresiones. Todo lo que hace es mostrar lo que sabe. Creo que podría decirse que representa. No como una cámara. Una cámara siempre puede mostrarnos la impresión que le causa el mundo.

Una cámara registra. Deja un registro de película de todo lo que se expuso ante ella. Pero los espejos no guardan registros. Todo desaparece. Cuando una imagen frente al espejo se desplaza, desaparece para siempre.

Quizá debería ilustrar lo que quiero decir. Si uno pone algo, como una silla, frente a un espejo, de inmediato podrá ver la imagen de la silla, reflejada en el espejo. Aunque el espejo aplane la silla, lo hace muy bien, en colores. Es tan bueno como una fotografía en color.

Pero si uno saca la silla de adelante del espejo, entonces la imagen de la silla desaparece. Y desaparece por completo. No deja huella. Es como escribir en el agua.

Las huellas son como espejos. Cuando algo aparece en mi mente, aunque desaparezca al instante, siempre deja una huella. Siempre puedo volver y recuperarlo. En realidad, todo el tiempo estoy buscando huellas de lo que pensé antes.

¿Y entonces, me pregunté, qué es lo que hace un espejo? Y se me ocurrió que todo en un espejo es una apariencia. La silla está en el cuarto, pero la apariencia de la silla y la apariencia del cuarto están en el espejo. Así es, pensé: el espejo es una especie de instrumento para separar las cosas de sus apariencias. Y eso puede ser algo muy prolijo: todas las cosas reales en el cuarto, todas sus apariencias en el espejo.

Después se me ocurrió que los reflejos en el espejo son exactamente tan reales como la silla en el cuarto. Son reflejos reales. No sólo eso: ¿y si mi reflejo en el espejo fuera realmente una parte de mí, del mismo modo que algo que escribo es una parte de mí? Pero cuando escribo algo, ese algo es mío. Mi reflejo en cambio es el del espejo.

Empezaba a tener demasiadas teorías sobre el espejo, y empezaba a confundirme. Entonces tuve otra idea más. Es como estaba diciendo antes: que el espejo no refleja la silla tanto como reflexiona sobre la silla. Y cuando yo creía estar mirándome en el espejo, lo que estaba viendo realmente en el espejo era lo que el espejo pensaba sobre mí.

Reflexionar es pensar. ¿Pero cómo puede pensar alguien, o algo, sin tener memoria o imaginación? Quiero decir, tener imaginación es poder tomar las cosas como son y reacomodarlas como podrían ser. Puedo imaginarme que los muebles de este cuarto están dispuestos de otro modo. Puedo imaginarme cómo me vería yo si mi nariz fuera más larga o me faltaran los dientes. Pero el espejo no puede hacer eso. No puede reacomodar las cosas. No puede reacomodar los muebles en un cuarto, y no puede reacomodar los rasgos de mi cara cuando lo miro. No puede pensar en lo que podría ser, y entonces le falta imaginación. Y no puede pensar en lo que fue, y entonces le falta memoria.

Pero sí puede pensar en lo que es. Y es lo que hace.

El espejo tenía un problema más. (Tenía cantidad de problemas.) Tenía pensamientos, pero no podía expresarlos. Podía pensar, pero no tenía órganos para expresar lo que pensaba. La gente con órganos de expresión (quiero decir, la gente que podía hablar y gesticular) no creía que el espejo pudiera pensar, así que nunca se molestó en tratar de ayudarlo a expresarse. Y entonces, naturalmente, en tanto nadie quiso ayudarlo, lo obligaron a seguir mudo.

Pensé que quizá yo era el primero en creerlo. Cuando empecé a tomar en serio sus reflexiones, lo primero en que pensé fue en la soledad. El espejo había estado horriblemente solo. Sus emociones trataron de fluir a través de mi escritura. Le eché una mirada, y quizá mi mirada se puso borrosa o algo así por un momento, pero realmente me pareció como si fuera a disolverse en lágrimas.

Después, supe mucho sobre él. Por ejemplo, supe qué importante era para el espejo que hubiera cosas frente a él continuamente. Como dije antes, no tiene memoria. Refleja

todo lo que se le presente. Si sacamos la silla de adelante de él, y la reemplaza otra imagen, no queda ninguna huella de la silla. Y ahora, si ponemos otra vez la silla, el espejo no recuerda en lo más mínimo haberla visto antes.

Pero el espejo era muy consciente de algo que estaba continuamente presente ante él. Mi escritorio, por ejemplo, que casi nunca se movía de su sitio. Pues bien, el espejo estudiaba el escritorio. Miraba cómo le caía el sol a la mañana, y cómo se estiraban las sombras sobre él a la tarde. Después, el contorno de las cosas se oscurecía más a medida que entraba la noche por las ventanas, pero el espejo se limitaba a mirar la oscuridad y reflexionar sobre ella como sobre cualquier otra cosa.

No hay mucho que decir sobre su existencia cotidiana. Después de todo, es sólo una cosa, y no hay que ponerse sentimental, como si fuera un gato o una tía o algo así.

Pero querría mencionar algo que pasó hace poco. El otro día, yo estaba jugando con el espejo para afeitarse que usa mi padre, que es especialmente interesante porque un lado agranda las imágenes. En fin, lo puse sobre mi escritorio, frente al otro espejo colgado de la pared. Bueno, la reacción entre los dos fue instantánea. Se quedaron mirándose fijo. Era evidente que los dos estaban completamente preocupados por lo que pensaba el otro. Y cada uno podía verse pensando en el otro, en un proceso que se continuaba hasta el infinito, igual que sus sentimientos mutuos.

Cuando terminó el cuento, Ari se echó atrás en la silla y miró lo que había escrito. Sabía que todavía tenía que escribir el ensayo sobre realidad y ficción, pero de algún modo el tema, que antes le había parecido la parte más fácil de la tarea, ahora le parecía la más traicionera y más difícil.

Había sido un largo día, y estaba cansado. Prometiéndose escribir el ensayo la noche siguiente, se fue a la cama.

Pero el día siguiente no fue mejor. Cubrió una cantidad de páginas con una escritura casi ilegible, y después hizo un bollo con todo y lo tiró.

Al fin se resignó al hecho de que tendría que ir al colegio al día siguiente con la tarea incompleta. No le resultaba muy agradable la idea de quedar librado a la merced del profesor Núñez.

La clase de Lengua era la última de la tarde. Durante toda la mañana Ari espío en la sala de profesores para ver si estaba el profesor Núñez, hasta que al fin, poco antes del mediodía, lo encontró. Entró y se sentó frente a él.

—Profesor Núñez... —empezó.

—Viniste a decirme que no hiciste tu tarea.

—Bueno, algo así. Trabajé más en el poema. Y creo que tengo algo como un cuento.

—¿Algo como un cuento?

—Bueno, sí, en cierto modo.

—¿Y en otros modos no?

—Bueno, no. Ya lo verá cuando lo lea.

—¿Y el ensayo?

—De eso venía a hablarle.

—No lo hiciste.

—No.

—¿Lo hiciste?

—No, no lo hice.

—¿Necesitas más tiempo?

Ari saltó sobre la oportunidad:

—¿Quiere decir que podría tener más tiempo?

—En un día como hoy —dijo el profesor Núñez, sorprendiendo a Ari con una sonrisa—, no podría negarme a nada.

—¿Qué tiene de especial hoy? —se preguntó Ari en voz alta.

Por toda respuesta, el profesor Núñez señaló una carta sobre su escritorio. Estaba dirigida, con letra muy delicada al “señor Iván Núñez”. Y la estampilla del sobre era de un país del sudeste asiático.

—¿Cuánto necesitas? —preguntó el profesor Núñez.

—¿Una semana? —preguntó Ari, suponiendo que podía apostar fuerte.

—Una semana —asintió el profesor Núñez.

Ari dejó sus poemas y su cuento sobre el escritorio frente al maestro, y salió sin decir nada más.

Más tarde, cuando la campana marcó el fin de la última clase de la semana, Ari caminó por el pasillo del segundo piso del edificio, sintiendo que por fin podía iniciar un fin de semana sin el presentimiento de una catástrofe. Sentía confianza en que podría escribir el ensayo. Al llegar a la puerta de salida del colegio, vio a sus compañeros que salían del edificio.

En ese momento se sobresaltó al ver a Suki y Santi que bajaban juntos la escalera. Era obvio que estaban absortos en una conversación. ¿Santi? No podía ser. Pero era.

Dejaron de hablar. Ari se esforzaba por verlos mejor. Suki miraba a Santi y sonreía. Pero Santi no se reía. De algún modo eso hizo sentir mejor a Ari. Después vio con alivio que los dos se iban en direcciones diferentes.

En ese momento Ari supo que nunca volvería a decir que no le pasaba nada. Sacó la libreta del bolsillo trasero del pantalón. Había algo que quería escribir (a Suki, para Suki, sobre Suki), y no podía pensar en nada más.